
Grupo Editorial
Portal
Mi primer amor
es mi
Jefe
AUTORA DE BESTSELLERS EN AMAZON
JÉSSICA MACEDO

AUTOR BESTSELLER DE AMAZON
JÉSSICA MACEDO

Mi primer amor es mi Jefe

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 de Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada e interior

Jéssica Macedo

Preparación

Aline Damasceno

Consulte

Gabriel Marquezini

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Prólogo
Uno
Dos
Tres
Cuatro
Cinco
Seis
Siete
Ocho
Nueve
Diez
Once
Doce
Trece
Catorce
Quince
Dieciséis
Diecisiete
Dieciocho
Diecinueve
Veinte
Veintiuno
Veintidós
Veintitrés
Veinticuatro
Veinticinco
Epílogo
Informazioni sull'autore
Leggi anche:
Social network (dall'editore)


Prólogo

Hace varios años...

Estaba concentrada en la página del libro, en una escena súper tierna de un beso entre los protagonistas, cuando el teléfono empezó a sonar. Era el teléfono fijo, el que estaba en la planta baja de mi casa, y ni me importó. Rara vez llamaban para mí y yo estaba ansiosa por ver cómo los personajes finalmente se declaraban su amor.

—¡Jeniffer! —gritó mi mamá desde abajo—. Es Sabrina.

Puse los ojos en blanco y bufé. *¿En serio? ¿Justo ahora tenía que llamarme? ¿No había mil momentos más convenientes?*

—¡Ya voy, mamá! —Marqué la página donde había quedado y bajé a atender a mi mejor amiga. No es que no la quisiera, pero bien podría haber llamado en otro momento.

Bajé las escaleras corriendo y me detuve de golpe, apoyándome en el mueble donde estaba el teléfono. Mi cuerpo casi rebotó hacia atrás, como un coche que frena en seco.

—¡Hola, Sabrina! ¿Qué pasa? Estoy ocupada.

—¿Estás leyendo?

—¡Sí!

—¡Ay, no lo puedo creer! Eso es súper aburrido. Hay unos videos buenísimos en YouTube que podrías ver, luego te los paso.

—Si son esos tipos bailando *funk*, paso.

—Son más interesantes que esos hombres por los que babeas. Ni siquiera existen.

—¡Vete a la mierda! Si me llamaste solo para criticar mis libros, mejor regresa a tus videos. Es mejor para las dos.

Sabrina era mi mejor amiga desde primer grado. La quería con todo mi corazón, pero no podíamos ser más diferentes. Yo tenía onda gótica, escuchaba rock y vestía de negro; ella era toda rosa, fan del *funk* y del pagode. Siempre fue súperpopular, todos la querían y deseaban estar con ella. Yo, en cambio, vivía un poco a su sombra, y no es que me molestara. Estaba bien si me dejaban tranquila en mi rincón.

—Te llamé para contarte algo. Parece que Helena le pidió a Leo que salieran.

—¿Ah, sí? —Fue todo lo que logré balbucear.

—¡Sí! Leticia acaba de contármelo. Creo que Helena tiene fijación con tus sobras. No hay otra explicación.

Sabrina y yo nos habíamos cambiado de escuela a principios de año, pero, aunque ya no estudiara ahí, todas las noticias seguían llegándole, incluso las que yo no quería saber. Claro que podría habérselo guardado, pero no sería una mejor amiga, ¿cierto?

—¿Y qué le respondió él? —Odié hacer esa pregunta, pero la ansiedad me estaba matando. A veces, por más fea que fuera, la certeza era mejor que la duda.

—No dijo nada. Dijo que lo iba a pensar.

—Ah... —Me quedé con el teléfono en la mano, mirando el espejo enorme que estaba sobre el mueble de la sala. Estaba despeinada, con los ojos hinchados. Era sábado por la mañana,

debería estar durmiendo, pero en lugar de eso, me pasé la noche leyendo.

—¿Vas a ir al evento de poesía hoy? Va a estar todo el mundo, incluso Leo y Helena.

—¿Y para qué iría a un evento en una escuela donde ya no estudio?

—No sé, para ver a la gente, pasarla bien. Yo voy con mi hermana. Nos vemos allá, Jeny. Hasta más tarde.

Ni siquiera había dicho que iba, pero antes de que pudiera discutirlo, ya había colgado.

Volví a mi cuarto y cerré la puerta, sintiendo el corazón oprimido en el pecho. No debería importarme, pero saber que Helena le había pedido a Leonardo que anduvieran me dejó con una angustia horrible. Era la chica que más odiaba en el mundo... con el chico que me gustaba en secreto.

Mi historia con Leo había comenzado hacía dos años. Él era un año mayor que yo y, por eso, estaba en un grado más arriba. Estaba súper enamorada de un chico de mi clase, Marcelo. Todas mis cinco amigas lo sabían, aunque nunca pasó nada entre nosotros. Pero, en una fiesta escolar, justo como la de esa noche, Leticia -a quien yo consideraba una gran amiga- terminó quedándose con él. Obvio que Sabrina fue la primera en contarme. Fingí que no me importaba, pero por dentro me moría de rabia y tristeza.

A pesar de haber sido apuñalada por la espalda, fui a la fiesta esa noche. Todavía estudiaba en esa escuela e íbamos a presentar una obra que yo había escrito. Me sentía genial con mi disfraz de Xena, la princesa guerrera, que mi mamá había mandado a hacer especialmente para esa noche. Años después, me di cuenta de que era demasiado vulgar para alguien de doce años, pero ¿a quién le importaba?

Bueno, fui a la fiesta. Apenas llegué, un compañero me dijo que había un chico que quería estar conmigo. Me puse súper nerviosa. Solo había besado a un chico en mi vida y no había sido nada especial. Ni siquiera sabía besar. Pero mi mejor amiga, con ayuda de la cómplice de su hermana, me convencieron de cometer un gran error: "¡Vamos! Quédate con Leonardo. Marcelo está con él, te va a ver y se va a morir de celos".

Creo que fue peor que mi primer beso. Las miradas de la gente solo empeoraron mis nervios. Había como diez personas viendo, entre ellas Marcelo, que me ignoró por completo y se rió. Porque el tal Leonardo, el pervertido, intentó varias veces tocarme el culo. El beso fue raro, demasiado baboso, y hasta íbamos caminando hacia atrás por los intentos que hacía de meter mano mientras yo lo apartaba.

En resumen, no funcionó. Marcelo seguía sin interesarse por mí, pero con Leonardo fue distinto, incluso después de ese horrible beso. Nos vimos otras tres veces. Confieso que mejoró con la práctica. Pero no fue un cuento de hadas. Leonardo tenía muchos granos en la cara, le decían "piel con maíz", y su peinado ridículo tampoco ayudaba. La hermana de Sabrina, que había sido quien me empujó a los brazos del chico, decía que él no había nacido, que lo habían cagado de tan feo que era.

Él me perseguía, nos veíamos, pero yo terminaba despreciándolo, repitiendo las cosas horribles que decían mis amigas. Hablábamos mucho por MSN[1], pero a mí me daba miedo pasar por delante de la puerta de séptima división. Si nos cruzábamos, mi corazón se detenía, me congelaba, pero no éramos capaces ni de saludarnos.

Entonces llegó fin de año, él reprobó y quedaría en mi misma clase, pero Sabrina tuvo que cambiarse de escuela y yo me fui con ella. Mis padres aceptaron la excusa de que quería seguir con mi

mejor amiga, pero en realidad no soportaba la idea de estar en la misma aula que él.

Incluso habiéndome cambiado de escuela, seguíamos hablando por MSN. Me gustaba verlo escribir que yo le gustaba. Pero en persona seguíamos sin hablarnos. La escuela antigua y la nueva quedaban cerca. A veces lo veía saliendo de clase, yo saludaba a mis ex compañeros que estaban con él, y fingía que él no existía. Me quedaba sin palabras cuando lo tenía enfrente.

Solo pensar en Helena o cualquier otra chica quedándose con él me revolvía el estómago, me daba rabia, tristeza y un montón de sentimientos que una niña de trece años no sabía cómo manejar. En mi cuarto, prendí el ordenador, que tardó una eternidad en arrancar, y abrí el MSN. Él estaba en línea. Claro que sí. Siempre lo estaba.

Tenía un nudo en la garganta. Algo que llevaba tiempo atascado. Todavía podía escuchar los comentarios feos y crueles de mis amigas, que ya ni siquiera eran tan amigas, ya que solo Sabrina y yo seguíamos juntas. Aun así, enfrenté todo y le mandé un mensaje.

Jeny

Hola, Leo.

Leo

Hola, Jeniffer.

Jeny

Me enteré de que Helena te pidió que salieran. ¿Es verdad?

Leo

Sí. Me lo pidió.

Sentí que el nudo en mi garganta se hacía gigante. No quería verlos juntos. Pensar en él con cualquier otra ya me hacía mal... ¿Y encima tenía que ser justo la chica que más odiaba? Esa que siempre trataba de arruinarme todo, que se metía en lo mío. Era como si lo hiciera a propósito. *Pero con mi chico, no, Helena. ¡Con él no!*

Jeny

¿Y qué le dijiste?

Leo

No sé. Le dije que lo iba a pensar.

Respiré hondo e ignoré las voces de mis amigas resonando en mi cabeza. Él me gustaba. Me gustaba mucho. A pesar de no ser el más guapo del mundo.

Jeny

No estés con ella. Quédate conmigo.

Me gustas.

Leo

¿Te gusto?

Jeny

Sí.

Leo

Pues sí, Jeniffer, pero ahora el que ya no quiere soy yo. Ya pasé de página. Tú no me quisiste. Y ahora hay una que me quiere.

Leí eso y se me llenaron los ojos de lágrimas. No era la respuesta que esperaba del chico que siempre estuvo loco por mí. Sentí que el piso se me hundía. Esperaba que intercambiáramos promesas de amor, pero él simplemente me mandó al carajo después de todo el tiempo que tardé… No tenía ni idea de lo difícil que me había resultado admitirlo. De repente, me arrepentí de haber hablado.

Apagué el ordenador y me puse a llorar en la cama, como una niña chiquita. Quería imaginar que él no me había dicho eso.

—¡Jeniffer, es Sabrina otra vez!

—¡No voy a contestar! —Estaba sollozando, con la cara enterrada en la almohada.

—¡Ven ya! —Mi hermanita apareció en la puerta de mi cuarto—. ¿Estás llorando, Jeny?

—¡Claro que no! —Me limpié la cara con el dorso de las manos —. Dile a Sabrina que no quiero hablar con ella ahora.

—Mamá le dijo que ya ibas a bajar. Díselo tú.

—¡Patricia!

Mi hermana de cuatro años me dio la espalda como si fuera una adulta, y me vi obligada a bajar a atender a mi mejor amiga.

—Hola. ¿Qué pasó?

—Vas a ir al recital, ¿no?

—No voy a ir. —Volví a llorar, sin poder contener las lágrimas. ¡Mierda!

—¿Qué pasa, amiga? Estás llorando.

—No, no lo estoy.

—¿Te molestó tanto que Helena le pidiera a Leo que saliera con ella?

—Se lo confesé.

—¿Qué cosa?

—Que me gusta. Leo me rechazó, me dijo que ahora él es el que ya no quiere nada. Va a estar con Helena y encima ahora sabe que me gusta. Sabrina, me siento como una estúpida.

—Tranquila, amiga.

—No quiero ir a ningún lado. No quiero verlo después de esto.

—¡Tienes que ir!

—No quiero hacer nada.

—¿Vas a dejar que él se salga con la suya? ¡No seas tonta!

—Si los veo juntos, voy a querer llorar.

—¡Ya basta! Arréglate y vamos al recital. Es un imbécil.

Debería haber aprendido a no hacerle caso a Sabrina desde la primera vez, pero era mi mejor amiga y me costaba ignorar su opinión. Cuando me di cuenta, ya estaba llegando a mi antigua escuela. Traté de no abrazar mi bolso con fuerza y no parecer una extraña retraída. Con maquillaje y labial rojo, fingía que no me importaba lo que Leo había hecho conmigo. Solo fingía, porque por dentro estaba destrozada.

—¡Qué bueno que viniste! —Sabrina me encontró apenas llegué y me arrastró por el jardín hasta el auditorio.

Vi a Leo por el rabillo del ojo, todo vestido de negro, y el corazón casi se me salió por la boca. Fue difícil no volver a llorar ahí

mismo. Era buena evitándolo, lo había hecho durante bastante tiempo y necesitaba recordar cómo hacerlo.

Vi a Helena yendo tras él, siguiéndolo hasta el centro del jardín. *¿Iban a besarse ahora?* Sentí el peso del mundo en el pecho. Al rato lo vi saliendo por el otro lado del jardín y pasando cerca de mí, fingiendo que no me veía, igual que yo hacía con él. Me sentí aliviada al ver que ella lo seguía con cara de fastidio. Tal vez solo era mi imaginación, pero parecía que él la estaba evitando.

—¡Ven conmigo! —Sabrina me jaló hacia un grupo de chicos. Entre ellos estaba su novio.

Los saludé con una media sonrisa, pero mis ojos seguían buscando a Leo por toda la zona exterior de la escuela. Cada vez que desaparecía de mi vista, imaginaba que estaba con Helena.

Abracé mi bolso y me encogí. No podía llorar ahí, ni dejar que notaran que no dejaba de buscar a Leo con la mirada.

—¿Tienes frío? —Uno de los amigos del novio de Sabrina se puso a mi lado y giré para ver quién era.

No era tan alto ni tan fuerte como Leo. Era más flaco y delgado. No es que me hubiera fijado mucho, porque no me interesaba para nada.

—No. Solo fue un escalofrío.

Sabrina y yo fuimos al auditorio a ver algunas de las presentaciones y, en un momento, ella me dio un codazo.

—Guillermo quiere estar contigo.

—¿Quién?

—El chico que estaba hablando contigo. El amigo de Jonathan.

—¡Ah! —Seguí viendo la presentación de Leo y su grupo. Mientras él estuviera a la vista y lejos de Helena, todo estaría bien.

—Debes estar con Guillermo.

—¿Por qué? —La miré de reojo y abrí los ojos sorprendida.

—Estoy segura de que, cuando Leo te vea con otro, se va a morir de celos y te va a pedir que salgas con él.

—No digas estupideces, Sabrina.

—Quédate con Guillermo, solo para darle celos a Leo.

—Eso no funcionó con Marcelo, ¿por qué funcionaría ahora? —Fruncí el ceño.

—Porque Marcelo no gustaba de ti. Leo sí.

—Ay, Sabrina, ¡no quiero!

—¡Vamos! Quédate con él. Leo se va a retorcer de celos y se va a arrepentir de lo que dijo. ¿No te diste cuenta de que está huyendo de Helena? Cuando ella va a un lado, él va al otro. No le interesa ella. Te quiere a ti. Solo necesita un empujoncito.

—¿Crees que si me beso con Guillermo, Leo va a querer estar conmigo?

—Estoy segurísima.

Debería darme miedo cuando Sabrina habla con tanta seguridad, nunca acertaba, pero la sensación de que todo saldría mal no fue suficiente para evitar que le hiciera caso.

—Está bien. Dile a Guillermo que sí voy a estar con él.

—¡Perfecto! —Sabrina me tomó del brazo y empezó a arrastrarme entre las sillas llenas del auditorio hasta el jardín, donde

su novio y su grupo de amigos seguían en el mismo lugar.

No se detuvo hasta que estuvimos frente a ellos. Me encogí y crucé los brazos frente al cuerpo, incómoda. Miré hacia atrás y no vi a Leo. Seguramente aún estaba terminando la presentación.

Me fijé en Guillermo, que me miraba fijo. No tenía ni un poco de interés en él. *¿Y si la idea de Sabrina era una estupidez?* No me estaba pareciendo buena.

—Dijo que sí —le dijo a Guillermo, en voz demasiado alta como para que todos la escucharan y se quedaran mirándome. Me sentí aún más incómoda.

¿Podría salir corriendo y volver a mi casa? El miedo a que Sabrina se burlara de mí, llamándome cobarde, fue más fuerte que mis ganas de escapar. Tal vez, si hubiera sido al revés, me habría ahorrado una cagada.

—¿Quieres que vayamos a un lugar más tranquilo? —Guillermo puso una mano en mi brazo.

Asentí y lo seguí hasta una zona un poco más apartada, donde aún nos podían ver Sabrina y sus amigos. Guillermo se paró frente a mí, bajó la cabeza y puso su boca sobre la mía. Ni siquiera recuerdo a qué sabía su beso, desde luego no era el mejor del mundo, porque si lo hubiera sido, no lo habría olvidado tan fácil. Sin embargo, con los ojos abiertos, vi a Leo saliendo del auditorio y topándose con esa escena: la boca de Guillermo sobre la mía.

No pude ver bien sus ojos ni su expresión. Era de noche y el jardín siempre estaba mal iluminado, pero pude percibir que se había enfurecido. Fue como si el aire vibrara con su rabia. Por un momento, parecía que Sabrina tenía razón, que había logrado ponerlo celoso. Pero en el segundo siguiente, me di cuenta de que me había salido el tiro por la culata.

Empujé a Guillermo para que dejara de besarme. Leo, que había estado evitando a Helena todo el tiempo, se dio la vuelta justo cuando ella pasaba. La agarró del brazo y la jaló contra su pecho, como solía hacer solo conmigo. Cuando la besó, sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Quise que se abriera una maldita grieta y me tragara hasta el otro lado del mundo, pero no, solo era esa sensación horrible: la derrota. Tal vez, ese día había perdido para siempre al primer chico que me hizo latir fuerte el corazón, que me hizo temblar las piernas.

Me fui lo más rápido que pude y nunca volví a hablar con él en ningún lugar. Mi corazón dolía cada vez que lo veía conectarse al MSN, pero no nos hablábamos. Además, tuve que aguantar a Helena restregándome en la cara que se habían quedado juntos, todo el resto del año.

Para colmo, al año siguiente mi antiguo colegio cerró y él acabó en mi clase. Seguía con ese cabello raro y la piel de maíz, pero Bianca -la nueva Helena- se le lanzaba encima como si fuera *Brad Pitt*, y yo hervía de bronca cada vez que la veía. Supuse que él lo sabía y lo hacía a propósito, no había otra explicación. Por lo menos, la Helena original no terminó también en esa escuela. Eso me demostró que nada era tan malo que no pudiera empeorar. Ni me imagino el infierno que hubiera sido tenerla ahí.

Para bien o para mal, Leonardo quería ser jugador de fútbol y no duró ni dos semanas en la escuela. Se mudó a São Paulo para jugar allá. Después de eso, nunca más supe de él.



Uno

En la actualidad...

Estaba en el autobús camino a una excursión escolar. De fondo, escuchaba a la gente de mi grupo gritar más que cantar una canción estúpida sobre el conductor. Apoyé la cabeza contra la ventana. Molesta por el sol que me daba en la cara, cerré los ojos. Los abrí enseguida al darme cuenta de que alguien se había sentado a mi lado.

Volteé la cabeza y me encontré cara a cara con Leonardo. Había pasado tanto tiempo…

El despertador sonando casi me tiró de la cama. Busqué el celular entre las almohadas, hasta darme cuenta de que se había metido dentro de una de las fundas. *¿Cómo diablos había logrado hacer eso?* Lo saqué de ahí y apagué el sonido de la alarma.

Me levanté de la cama sin dar vueltas. Era el primer día de trabajo en un proyecto muy importante que podría ser crucial para mi carrera como arquitecta. No podía, bajo ninguna circunstancia, llegar tarde.

Pasé por el baño, me lavé los dientes, la cara, me acomodé el cabello en ondas prolijas con un anti-frizz y me puse un vestido gris formal que me llegaba a las rodillas.

Bajé a la cocina y encontré a mi papá haciendo café.

—Buenos días. ¿Dónde están mi mamá y Paty?

—Ya salieron. ¿A qué hora empieza lo tuyo?

—A las nueve. —Abrí el armario para sacar pan y preparar un sándwich caliente—. ¡Estoy súper emocionada! Trabajar en el proyecto de un centro comercial va a ser increíble.

—Te va a ir muy bien. —Mi papá me sonrió y le devolví la sonrisa.

—¡Ojalá! —Me metí una rebanada de pan en la boca.

—Eres muy talentosa. —Me extendió una taza de café—. ¿Quieres?

Negué con la cabeza. Tenía veintiséis años y seguía sin gustarme el café.

—Voy a prepararme un vaso de leche con chocolate.

Desayuné, me despedí de mi papá y salí en mi coche. Estaba muy ansiosa por empezar ese nuevo proyecto. Iba a ser más grande

que cualquier otra cosa que hubiera imaginado hacer en mi vida.

Conduje durante una hora hasta llegar a la empresa encargada de construir el centro comercial, que quedaría a la salida de Belo Horizonte hacia Betim. Era un proyecto enorme, destinado a superar todos los centros comerciales existentes en la ciudad, y yo sería la arquitecta principal.

Dejé el coche en una plaza del estacionamiento y me dirigí hacia la entrada, donde había dos mujeres detrás del mostrador de recepción. Me acerqué a ellas y me apoyé en el mostrador.

—Buenos días. Mi nombre es Jeniffer Marques, soy la arquitecta contratada para el proyecto del centro comercial. Tengo una reunión con el equipo esta mañana, me dijeron que viniera por aquí.

—¿Jeniffer, verdad? —Se inclinó hacia la pantalla del ordenador y pareció buscar mi nombre en una lista que yo no podía ver.

—Sí.

—¡Ah, aquí estás! ¿Arquitecta, no? Te voy a dar tu credencial para que puedas entrar a las instalaciones del edificio. Puedes ir al salón de reuniones en el séptimo piso, allí estará el equipo.

—¡Gracias! —Tomé la credencial con mi foto y seguí hacia el molinete antes del ascensor.

Para mi sorpresa, mi foto no era la peor de todas. Aceptaron una que yo había enviado, en lugar de esas horribles 3x4 que te tomaban en el centro de la ciudad.

Entré al ascensor vacío y subí al piso indicado por la recepcionista. Estaba muy feliz, muy emocionada y muy ansiosa. Todo al mismo tiempo, una mezcla alocada que me hervía por dentro.

Cuando se abrieron las puertas, seguí por el pasillo hasta una sala de vidrio con un cartel afuera que decía "Reuniones". Era temprano, todavía faltaban diez minutos para la hora acordada. Dentro de la sala solo había un hombre. Estaba de traje y hablaba por teléfono. Tenía el cabello castaño claro, hombros anchos y era bastante alto. Nada que me llamara especialmente la atención al principio.

Como la puerta estaba abierta, entré sin decir nada. No quería interrumpir su llamada. Probablemente era parte del equipo con el que iba a trabajar durante el próximo año. Me quedé parada cerca de la puerta, con el bolso frente al cuerpo, esperando a que terminara.

—¡Eso mismo!... Sí, Álvaro, ya estoy aquí... Todo bien... No, todavía no llegó nadie, estoy esperando... ¡Hasta luego! No te atrases.

Mientras hablaba, por un momento, su voz me sonó extrañamente familiar. Diferente, pero muy familiar. Traté de sacarme esa sensación de la cabeza. Seguramente eran tonterías mías. O tal vez ya me lo había cruzado en alguna otra obra a lo largo de la vida.

—¡Chau! —Guardó el celular en el bolsillo del pantalón.

Sin querer, choqué contra una silla, que se movió y chirrió, llamando la atención del hombre, que se giró hacia mí…

Primero, abrí los ojos como platos. Luego, abrí la boca, sin poder emitir sonido alguno. Pensé que estaba alucinando, culpé al sueño que había tenido esa mañana, pero después lo miré con más atención. La forma de su rostro seguía igual, los ojos, la nariz, la línea de las cejas gruesas… nada de eso había cambiado, aunque claramente había envejecido. Me sorprendió darme cuenta de que nunca había olvidado esa cara. Los granos habían desaparecido, ahora tenía una barba bien recortada; y el peinado ridículo había

sido reemplazado por un corte de cabello prolijo y profesional. Seguía siendo él, pero su actitud y presencia eran las de un hombre, no las del chico de quince años que había visto por última vez muchos años atrás.

¡Carajo! Estaba jodidamente bueno. Nunca había visto al tiempo hacerle tanto bien a alguien. Si había personas como el buen vino, que mejoraban con los años, ese tipo frente a mí era el ejemplo perfecto.

—¿Jeniffer? —No fui la única que se quedó boquiabierta con el reencuentro.

—¿Leo? Quiero decir... Leonardo. —Me quedé completamente abrumada. Ya no era una adolescente y necesitaba superar mi enorme dificultad para hablar con él en persona.

—Wow, pasó mucho tiempo, ¿verdad?

—Sí, ¿no? —Pasé las manos por el cabello para que no notara lo mucho que me temblaban. *¡Contrólate!*

—¿Qué haces aquí?

—So-soy la arquitecta.

—¿Estás bien?

Asentí. ¿Por qué, más de una década después de la última vez que nos vimos, todavía lograba comportarme como una completa idiota frente a él? *¡Por Dios!*

—¿Quieres un poco de agua? —Señaló la jarra en el centro de la mesa.

Negué con la cabeza.

—Entonces, siéntate.

Arrastré la silla más cercana y me senté frente a él.

—Vi el nombre Jeniffer en el equipo, pero nunca lo asocié contigo. Nunca supe tu apellido, ni que te habías convertido en arquitecta.

—Me imaginé que te habías hecho futbolista, ya que te fuiste de la escuela por eso.

—Ah, no funcionó muy bien. Volví a Belo Horizonte y estudié Ingeniería Civil.

—¿Y ahora eres ingeniero?

Cuando por fin abrí la boca, solté la pregunta más estúpida del mundo. *No, él es el que limpia los vidrios, ¡claro!*

—Sí. Soy el gerente del proyecto del centro comercial. Vamos a trabajar juntos. Parece que el destino insiste en juntarnos. —Abrió esa sonrisa enorme que yo conocía muy bien—. Primero cerraron la escuela y ahora esto.

—Tal vez sea una señal.

Desvió la mirada y me sentí aún más incómoda. *¿Qué quise decir con eso? ¿Señal de qué?* Empecé a entender por qué me quedaba completamente muda frente a él durante la adolescencia. Era como si hubiera perdido treinta neuronas.

Dos hombres y una mujer entraron conversando en la sala de reuniones y me sentí muy aliviada de que interrumpieran ese clima de mierda que se había instalado ahí. Confieso que no estaba preparada para ver a Leo otra vez, no de esa forma.

—¡Hola! —Uno de los hombres se detuvo a mi lado y me extendió la mano—. ¿Tú eres?

—Jeniffer, la arquitecta.

—Un enorme placer conocerte.

—El placer es mío. ¿Con quién tengo el gusto?

—Me llamo Álvaro, soy el dueño de la administradora Multimarkets. Me han hablado muy bien de tu trabajo, señorita Jeniffer. ¿O ya es señora?

—Aún señorita. —Sonreí al mirar su cabello gris y su forma amistosa y gentil. Aquel hombre ya debía haber pasado los cincuenta.

Me sentí muy contenta con su presencia, porque me recordó que ya no era la chica de trece años que se quedaba sin palabras ante el chico que le gustaba y que no tenía el valor de admitirlo. Ahora era una mujer de más de veinte años, que ya había conocido y salido con varios tipos después de Leo.

—Este es mi socio, Roberto.

—Mucho gusto.

—Ella es Fabiana, la gerente de Recursos Humanos que los va a ayudar con las contrataciones para avanzar con el proyecto.

—Sí, a ella ya la conozco. —Le extendí la mano—. Nos conocimos cuando vine a la entrevista.

—Entonces, si necesito culpar a alguien, ¿puedo culparla a ella?

—Creo que sí. —Me sentí incómoda.

—¡No te preocupes! —Ella sonrió—. Álvaro siempre anda haciendo chistes, pero no muerde. Estás a salvo.

—Es bueno saberlo.

—Imagino que ya tuviste tiempo de conocer a Leonardo. Él es mi mano derecha en la planeación de este proyecto. —Álvaro puso la

mano sobre el hombro de Leo.

—Ya nos conocíamos —respondió Leo, aunque nadie le había preguntado directamente. Impasible y sin mostrar ninguna emoción. Confieso que eso me molestó bastante.

—No sabía que ya habían trabajado juntos. Eso es muy bueno, puede ayudar con la afinidad del equipo.

—No trabajamos juntos. —Leonardo siguió mirando a Álvaro—. Conozco a Jeniffer de la época de la escuela.

Tuvimos algo. Esa afirmación quedó flotando en el aire, al menos en mi cabeza. Claro que Leonardo no le contó a Álvaro la historia que había entre nosotros, si es que todavía recordaba algo.

—¿De la universidad?

—No, de la primaria. Estudiamos juntos en una escuela de monjas.

—¡Caramba! Entonces la historia viene de hace mucho.

—Claro que sí. —Suspiré, tal vez demasiado fuerte.

—Creo que ahora que ya se hicieron las presentaciones, ¿qué les parece si comenzamos a hablar del proyecto? —Roberto retomó la conversación, y se lo agradecí.

Asentimos y todos nos acomodamos alrededor de la mesa. Fue difícil no mirar a Leonardo todo el tiempo. A veces sentía que él también me miraba, pero tal vez solo era eso, una sensación. Estaba tan igual y al mismo tiempo tan diferente.



Dos

Ya era de noche cuando salí de la ducha y me dejé caer en mi cama, poniendo cualquier serie que venía viendo desde el fin de semana. Agarré el celular, que había ignorado todo el día porque estuve concentrada en el proyecto, y fui a revisar los mensajes.

Algunos de Pedro y uno de Sabrina.

Amor:

Gatita, ¿cómo te fue en la empresa? Estabas ansiosa. ¿Salió todo bien?

Jeny:

Sí, todo bien. El equipo es genial. Creo que va a ser increíble.

Me mordí el labio mientras me daba la vuelta en la cama, pensando si debía contarle o no a mi novio que iba a trabajar con mi primer amor. El tipo que me había movido el piso al inicio de la adolescencia y que, de vez en cuando, todavía se colaba en mis sueños. Probablemente, la imagen que tenía de él necesitaba una actualización después de esa reunión. Era mejor no decirle nada a Pedro. Solo iba a ponerlo paranoico por una tontería. Leonardo ya me había mandado al carajo hacía muchos años, cuando ni siquiera era tan guapo. Yo ya estaba contenta con que no usara el proyecto como excusa para vengarse de mí, por todo lo que le había dicho cuando éramos más jóvenes y estúpidos.

Amor:

¡Qué bueno, hermosa! Me alegra mucho por ti. ¿Sigue en pie nuestro plan de cine de mañana?

Jeny:

Sí, claro. Tengo muchas ganas de ver esa película. ¿Me pasás a buscar a las ocho?

Amor:

Sí. Estoy caliente...

Jeny:

Pedro, quiero ver la película.

Amor:

Nadie dijo que no la ibas a ver. 😉 La noche es larga.

Jeny:

Podés dejar esas segundas intenciones tuyas de lado. No va a haber motel un martes. Tengo que dormir temprano para no llegar tarde ni agotada a la empresa. Estos primeros meses del desarrollo del proyecto son cruciales. Cualquier error puede arruinar todo.

Amor:

¡Ya sé! Pero, ¿me vas a dejar con las ganas toda la semana? Apenas estuvimos juntos el fin de semana, amor. Tus papás son muy dulces, pero, ¡carajo! Tu padre no se callaba nunca. No podía decir que me moría por acostarme contigo. No puedo creer que perdí mi domingo hablando de fútbol y comiendo carne asada, cuando lo único que quería comer era otra cosa…

Jeny:

Ja ja ja… Qué cerdo.

No dije nada en contra de un rapidito en tu coche.

Amor:

¡Te amo!

Jeny:

Yo también.

Espera, voy a atender a Sabrina, que me está llamando.

—¿Hola?

—¡Hola, perra! ¿Cómo estás? ¿Y el trabajo nuevo? Estabas tan emocionada que me quedé con la curiosidad de saber cómo fue tu primer día. Como estás en línea y no respondes mis mensajes, pensé que estabas teniendo sexo virtual con Pedro.

—¡No seas exagerada! Pedro me estaba preguntando lo mismo que tú. Me fue bien. ¡Va a ser un proyectazo y estoy segura de que puede impulsar mucho mi carrera! Y... —Contuve el aliento. Necesitaba contarle a alguien desesperadamente. Me estaba carcomiendo por dentro.

No es que Sabrina fuera la persona más indicada para este tipo de confesiones después de todo lo que había pasado, pero, a pesar de los años, seguía siendo mi mejor amiga. Además, era la única persona cercana que conocía toda la historia.

—¿Y...? —repitió, cuando me quedé en silencio.

—Adivina quién es el gerente...

—Amiga, sabes que soy pésima con estas cosas, ¿no?

—¿Quieres intentarlo? —Me acurruqué en la cama. Los segundos que se tomó para pensar fueron suficientes para que yo procesara todo lo que había pasado. Necesitaba asegurarme de que no era otro de esos sueños que tuve durante toda mi vida.

—¡Mmm! Esa profesora pesada de la universidad. La que te mandaba hacer resúmenes de un montón de artículos aburridísimos.

—Dije "el gerente", en masculino.

—¡Jeny, en serio! No voy a perder la paciencia con esto. Si lo conozco, dímelo de una vez.

—Leo... —Sentí la mezcla de sensaciones más extraña del mundo al decir eso. Fue un alivio enorme seguido de una angustia aún mayor, que se hundió en mi pecho como mi cabeza lo hacía en la almohada.

—¿Leo? ¿Qué Leo? ¿"Piel con maíz"?

—¡Ese mismo! —Me tapé la cara como si estuviera avergonzada, aunque Sabrina no pudiera verme.

—¡No lo puedo creer! ¿Y entonces?

—Pues voy a tener que trabajar con él. Pero hubo un ambiente rarísimo cuando nos vimos en la sala de reuniones.

—¿Rarísimo tipo tensión sexual? —Se rió.

—¡Claro que no! Fue más como incomodidad y vergüenza.

—¡Uy! ¿Y vas a tener que trabajar con él por mucho tiempo?

—¡Sí! Él es el gerente del proyecto del centro comercial. Es mi jefe.

—¡Wow! Supongo que toda esa emoción tuya se fue por el desagüe, ¿no?

—¡No tanto! Cuando apareció el resto del equipo, logré concentrarme. La gente es muy buena onda. Creo que todavía puede ser un buen proyecto, y lo que tuve con Leo pasó hace muchos años. No tiene por qué afectarnos ahora.

—Te noto bastante afectada.

—Solo fue por la sorpresa. —Mordí mi labio, enredando un mechón de mi cabello en el dedo.

—¿Estás segura?

—¡Mierda, Sabrina, no empieces a meter más leña al fuego!

—No dije nada. Eres tú la que está toda alterada por lo que pasó. ¿Ya le contaste a Pedro que tu primer novio es tu jefe?

—Leo y yo nunca fuimos novios, no seas exagerada.

—Si estás esquivando la pregunta, es porque no le dijiste nada a Pedro.

—¿Y qué querés que le diga? Va a empezar a sospechar por la nada misma. No hay ningún motivo para que Pedro se sienta amenazado.

—¿Estás segura?

¿Tan difícil era que ella me apoyara una sola vez y no discutiera todo lo que digo? Bufé mientras me sentaba en la cama.

—Obviamente que estoy segura.

—Confío en ti... —Su tono no sonó muy convencido, pero decidí no decir nada.

Era mejor no seguir con ese tema. Si había algo que no necesitaba era a mi novio desconfiando de un tipo que ya no formaba parte de mi vida desde hacía mucho tiempo. Solo me sorprendió volver a encontrarlo en esa ocasión, pero no había ningún sentimiento que revivir entre nosotros.

—¿Sigue con ese peinado ridículo, haciendo una espiral con el cabello en la frente, y la cara toda marcada? Siempre fue muy raro y gracioso.

—Creo que está guapo. Me atrevo a decir que envejeció mejor que nosotras dos.

—¡Ay, por favor! Tu opinión no vale, tú no eres objetiva. Seguro que todavía estás media enamorada de él y te impactó verlo de nue...

—¿Sabrina? —la llamé cuando la línea quedó en silencio.

—¡Puta madre! No te voy a mentir, la verdad es que está buenísimo.

—¿Dónde lo viste?

—Encontré su perfil en Facebook. Todavía es amigo de algunos del colegio. Hay unas fotos de él con Fábio, Kelvin y más gente. Estoy impresionada de lo bueno que está. Con el cuerpo talladito y todo. Ya ni tiene granos.

—Es una de las ventajas de estar por cumplir treinta. Ahora cierra ese Facebook y deja de acosar al tipo.

—Uy… parece que está en una relación seria...

—¿Con quién? —No pude contener la curiosidad, aunque no fuera asunto mío. ¿Qué esperaba? Después de todos estos años, era obvio que ya estaría con alguien.

—No dice. Solo que tiene novia o novio. Nunca se sabe.

—Tal vez salió del clóset, como tú.

—Podría ser.

Después de haber sido la popular, la muñequita, de haberse revolcado con medio colegio, Sabrina empezó a salir con una chica al final de la secundaria y todavía seguían juntas. A veces me preguntaba cuándo se animarían a casarse.

—Amiga, necesito dormir. Mañana tengo que empezar los primeros bocetos del proyecto.

—Suerte con el nuevo trabajo y con Leo. Me cuentas cualquier novedad.

—Claro que sí. Te amo.

—Yo también te amo, perra.

Colgó la llamada, me dejé caer sobre la cama y le mandé un mensaje de buenas noches a mi novio. No es que me haya dormido

rápido, por más que intentara mantener los ojos cerrados. Me la pasé dando vueltas de un lado a otro, pensando en cómo sería trabajar durante la duración de ese proyecto al lado de Leonardo. Ahora éramos más grandes. Él no era el único que había cambiado desde el día que me mandó al carajo. Después de él, tuve varios novios, otros amores y muchas experiencias. Sin duda, no fue el único que me rompió el corazón. Hubo una vez en que hice de todo para que la relación funcionara y el tipo simplemente se hartó de mí.

Pero Pedro era un amor, nos entendíamos y nos llevábamos muy bien. Cada tanto le lanzaba indirectas para que me propusiera matrimonio.

El hecho de seguir soñando con Leo no debería significar nada.



Tres

Soñé con él otra vez. No quería pensar en eso mientras manejaba hacia el trabajo, pero fue totalmente inevitable. En el sueño, estaba leyendo un mensaje que me había dejado en Orkut, una de las redes sociales que usábamos para conversar cuando éramos adolescentes. Solo que en el sueño, el Leo que vi al llegar a la escuela era el actual: fuerte, varonil y sexy... Tuve que recordarme a mí misma que tanto él como yo teníamos pareja y que, lo peor de todo, ¡él era MI JEFE!

Decidida a superar a la adolescente dentro de mí que entraba en pánico cada vez que se le acercaba, entré al edificio como la mujer que soy. Podía dejar el pasado enterrado y lidiar con eso de la forma más madura y profesional posible.

—Buenos días, Jeniffer —dijo la gerente de Recursos Humanos con una sonrisa cuando pasé junto a ella en el pasillo.

—Buenos días, Fabiana.

—Que tengas un excelente día de trabajo.

—Igualmente.

Me dirigí a la sala de proyectos donde me habían indicado que me quedara desde el día anterior y la abrí. Estaba vacía. Supuse que empezaría a trabajar sola hasta presentar los primeros bocetos del proyecto arquitectónico a Leo y al resto de los responsables.

Dejé mi bolso sobre un estante en una esquina y puse mi celular en silencio.

Esa sala era el paraíso para cualquier arquitecto, con un ordenador equipado con los mejores programas, una enorme mesa de dibujo, hojas de papel disponibles y todo tipo de reglas. Ni siquiera en la universidad tuve tantas herramientas a mi disposición.

Coloqué el papel vegetal sobre la mesa y tomé un lápiz firme para hacer trazos suaves. Ese tipo de lápiz evitaba que el papel terminara lleno de rayones mientras dibujaba y corregía. Estaba a punto de comenzar cuando la puerta se abrió y Leonardo entró. Iba un poco más informal, con unos jeans oscuros y una camisa blanca con botones, con dos desabrochados cerca del cuello, lo que me dejaba ver parte de su cuello.

Respiré hondo, concentrándome en mantener el autocontrol para que su presencia no me afectara. De hecho, no tenía ningún efecto sobre la Jeniffer actual, muchas experiencias me habían moldeado desde la última vez que nos vimos. Solo necesitaba silenciar de una vez a esa adolescente que fue rechazada, su enamoramiento tonto y el drama del pasado. Ya no me importaban esos sentimientos.

—Buenos días.

—Buenos días —dije sonriendo, mientras me recogía el cabello con un broche para el pelo que solía colgar de la correa de mi bolso. Era imposible tratar de dibujar algo con los mechones cayéndome sobre los ojos.

—¿Quieres café? —Levantó el vasito de plástico del que estaba bebiendo—. Hay un comedor al final del pasillo, puedes ir a buscar uno.

—Ah, gracias, pero no tomo café. Voy a calentar agua para un té después.

—¿Té? —Frunció el ceño. Aún se le formaban arrugas en la frente cuando levantaba las cejas, exactamente igual que antes—. El té es para enfermos.

—El café no es más que un tipo de té, ¿lo sabías?

—Entonces deberías tomar más seguido.

—No me gusta el sabor. —Hice una mueca—. Prefiero manzanilla con vainilla.

—Necesitás despertar, no relajarte. —Terminó su café y tiró el vaso desechable en un cesto de basura en la esquina de la sala.

—Solo me relaja, no me da sueño. Y además, es delicioso.

—Estás más habladora ahora que creciste —dijo, deteniéndose frente a mí y apoyando las dos manos en los bordes de la mesa de dibujo.

—Siempre he sido habladora. Todos en casa dicen que lo heredé de mi papá. El otro día, dije que era muy comunicativa para no decir que hablaba demasiado, y todos se echaron a reír. Siempre que

tomo el autobús o cualquier transporte lleno de gente, termino conversando con alguien.

—Pero tú no hablabas conmigo. No estoy acostumbrado a oír tu voz.

Tragué saliva, y la adolescente dentro de mí luchó por salir del rincón oscuro donde la había metido para poder trabajar con normalidad.

—Era diferente. Yo tenía... —Me mordí el labio, sin saber cómo terminar esa frase sin sonar como una completa idiota.

—¿Vergüenza de mí? ¿Eso era lo que tenías? —Se metió las manos en los bolsillos y dio un paso atrás, tratando de mantener el tono relajado de la conversación, pero fue fácil notar que el comentario le molestó.

—¡No, no era eso! —Nunca he sido buena para mentir, y eso no iba a cambiar en ese momento.

—¿Entonces qué era?

—Yo-yo me ponía completamente nerviosa frente a ti.

—Parece que todavía te pasa. —Se rió con un tono burlón. ¡Idiota!

—¡No me pasa! —Puse las manos en la cintura y saqué el pecho. ¿A quién quería engañar?—. ¿Viniste a supervisar mi trabajo? —Intenté cambiar de tema. Si quería escucharme hablar, yo iba a hacer el esfuerzo—. Mi jornada recién comienza, así que aún no he tenido tiempo de hacer mucho.

—No vine a supervisarte. Vine a trabajar contigo, arquitecta. ¿Olvidaste que soy el ingeniero? Tengo que asegurarme de que todo lo que proyectes sea físicamente viable. Nadie aquí quiere un proyecto al estilo Niemeyer.

—Fueron construidos.

—Díselo a los ingenieros. —Se encogió de hombros.

—No estoy pensando en nada lleno de curvas.

—¡Perfecto! ¿En qué estabas pensando? —Se acercó más, deteniéndose a mi lado, y tuve que contener un suspiro.

—Pensé en entradas temáticas, como las que hay en el centro comercial *Dom Pedro*, en Campinas.

—¿El más grande de América Latina?

—Ese mismo. Además de ser atractivo para las fotos, podría convertirse en un punto turístico y ayudaría a aumentar las ventas de las tiendas. También serviría como punto de encuentro para que la gente se ubique. Por ejemplo: "ah, estoy en la entrada del fuego".

—¿Estás pensando en los cuatro elementos?

—No. Fue solo un ejemplo.

—Me pareció una buena idea. —No recordaba que le salieran hoyuelos cuando sonreía.

—Qué bueno. Pensé que podríamos empezar por ahí. Para mañana deberíamos tener algo que mostrarle a Álvaro.

—Está perfecto. ¿Van a ser cuatro entradas con los cuatro elementos?

—Creo que tú puedes ayudarme a pensar en algo más original. ¿Qué tal sabana, playa, selva...?

—¡Me gusta! Siempre has sido muy creativa.

—¡Sí! —Sentí cómo se me encendían las mejillas, no sabía si por la cercanía o por el elogio de un jefe hacia una subordinada que

estaba haciendo bien su trabajo.

—Estoy seguro de que a Álvaro le va a gustar.

—Gracias, Leo.

—No creo que te hubiera contratado si no fueras buena. —Sus ojos castaños se clavaron en los míos con tanta intensidad que me atraparon. Me quedé varios segundos mirándolo hasta que me faltó el aire.

—Creo que voy a ir a la cafetería ahora. —Me alejé de él, tratando de calmar mi corazón acelerado.

—Dijiste que no te gustaba el café.

—Voy a buscar agua. —Abrí mi bolso y lo revisé buscando una botellita. Lo único que me faltaba era no encontrar la que había dejado ahí y terminar pareciendo una idiota—. ¡Aquí está! —Saqué la botella y salí de la sala dando pasos torpes.

—Ve tranquila. Yo voy a aprovechar para buscar el Análisis Técnico del terreno —comentó, y apenas le presté atención.



Cuatro

Trabajar con Leo iba a ser un desafío mayor de lo que imaginaba. Tal vez era por el rechazo, pero él todavía ejercía algo sobre mí, me dejaba mareada y sin aliento. Durante las ocho horas de trabajo, solos en esa sala de proyectos -más tiempo juntos que durante toda nuestra adolescencia-, sentía que caminaba sobre vidrios. Intentaba controlar cada uno de mis movimientos, pero aun así, parecía que no tenía control de nada. Me costaba concentrarme o relajarme para pensar en el proyecto. Iba a tener que adelantar algo en casa si quería presentar algo a Álvaro el fin de semana.

Amor:

¿Lista? Ya voy para allá.

Me sobresalté con el mensaje de Pedro. Me había olvidado por completo del cine.

Jeny

Necesito diez minutos.

Me alejé del ordenador y corrí al armario a buscar algo para ponerme. Por suerte me había bañado apenas llegué del trabajo, sino terminaríamos perdiendo la película que ya había olvidado completamente mientras me enfocaba en el proyecto.

Me puse un vestido negro, me pinté los labios con un labial rojo, me calzé unas balerinas y peiné las ondas de mi cabello con la punta de los dedos mientras me miraba al espejo. Solía estar más arreglada que eso, pero solo iríamos al cine.

—Jeny, ¡Pedro está aquí abajo! —gritó mi hermana.

Tomé mi bolso y bajé a encontrarme con mi novio.

—¡Hola! —dije desde lo alto de la escalera, sonriendo al verlo parado en medio de la sala.

—Ey, mi amor.

Pedro tenía las manos en los bolsillos de la bermuda y el cabello negro mojado, que le goteaba sobre los hombros de su camisa polo. Al parecer, no fui la única que se arregló a las apuradas.

Bajé el resto de los escalones y me lancé a sus brazos, dándole un beso breve.

—¿Vamos?

Asentí.

Seguí a Pedro fuera de casa y entramos en su coche, que estaba estacionado frente a mi cochera. Me puse el cinturón y dejé el bolso sobre las piernas.

—Estás hermosa, amor. —Sonrió al ajustar el retrovisor central y luego bajó la mano para acariciarme el muslo.

—¡Gracias!

—¿Cómo estuvo el trabajo hoy? —Encendió el coche y desvió la mirada de mí.

—Bien.

—¿Solo bien? Para alguien que estaba tan emocionada, ese "bien" suena a "más o menos".

—Ay, amor, todavía estoy un poco nerviosa y ansiosa. Necesito poner en orden mi cabeza.

—¿Está todo bien, Jeny? ¿Estás segura de que estuvo bien?

—Sí, de verdad.

—Tú siempre hablas tanto de todo. No me contaste cómo te fue, ni nada sobre el equipo. ¿Con quién más estás trabajando? Siempre me dabas todos esos detalles antes de que preguntara.

—Imagino que debe ser un fastidio escucharme hablar todo el tiempo.

—Jeny, ¿estás bien, amor? A mí me encanta escucharte. Lo sabes muy bien. ¿Pasó algo allá que te está molestando?

—Solo creo que el proyecto va a exigirme mucho. Solo lo superan algunos centros comerciales de São Paulo.

—Estoy seguro de que puedes con eso. Eres una arquitecta increíble.

—Lo dices solo porque eres mi novio. —Le sonreí.

—Eso forma parte de mi rol. —Rió, y esa sonrisa era una de las cosas que más amaba de él—. Pero, como dicen por allí, nadie carga una cruz que no pueda llevar. Si te llamaron para este proyecto es porque estás capacitada para hacerlo. Cuando pase por ese centro comercial voy a poder decir: miren, fue mi novia quien lo diseñó.

—En realidad, solo lo voy a proyectar.

—Tú me entendiste. —Me guiñó un ojo.

—Sí, entendí.

—Te amo, Jeniffer. —Detuvo el coche en un lugar del centro comercial que quedaba cerca de mi casa y se inclinó sobre mi asiento para besarme.

Le devolví el beso, pero me di cuenta de que quería más cuando su mano se deslizó por mi costado y me tocó una teta.

—Sabes que aquí hay cámaras, ¿no?

—No hice nada. —Volvió a frotar sus labios contra los míos.

—¡Basta! —Abrí la puerta del coche y bajé, dejando que me mirara con cara de perrito abandonado—. Apúrate o vamos a perder la película.

Él suspiró, se quitó el cinturón y se reunió conmigo del lado de afuera del coche antes de activar la alarma.

Caminamos en silencio hasta el segundo piso, donde quedaba el cine. Sí, yo estaba más que rara, incluso haciendo todo lo posible por disimularlo, se notaba a simple vista. Sin embargo, no le había contado a Pedro nada sobre Leonardo. Nunca le hablé a mi actual

novio del tipo del que estuve enamorada en la secundaria, y mucho menos iba a contarle ahora que ese mismo tipo había reaparecido y era mi jefe en el proyecto más importante de mi carrera.

Era evidente que la presencia de Leo todavía tenía algún efecto en mí, pero solo era cuestión de tiempo para superar eso y dejar de verlo como un problema.

Compramos las entradas y las palomitas, y subimos por una escalera hasta la sala cinco, donde se proyectaría la película que elegimos. Era un estreno que llevaba meses esperando. Era la adaptación de uno de mis libros favoritos, y esperaba que los productores no hubieran cambiado demasiado la historia. El romance no era mi género preferido, pero la dosis de acción y suspenso que Kalina le agregó a la historia lo volvió perfecto. Sabía que la misma escritora -una brasileña que tuve la oportunidad de conocer en una firma de libros en ese mismo centro comercial- había seguido de cerca la producción. Terminó casándose con el galán que hacía el papel principal, *¡qué suertuda!*

Cuando el título *Pasión avasalladora* apareció en la pantalla, me acomodé en la butaca y me preparé para ver la película.

Estaba concentrada en las escenas cuando sentí la mano de Pedro deslizarse por mi muslo y meterse debajo de mi vestido. Me llené la boca de palomitas para no gemir.



Salimos del cine y estaba aún más enamorada de Steven. Ese actor era simplemente perfecto para el papel.

—Guapo, caballeroso...

—¿Estás hablando de mí? —bromeó, mientras se metía un pedazo de pizza en la boca.

—No, de Jake Montagu. —Me encogí de hombros.

—Ah, el actor. Menos mal que está bien lejos y debe tener tantas mujeres encima que ni representa una amenaza.

—Se casó con la escritora del libro. Vi eso en internet hace unos días.

—Hum, no pensé que te interesaran las noticias de celebridades.

—No me importan. Solo apareció como una notificación en mi correo, debe ser porque leo sus libros.

—Entiendo. ¿Y la pelirroja sexy?

—¡Ey! —Le di una patada en la rodilla por debajo de la mesa.

—Yo también me fijo en esas cosas.

—Es solo una actriz que hizo de Alice. Pensé que habías pasado toda la película preocupado por hacerme acabar.

—Puedo hacer dos cosas al mismo tiempo. —Sonrió con picardía.

Me puse colorada y me concentré en comer mi porción de pizza con mi gaseosa de limón favorita.

—¿Vamos? —Pedro se levantó apenas terminé de comer.

Asentí y fuimos al estacionamiento donde estaba su coche. Me senté en el asiento del copiloto y me puse el cinturón mientras Pedro pagaba el estacionamiento. Seguía entusiasmada con la película. Fue una de las pocas adaptaciones literarias que no me decepcionó. Por

lo general, siempre dejaban de lado partes importantes del libro, pero esta vez no lo hicieron.

Pedro manejó de regreso a mi casa, pero se detuvo una calle antes.

—¿Qué pasa? —le pregunté, sin entender.

—Ven a sentarte sobre mí. —Me guiñó un ojo.

—¿Aquí? ¿Ahora? —Sentí cómo me ardía la cara.

—Podemos ir a mi casa o a un motel si quieres.

—Si hacemos eso, sé que no vas a dejarme volver esta noche.

—Parece que te gusta hacer las cosas rápido.

—No es rapidez. —Me desabroché el cinturón y me acomodé en su regazo, sintiendo el volante presionarme la espalda.

—¿Estás segura?

—Sí... —Le tomé el rostro y lo besé.



Cinco

Entré en la sala de proyectos un poco tarde después de haber pasado por un tráfico horrible. Estaba jadeando, con el corazón a punto de salirse de mi pecho. Odiaba llegar tarde, y peor aún, sabiendo que Leonardo era mi jefe. Ya había una tensión rara entre nosotros dos, no quería que cualquier error mío fuera la excusa perfecta para que me despidiera.

Puse mi bolso en un rincón y me di cuenta de que había varios sobres con lo que parecía ser análisis de suelo y otras composiciones del terreno donde se construiría el centro comercial. Encima de todo había una nota.

Leo nunca me había enviado cartas, ni un mensaje bonito en la fiesta de fin de año. Siempre conversábamos por MSN, que ni sabía si todavía existía. Sin embargo, como estaba firmado, supe que era de él.

Jeniffer: Álvaro y yo tenemos una reunión con un importante inversionista hoy. No creo regresar a tiempo para ayudar con algo. Estos son los informes de los técnicos que evaluaron el terreno donde se construirá el centro comercial, tenlos en cuenta al pensar en todo el proyecto. Espero que sin mi presencia el día sea productivo.

Nos vemos mañana.

Leonardo.

Él había notado que me ponía completamente incómoda en su presencia. Mi autocontrol tendría que mejorar en los próximos días.

Me hice un té de manzanilla y vainilla en la cafetería y me concentré en diseñar el proyecto. Leonardo tenía razón, sin su presencia desconcertándome todo el tiempo, me era mucho más fácil concentrarme y vi que el proyecto avanzaba mucho más que el día anterior.

—¡Hola, Jeniffer! —dijo Fabiana después de golpear la puerta, antes de entrar.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

—Bien, ¿y tú?

—¡Excelente!

—Leo no está, ¿verdad?

—No. Creo que salió con Álvaro.

—¡Ah, cierto! Iban a ir a São Paulo hoy, deben regresar hasta pasado mañana.

Sobre eso no sabía nada, así que preferí quedarme callada, esperando que ella continuara con lo que fuera que tenía que decirme.

—Esto es para ti. —Me entregó una invitación—. La empresa está cumpliendo treinta años este mes, y el sábado haremos una fiesta para celebrarlo.

—¡Ah, gracias!

—Que tengas un buen día de trabajo.

—Igualmente. —Fabiana salió de la sala y me dejó sola.

Guardé la invitación en mi bolso y volví a concentrarme. Las fiestas empresariales no eran de las cosas que más me emocionaban. Siempre terminaban siendo una excusa para que la gente hiciera cosas de las que se arrepentirían el resto de su vida.



No vi a Leo durante dos días. Por lo que Fabiana había dicho, imaginé que todavía estaría en São Paulo con Álvaro. Al principio, me sentí aliviada por su ausencia. Era mejor que se mantuviera lejos de mí, el proyecto estaba fluyendo muy bien y cuando regresaran, tendría algo que mostrar, quizás hasta un modelo sencillo en 3D hecho en *AutoCAD*. Sin embargo, al segundo día, me encontré ansiosa por verlo. ¡Esto era una mierda! No podía estar deseando verlo de nuevo, eso era una locura. No habíamos terminado bien, además, yo estaba saliendo con alguien.

Él también, por lo que Sabrina había descubierto al revisar su perfil.

Ya era jueves y casi la hora de almuerzo cuando lo vi pasar por uno de los pasillos, dirigiéndose hacia la oficina de Álvaro. No supe decir si estaba tenso o solo apurado, lo que me dejó con una inquietud. ¿Acaso la reunión con el inversionista no había salido como esperaban?

Solo respiré aliviada cuando estaba llenando mi botella de agua y lo vi a él y a Álvaro pasar por el pasillo. El dueño de la empresa sonreía y le daba palmadas amigables en el hombro a Leonardo, como un padre orgulloso del logro de su hijo. Supuse por las sonrisas de ambos que todo había ido bien, para mi alivio.

—Jeniffer, te estaba buscando. —Álvaro entró en la cafetería.

—¿En qué puedo ayudarte? —Tomé un sorbo de agua y me limpié con el dorso de la mano la gota que había resbalado por mi mentón.

—¿Vamos a almorzar juntos? Quiero celebrar el éxito con los inversionistas.

—¡Claro! Ya estaba pensando en salir a almorzar. Iré a buscar mi bolso en la oficina.

—No te preocupes por el vale. Hoy los llevaré a un restaurante especial.

—¿Quién más va? —Sonreí emocionada con la idea de un almuerzo en equipo. Todos en el piso trabajaban en la empresa, pero no conocía el nombre de todos. Los almuerzos eran buenas oportunidades para conversar. Diferente de las fiestas, donde la gente solía exagerar con el consumo de alcohol.

—Leo. Ve a buscar tus cosas que yo voy a llamarlo.

—¡Ah, perfecto! —Intenté no temblar en ese momento, pero no sé si lo logré.

No sabía qué sería más raro, ir a almorzar sola con Álvaro o ir con él y con Leonardo.

Hice varios ejercicios mentales pensando en cómo evitar que se formara un mal ambiente en la mesa y que Álvaro notara que había algo sin resolver entre Leonardo y yo. No es que hubiera algo que resolver realmente, ya que él había sido claro al decirme que ya no me quería... ¿En qué estaba pensando? Necesitaba olvidar rápido lo que había pasado entre nosotros o eso podría terminar perjudicándome mucho.

Volví al pasillo en dirección a la oficina de Álvaro y los encontré a él y a Leonardo parados frente al ascensor, probablemente esperándome.

—¿Vamos? —Álvaro sostuvo el ascensor y movió la cabeza indicándome que entrara. Él y Leonardo vinieron detrás.

Fuimos en el coche de Álvaro hasta un restaurante caro en Savassi. Era de esos lugares donde tienes que hacer reservación con días de anticipación, pero tan pronto llegamos, los empleados casi nos tendieron una alfombra roja. Era de esperarse, Álvaro era un cliente muy importante para el lugar.

Álvaro sacó una silla para mí y me senté en un triángulo, entre él y Leonardo. Nos trajeron los menús e hicimos nuestros pedidos.

El ambiente silencioso que se respiraba en la mesa, mientras yo desviaba la mirada de Álvaro a Leonardo, me indicó que las cosas podrían volverse incómodas rápidamente. Casi me encogí con el escalofrío que me recorrió.

—Ustedes se conocen desde la escuela, ¿no? —Álvaro nos miró con una sonrisa.

—Hicimos la primaria en la misma escuela. —Me puse a jugar con la punta de la servilleta, mostrando poco interés en esa conversación, para que Álvaro no siguiera con el tema—. Estoy muy feliz por el negocio que cerraron con los inversionistas en São Paulo.

—Fue muy bueno, de hecho. —Leonardo notó que estaba tratando de cambiar de tema y me dio pie a seguir.

—¿Eran amigos? —La impresión que tuve fue que Álvaro se puso aún más empeñado en hacer preguntas sobre eso cuando vio que estábamos intentando evitar el asunto.

—No. —Leo respondió rápidamente y me dio la sensación de que estaba empeorando nuestra situación.

¿Qué me pasó por la cabeza cuando acepté esta invitación para almorzar? Álvaro pasó de ser el dueño de una empresa millonaria a mi tía preguntando sobre los novios en las fiestas familiares. Era como si el sádico se estuviera divirtiendo con la incomodidad que nos había generado a mí y a Leonardo.

—¿Entonces eran compañeros? —insistió.

—Ni siquiera estábamos en la misma clase. —Me encogí de hombros.

Leonardo trató de acabar con el tema diciendo que ni siquiera éramos amigos, algo que, creo, nunca lo fuimos de verdad, ya que no podía hablar con él en persona. Sin embargo, por la mirada de curiosidad que se reflejaba en los ojos verdes de Álvaro, cuanto más tratábamos de evitar el tema, más interesado parecía.

—Parecía que se conocían muy bien cuando los vi en esa sala el lunes por la mañana.

—Jeniffer fue la primera chica que besé. —Leonardo confesó eso y bebió un sorbo de su jugo de naranja como si estuviera

hablando del clima o de cualquier otra cosa que no tuviera tanta importancia.

Me quedé inmóvil en la silla, mirando al frente sin ver nada. Estaba atónita. Yo solo había besado a un chico del campo antes de besar a Leonardo por primera vez, pero nunca imaginé que él no hubiera besado a nadie antes de mí. La forma en que se acercó a mí, con las locas ganas de tocar mi culo, me hizo pensar que ya había hecho eso antes, aunque el beso fuera horrible.

—Entonces eran novios. —Álvaro rompió el silencio mientras yo seguía sin mirarlo, temerosa de que en cuanto lo mirara no pudiera seguir disimulando.

—No. —Leonardo negó con la cabeza y sonrió discretamente—. Nunca estuve a su altura.

—¿Por qué no? —Álvaro frunció el ceño—. Eres un gran chico desde que te conocí. Estoy muy orgulloso de tenerte trabajando para mí.

—No es así. —Traté de desviar la atención. Lo último que necesitaba era que Leonardo me hiciera quedar como una persona horrible frente al dueño de la empresa—. Tenía doce años, no sabía lo que quería.

Álvaro solo rió y comenzó a tomar los cubiertos cuando nos sirvieron las entradas.

Afortunadamente, no se volvió a tocar el tema. Comencé a darme cuenta de que, aunque quisiera, parecía imposible evitar nuestro pasado. De vez en cuando tropezábamos con heridas difíciles de sanar, si es que alguna vez lo harían.

Pregunté por los inversionistas y el progreso del proyecto. Finalmente, el almuerzo siguió la ruta de negocios que debió haber tomado desde el principio.

Después del almuerzo, Leonardo dedicó el resto de la tarde a asuntos que necesitaba resolver con Álvaro y yo me quedé sola otra vez en la sala de proyectos, sin su supervisión ni su sombra.



Seis

El viernes por la mañana ya estaba lista para mostrar el avance de mi proyecto, cuando Leonardo entró en la sala. Estaba más serio y vestía un traje. No sabía si era por un compromiso importante o si simplemente quería recordarme la relación que teníamos allí. Él era mi jefe, y yo una subordinada.

—¡Buenos días, Jeniffer! —dijo.

—¡Buenos días, Leonardo! —respondí.

—¿Ya tienes algo para mostrar? —dijo, metiendo las manos en los bolsillos mientras se acercaba a mí.

—Sí. —Me levanté y fui al ordenador para abrir el proyecto.

—¡Genial! —Se detuvo a mi lado para que pudiera ver la pantalla y se sentó en una silla. Pude sentir una de sus piernas largas y musculosas casi tocándome—. ¿Qué es toda esa área gris? —Señaló la pantalla.

—El estacionamiento descubierto.

—¿Ya pensaste en algo de paisajismo para ese espacio?

—Aún no. Prioricé la parte construida. Esta primera entrada, la de la sabana, ya está bien planificada. Echa un vistazo.

—Creo que necesitas al menos una columna más para sostener la parte superior aquí. —Tocó la pantalla—. ¿Este entrepiso es para simular un jeep en un safari?

Asentí con la cabeza.

—Vamos a necesitar refuerzos de sustentación. No sé si esas dos columnas laterales en forma de árboles y un montón de vigas serán suficientes.

—Podemos intentar dividir mejor el peso del centro hacia las laterales.

—Es una solución.

—¿Leo? —Sentí mi estómago dar vueltas—. ¿Hablaste en serio cuando le dijiste a Álvaro ayer que fui la primera chica que besaste? —Sabía que esa pregunta no tenía absolutamente nada que ver con el trabajo que estábamos haciendo allí y que probablemente me arrepentiría de haberla hecho, pero simplemente no pude controlar la ansiedad que me estaba revolviendo desde el día anterior, cuando él dijo eso. Ni siquiera pude dormir bien la noche pasada, pensando en aquello.

Esperaba que dijera que lo había dicho solo para que Álvaro nos dejara en paz, pero todo lo que salió de su boca fue una sola

palabra.

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, fuiste la primera persona a la que besé.

—Pensé que lo habías dicho solo para que Álvaro nos dejara en paz.

Él levantó las cejas gruesas, frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué haría eso?

—¡No sé! Para que nos dejara en paz. Parece que funcionó.

—No funcionó. Tal vez no debí haberle contado eso, porque ahora va a estar molestándome por el resto de mi vida. Es una gran persona, pero a veces es tan metiche como mi mamá.

No pude evitar reír con la comparación que hizo.

—No deberías preocuparte por eso —dijo.

—Estabas tan desesperado por tocarme el culo que nunca imaginé que fuera tu primer beso.

—Siempre tuviste un gran culo. Yo tenía trece años, claro que quería tocarlo. Ni sabía si tendría otra oportunidad para hacerlo.

—¡Eras un pervertido! —Abrí la boca y abrí los ojos.

Leonardo empezó a reírse, casi retorciéndose.

—Solo era un chico normal. No tienes idea de lo que los demás chicos de la escuela decían de tu culo.

—¡Por Dios! —Cubría mi rostro con las manos, avergonzada.

—Bien que me dejaste tocarte la tercera vez que estuvimos juntos.

—Estuvo bueno. —Mojé mis labios, sintiéndome aún más avergonzada.

—Ay, por favor, cuando uno crece eso se vuelve tan irrelevante. Tocar un culo es casi como tomarle la mano a alguien. Hacemos cosas mucho más interesantes. —Soltó una sonrisa maliciosa, y supe que estaba hablando de sexo. No sería tan ingenua como para pensar que, con casi treinta años, todavía era virgen. Esa primera vez claramente no fue conmigo, porque ni siquiera lo dejaba tocarme. Que un chico se refregara contigo en aquella época estaba muy mal visto. No quería que me llamaran puta. Casi me dio risa pensar en lo que Pedro me hacía ahora: sus manos, su boca... Me habría muerto de vergüenza de solo pensarlo en aquel entonces.

—¿Están contando chistes? —Fabiana apareció en la puerta y los dos la miramos.

—Solo recordando algunas cosas. —Él desvió el tema.

—Estoy escuchando sus risas desde mi oficina.

—Perdón. —Me encogí en la silla.

—Ya no vamos a hacer ruido, Fabi.

—Tú nunca molestas. —Le guiñó un ojo y le dedicó una sonrisa amplia—. Solo quería saber de qué se reían tanto.

¿Fabi? ¡Qué nivel de confianza! ¿Y esa forma en que se miraron? ¿Será que Fabiana era la novia de Leonardo? Si era así, me había tardado en darme cuenta, pero la gente solía ser más discreta en el trabajo. Casi sentí celos por el tono en que nos preguntó por qué nos estábamos riendo.

—Buen trabajo para ustedes. —Desapareció de vista y Leonardo volvió a ponerse serio.

—¿Llevamos lo que ya hay a Álvaro? Podría querer hacer algunos cambios.

—Sí, déjame encontrar un pendrive para guardar el proyecto y vamos a mostrárselo.

—Genial.

Pasamos el resto del día discutiendo el proyecto en la oficina de Álvaro. Él y Leonardo hicieron varias observaciones relevantes que iban a requerir cambios, pero, en general, parecían muy entusiasmados y sorprendidos con mi progreso. A la hora del almuerzo, dije que necesitaba pasar por el banco para resolver un problema con mi contraseña. Fue la mejor mentira que se me ocurrió para no tener que volver a almorzar con ellos. No quería que el tema terminara siendo cuántas veces Leonardo me había tocado el culo, porque era, como mínimo, degradante.



—¡Hola, amiga! ¡Te has esfumado! —Solo me di cuenta de que era Sabrina al escuchar su voz al otro lado de la línea. Había sacado el teléfono de la bolsa en cuanto empezó a sonar, ni siquiera miré el nombre en el identificador de llamadas.

—Solo estoy concentrada en el trabajo. —Sujeté el celular con la mano izquierda para girar la llave en la puerta de la oficina. A veces la puerta se trababa aunque estuviera abierta y necesitaba un poco de destreza y una dosis de fuerza para abrirla.

—¿En el trabajo? —repitió con un tono burlón—. ¿Estás segura?

—¿Y qué más me quitaría la concentración?

—El hecho de que Leonardo sea tu jefe... ¿Ya se acostaron?

—¡Sabrina! —Solo mi mejor amiga sería capaz de hacer una pregunta tan estúpida—. ¡Claro que no! ¿Te volviste loca? Tengo novio y tú misma dijiste que él también.

—Eso no suele impedirle a la gente hacer algo.

—Sabrina, en serio, no digas tonterías. No necesito tus ideas raras ahora. Leonardo es solo mi jefe. Lo que pasó entre nosotros quedó en el pasado, no va a pasar nada más. Nada en absoluto.

—Sigues repitiendo eso, ¿para convencerme a mí o a ti misma?

—Él me echó en ese entonces, ¿por qué iba a quererme ahora? —Me mordí la lengua. La mayoría de las veces caía en las trampas de Sabrina. Me di cuenta solo cuando ya le había contado todo.

—Aún estás enamorada, ¿verdad?

—Es solo nostalgia. Entre él y yo ya no hay nada. Incluso si lo hubiera, Sabrina, ¡tengo novio! Mi relación va muy bien.

—Donde se come, no se caga.

—¡Cállate!

—Hablando en serio. Tú y Pedro se conocieron el año pasado. Llevan meses juntos.

—Ya ha pasado un año.

—¡Lo que sea! —Escuché que bufaba—. Debajo de tu conexión con Leonardo hay mucho más que historia.

—Solo tenemos un par de recuerdos de la adolescencia, nada que haga una diferencia real.

—Si tú lo dices, ¿quién soy yo para contradecirte? Solo estoy diciendo que pensaste en Leonardo todo este tiempo. Él debe significar algo para ti.

—Él significa muchas cosas para mí, como millones de otras personas y cosas en el mundo. Puede tomar un nuevo significado ahora mismo.

—Estás evadiendo el tema, pero no es a mí a quien tienes que convencer.

—¿Por qué lo dices ahora?

—Solo para saber si eres susceptible de caer en la tentación.

—¡Ah, Sabrina! ¡Vete a la mierda! No va a pasar nada. Estás dándole vueltas a algo que ya no existe.

—Tú estás haciendo afirmaciones sobre cosas que ya ni sabes. ¿Le preguntaste a Leo si aún le gustas?

—¡Claro que no, Sabrina! ¿Estás loca? Seguro que no.

—Y si te dijera que sí, ¿dejarías a Pedro por él?

—Estás alucinando.

—¿No respondiste a mi pregunta?

—No... no sé. ¿Por qué me haces ese tipo de preguntas?

—Solo para predecir lo que podría pasar.

—No me estás ayudando en nada, ¿sabías?

—Te quiero. Y sí, estoy ayudándote a abrir los ojos a algo que está justo frente a ti y que no quieres ver.

—Está bien, Sabrina. Voy a colgar ahora. Hablamos después.

—Está bien, ¡besos!

Terminé de entrar en mi casa y encontré a mi hermana en la mesa, concentrada en lo que parecía un trabajo de la universidad.

—¡Hola, Jeniffer! —Mi papá apareció en la puerta de la cocina—. ¿Cómo te fue con el trabajo?

—Bien. Estamos avanzando. Creo que en dos meses puedo terminar toda la parte externa del centro comercial, después pensaré en las áreas comunes.

—Jeny, ¿eras buena en filosofía? —Mi hermana giró en la silla para hablar conmigo.

—Solo la hice en la preparatoria, pero Google sabe todo.

—Sí, pero esto no lo sabe. —Bufó—. Nunca imaginé que el primer semestre de la universidad fuera tan difícil.

—Bienvenida al mundo real. —Reí—. Voy a tomar un baño.

Subí al segundo piso de la casa y entré directamente a mi cuarto. Tiré la bolsa sobre la cama y casi me caí con ella. Había sido un día productivo, pero igualmente agotador. Estaba muy orgullosa de mi progreso. Sentía que era solo cuestión de tiempo antes de que la presencia de Leonardo dejara de ser incómoda. Él era un buen ingeniero y un jefe amable. No había razones para que mi trabajo con él fuera un drama.

Tomé un baño, cené con el resto de la familia y me fui a mi cuarto a ver una serie cualquiera. Ya hacía tiempo que pensaba en mudarme sola, tener un departamento solo para mí, y con el dinero que ganaría con ese proyecto, podría hacerlo.

Le di play a la serie y me tiré en la cama hasta que llegó la hora de dormir. No quería pensar en nada, solo relajarme después de un día tan pesado. Hice todo lo posible por quitarme la conversación

con Sabrina de la cabeza. Tuve que recordarme que muchas de las peores decisiones que tomé fueron por escucharla demasiado. Estuve mandando mensajes a Pedro y traté de olvidarme de la semilla que Sabrina había sembrado en mi mente.

Ya era tarde cuando recordé la invitación a la fiesta de la empresa que Fabiana me había entregado. Saqué el sobre del bolso y vi que, además de la invitación grande con la dirección y fecha, había dos más pequeñas. Una tenía mi nombre y la otra decía "acompañante". Esto significaba que podía llevar a alguien conmigo a la fiesta. Obvio que el candidato era Pedro, pero por un momento dudé en llevarlo. No le había dicho a Pedro que estaba trabajando con Leonardo, ni había mencionado su nombre en ningún momento. Los primeros amores no son un tema común entre novios. Pedro no diría nada a Leonardo, ni siquiera preguntaría si me comportaba como una idiota, pero Leonardo sí podría comentar algo y todo el mundo se enteraría.

Era arriesgado llevar a Pedro, pero si no lo hacía, podría volverse aún más desconfiado si se enteraba después. Tal vez ya era hora de contarle sobre mi pasado con Leo y dejar claro que solo era eso, *pasado*.

Respiré hondo y llamé a Pedro.

—Amor...

—¡Hola, gatita! ¿Quieres venir a mi casa?

—¿Hoy?

—Sí, Vinicius se fue de viaje, podemos estar solos.

—Ah, ya estoy en pijama.

—No hay problema, te lo quitaré.

—¡Pedro!

—¡Ven ya!

—No, no voy a ir para allá hoy.

—Jeniffer...

—Puedo ir mañana después de la fiesta.

—¿Fiesta? ¿Qué fiesta? —Noté el cambio de tono en su voz del otro lado de la línea.

—Una de la empresa, mañana en la noche.

—Hummm... ya veo.

—¿No quieres venir conmigo? —Me revolví en la cama boca abajo y me llevé el móvil a la oreja.

—¿Ir contigo?

—¡Sí! Me enviaron una invitación para un acompañante y pensé que podrías venir conmigo.

—¿Dónde va a ser?

—En el Minas Tênis y tienes que ir vestido de gala. Es la fiesta de aniversario de la empresa.

—Suena aburrido.

—Pensé que mi compañía sería suficiente para hacer interesante cualquier lugar.

—Y lo es...

—Entonces, ¿vas a venir conmigo?

—Si encuentro el traje con olor a naftalina en algún rincón del clóset, voy.

—¡Perfecto! Paso por tu casa a las ocho.

—Sería bueno que durmieras aquí, pero está bien.

—Ahora me voy a dormir.

—¿Ya?

—Hoy fue un día largo.

—Está bien. Buenas noches, amor. Hasta mañana.

—Hasta luego, amor. Te quiero.

Colgué el teléfono y lo tiré debajo de las almohadas en la cama. No le conté a Pedro sobre Leonardo, me faltó valor. Mi estómago aún se revolvía solo de pensar en decir algo, pero tendría que enfrentar eso antes de llegar a la fiesta si no quería tener problemas.



Siete

Me arreglé por completo, con manicura y vestido nuevo. Me recogí el cabello de lado, lo tenía alisado y con las puntas rizadas, ayudada por unos espirales brillantes. Me puse un maquillaje básico, con un poco de rubor y sombra clara. Me delineé los ojos y me apliqué un labial rosado. No era el tipo de mujer que siempre iba maquillada, y me costaba un poco cuando se trataba de eso, pero creía que me había arreglado bien, porque cuando salí de casa y estacioné mi coche frente al edificio de Pedro, se quedó con la boca abierta al verme.

—Creo que te voy a llevar a más fiestas. —Abrió la puerta del copiloto y se subió.

Sonreí avergonzada.

—Estás hermosa, amor. —Me acarició la cara y me dio un beso rápido.

—Te vas a llenar de labial, gatito.

—No me importa. —Presionó su lengua dentro de mis labios, y cuando me di cuenta, ya estábamos besándonos.

Cuando nos apartamos buscando aire, me acomodé en el asiento del conductor y saqué el labial de mi bolso para retocarlo, porque la mayor parte se había quedado en los labios de Pedro.

—¿Vamos?

Él asintió.

Puse la dirección en el GPS y conduje hacia el lugar indicado.

—Estás callada hoy. —Observó Pedro cuando me detuve en un semáforo esperando que cambiara para seguir.

—Es tu impresión.

—Jeny, ya habrías hablado de al menos tres cosas diferentes en todo este tiempo.

—Ojalá no llueva hoy. —Miré por la ventana y vi que el cielo estaba completamente estrellado. La probabilidad de lluvia era mínima, pero comenté lo primero que se me vino a la mente y me pareció lo más tonto.

—¿Hay algo que te moleste, amor? —Puso su mano sobre mi pierna, lo que me hizo mirarlo brevemente antes de volver mi atención al tráfico.

—No. —Moví la cabeza.

—¿Estás segura?

Vamos, Jeniffer, es el momento de contárselo.

—Sí. No es nada importante. Solo estaba pensando en algo.

—¿En qué?

¡Habla ya! Siempre hablo demasiado, pero a veces era casi imposible sacar algunas cosas.

—¿Recuerdas el colegio de monjas donde estudié? Ese que está cerca de la carretera de circunvalación.

—¡Sí, lo recuerdo! —Me miró fijamente con sus ojos azules. Sabía que tenía toda su atención, lo cual no era necesariamente algo bueno—. Es donde tú y Sabrina empezaron a estudiar juntas. ¿Qué pasa con eso?

—¡Nada! Solo que uno de los chicos que estudió conmigo ahí ahora es mi jefe.

—¿Y eso te molesta?

—Un poco. —Aceleré el coche cuando el semáforo se puso en verde y tomé la amplia avenida.

—Sí, a veces queremos estar siempre por encima de nuestros antiguos compañeros de la escuela, pero no siempre se puede. Deja al tipo y enfócate en tu trabajo.

—Eso es lo que estoy haciendo. Me estoy enfocando en el trabajo.

—Eso es lo mejor que puedes hacer. Sigue siendo un proyecto increíble, ¿no?

Asentí.

—Entonces, concédele tu atención a eso, deja de lado el orgullo.

No era tanto el hecho de que Leonardo fuera exitoso y mi jefe lo que me molestaba, sino su presencia. Pero paré el coche frente al evento y decidí dejar a Pedro con esa media verdad. Al menos ya sabía que conocía a Leonardo desde la época escolar.

Si Álvaro no hacía ninguna insinuación, todo estaría bien.

Bajé del coche y le entregué las llaves a un aparcacoches. Pedro vino detrás de mí, siguiéndome de cerca. Dejé las invitaciones en la entrada con uno de los guardias, quien nos permitió el acceso, y nos dirigimos al lugar del evento. El diseño arquitectónico de ese lugar era impresionante, con grandes rectángulos geométricos en vertical componiendo la estructura del edificio, y un acabado de madera clara que se mezclaba con el blanco.

El salón estaba decorado como si fuera una boda de lujo, con varias mesas redondas cubiertas con manteles beige, adornadas con jarrones de rosas, girasoles y otras plantas silvestres. Cerca de un escenario montado, había un gran panel con un logotipo conmemorativo por el aniversario de la empresa.

Algunas personas las había visto circular por los pasillos del lugar, y las saludé con un breve movimiento de cabeza. Ni siquiera sabía sus nombres. Otras ni las había visto antes. Había mucha más gente de la que esperaba, y seguro no todos eran solo acompañantes de los empleados. Supuse que también estaban presentes los que trabajaban directamente en los proyectos o en los centros comerciales que la empresa administraba.

A lo lejos vi a Álvaro, rodeado de un grupo de personas que parecían hacer de él una especie de estrella. No era un buen momento para acercarme a él e intentar saludarlo sin competir por su atención con los demás.

—Esto está llenísimo de gente. —Pedro metió las manos en los bolsillos de su pantalón negro bien planchado y miró alrededor.

—Vamos a buscar un lugar para sentarnos. —Lo tomé de la mano y lo arrastré hacia una esquina del salón.

No quería quedarme en la entrada, donde todos me verían. Prefería quedarme en las sombras sin llamar demasiado la atención, especialmente en una fiesta de trabajo, donde cualquier desliz podría llevarte a un despido inmediato. Convertirme en la arquitecta de esa empresa había sido un paso fundamental en mi carrera y me garantizaba mi total independencia financiera.

Un mesero nos sirvió algo que no sabía lo que era porque no presté mucha atención; por la apariencia y las burbujas subiendo, debía ser una soda o gaseosa. Solo lo dejé en la mesa y lo puse cerca de mi bolso de mano.

Estaba distraída mirando el candelabro en el techo cuando vi entrar a Leonardo, estaba acompañado de una mujer, tomados de la mano, pero su cuerpo cubría su rostro. Seguramente era su novia. Mi corazón se me subió a la garganta, no estaba preparada para ese tipo de incomodidad. Fue peor que cuando era chica y supe que había estado con Bruna, una de mis amigas, antes de que me cambiara de escuela.

Al ver el cabello oscuro moverse, me di cuenta de que no era Fabiana, porque ella tenía el cabello rubio. Entonces, ¿quién sería? Mi estómago siguió dando vueltas y mi corazón se agitó. Cuando él se giró para saludar a alguien y se apartó de ella, pensé que estaba en otro de mis sueños, o en una pesadilla, lo que me pareció más adecuado. Reconocí su rostro al instante y preferiría que fuera una mujer que no conociera, antes que a esa... *¡Helena no!*

—Amor, ¿estás bien? —Pedro tocó mi mano y me hizo mirarlo.

Asentí con la cabeza y sonreí débilmente.

—Tú y tus manías de mirar al frente como si no estuvieras viendo nada. Te pusiste pálida de repente, me preocupaste.

—Estoy bien, amor. —Toqué su rostro y le di un rápido besito.

Que Leonardo estuviera saliendo con Helena no era mi problema, por más que preferiría que estuviera con cualquier otra mujer del mundo en lugar de ella.

Intenté olvidar a los dos y concentrarme en Pedro, en su rostro, en sus cualidades, en la razón por la cual acepté su propuesta de ser su novia hace un año. Él era amable, me hacía sonreír, siempre estaba preocupado por mí, éramos novios y amigos. El sexo con él era bueno, y yo estaba feliz, no necesitaba preocuparme por cosas que no me correspondían.

Necesitaba practicar el desapego y esperar que los dos fueran felices juntos. Ok, no iba a lograrlo, porque aún tenía un rencor terrible hacia ella, fuimos rivales durante toda la escuela primaria, pero necesitaba que no me importara.

—Quiero algo para comer.

—Voy a buscar al camarero. —Pedro pasó la mano por mi rostro y me dio un besito antes de levantarse.

—¿Esa es Jeniffer? —Escuché la voz de Helena y me di cuenta de que ella y Leonardo caminaban hacia mí—. Vamos a hablar con ella.

¡Maldita sea! Todo lo que no quería estaba sucediendo. No bastaba con reencontrarme con Leonardo, tenía que traer a Helena en el paquete.

—¡Hola, Jeniffer! —Se detuvo frente a la mesa, con las manos en la cintura, y me miró de pies a cabeza.

Helena tenía la misma cara de antipática, el mismo cabello negro y ojos rasgados como los de un indígena, aunque su piel fuera clara. Quería que estuviera desdentada, calva y mal vestida, pero no... ella estaba bonita. Al lado de Leo, parecía irradiar felicidad. Tal vez ellos siempre fueron la pareja perfecta y yo solo estaba estorbando.

—¿Estás aquí sola? —Miró la mesa y vio que no había nadie más sentado allí—. ¿No recibiste invitación para acompañante? Leo me dijo que todos tendrían uno, ¿o simplemente no trajiste a nadie?

Con su tono burlón, quería verme por debajo, como siempre. Contuve las ganas de poner los ojos en blanco. Cualquier buena intención que había tenido de esperar que ella fuera feliz se fue al carajo.

No tuve que responder, porque Pedro llegó con un platito de aperitivos y un jugo para mí.

—Amor, ellos son Leonardo y Helena. Estudiaron conmigo en la escuela de la que te hablé.

—¡Ah! —Sonrió abiertamente y extendió la mano—. Mucho gusto, mi nombre es Pedro.

—Un placer. —Helena torció los labios, claramente insatisfecha con lo que vio. Los ojos azules poco comunes de Pedro impactaban.

—¿A qué te dedicas, Pedro? —Helena tomó una silla y se sentó frente a nosotros. Ni siquiera se preocupó por preguntar a Leonardo si quería quedarse allí.

Vi un brillo de irritación en los ojos de él mientras miraba a Pedro. *¿Serían celos?* ¿Por Helena, que empezó a hablar con él, o por mí? Por mí, seguro que no.

—Soy veterinario. —Pedro no siguió el tema. Simplemente tomó un aperitivo y se lo metió en la boca.

—¡Qué interesante! Yo soy publicista.

—Helena, voy a buscar a Álvaro. —Leonardo puso la mano sobre su hombro, pero ella ni movió la cabeza.

—Puedes ir, amor. Yo me quedaré aquí con Jeniffer, tenemos mucho que ponernos al día y sé que tú y Álvaro solo van a hablar del centro comercial.

—¡Así es!

Miré a Leonardo, furiosa, no iba a hacer eso, pero lo hizo. Se dio la vuelta y se alejó, dejando a esa serpiente en mi gallinero.

—No me habías dicho que Helena también estaba en la empresa. —Pedro se giró hacia mí.

¡Afortunadamente no lo está! No pude decirlo en voz alta.

—Acabo de reencontrarla. Es la pareja de Leonardo.

—¡Ah! —Pedro se alegró con mi respuesta y volvió a beber el trago. Como yo estaba conduciendo, no veía problema en que él tomara un poco de alcohol.

—Encontré a Leo en Facebook después de que volvió de São Paulo. Estuvimos un buen rato conversando hasta que aceptó salir conmigo, soy insistente. —Le guiñó el ojo a Pedro. *¡Qué atrevida!*

Si seguía con tanto desparpajo, la insistente sería mi mano en su cara. ¿Cómo tenía el valor de coquetear con mi pareja así, tan descarada? Alguien debería recordarle que ella estaba saliendo con Leonardo. Aunque pasaran los años, seguía siendo la misma puta que no podía ver lo que era mío. Ya tenía a Leo, debería estar más que satisfecha.

—¿Eres de aquí, de Belo Horizonte, Pedro? Tienes un acento diferente.

—Soy del interior de São Paulo. Vine a estudiar veterinaria en la UFMG y terminé quedándome.

—Es difícil no enamorarse, ¿verdad?

¡Ya basta! Me levanté de la mesa y tomé la mano de mi novio.

—¿Podemos ir a tu coche? Creo que olvidé mi celular en el asiento. —Agarré el bolso de encima de la mesa.

—Pero... —Pedro se detuvo al darse cuenta de que yo estaba inventando una excusa. Habíamos llegado en mi coche y en ningún momento había sacado el celular del bolso. Al apretarlo, era fácil sentirlo allí—. ¡Sí! Es peligroso dejarlo tirado.

—Nos vemos luego, Helena. —Tomé el brazo de Pedro y caminamos lo más alejado posible.

—¿Ella siempre fue así? —Pedro me miró cuando nos paramos junto a mi coche en el estacionamiento.

—Hubo peores épocas. Digamos que nunca nos llevamos muy bien.

—Ya lo noté. —Pedro soltó una carcajada—. ¿De verdad quieres volver a esa fiesta? —Me tiró del cabello hacia atrás, revelando mi cuello antes de besarme y hacer que me estremeciera completamente.

—¡No! Quiero ir a tu departamento... —Sentí el calor húmedo de su boca bajando por mi garganta y me estremecí, excitada por su toque—. A tu cama...

—Entonces, vámonos de aquí.



Ocho

Estaba inclinada sobre el ordenador y ni siquiera me giré cuando escuché el sonido de la puerta abriéndose, esa mañana de lunes. Sabía que era Leonardo, pero no quería mirarlo.

Deslicé el cursor del mouse por la pantalla y seguí trabajando en el proyecto, pensando en el diseño paisajístico de la entrada del bosque.

Sentí el olor del café y el aire caliente en esa habitación, que ya de por sí estaba bastante cerrada, antes de escuchar el sonido de una silla siendo arrastrada hacia mi lado.

—Te fuiste temprano de la fiesta. Álvaro estaba molesto porque no te vio allí, pero tranquila, te defendí diciendo que sí habías ido.

—Ah, gracias. —Me incliné aún más sobre el ordenador y traté de concentrarme en el proyecto, lidiando lo menos posible con Leonardo. Estaba allí para trabajar, y eso era lo que iba a hacer.

—¡Jeniffer! —Me llamó por mi nombre y me vi obligada a mirarlo, aunque no quería.

—¿Qué?

—¿Por qué te fuiste de esa manera? No pasaste ni quince minutos en la fiesta.

—¿Sueltas una serpiente cascabel en mi mesa y ahora me preguntas por qué me fui? —Bufé.

—Perdón. —Bajó la cabeza—. No sabía que esa enemistad de la escuela aún persistía. Ella se emocionó al ver a alguien conocido en esa fiesta tan grande y yo realmente necesitaba hablar con Álvaro.

—Ya veo...

—¿Me estás acusando de dejarla sola contigo a propósito?

—No estoy diciendo nada. —Me encogí de hombros y traté de girar la cabeza, pero la forma en que me miraba atrapó mi mirada. Necesitaba encontrar una manera de acabar de una vez con el efecto que ese hombre tenía sobre mí. Cuando él estaba cerca, no podía mirar a nada más.

—Pero lo dejaste en claro.

—Son conclusiones tuyas.

—No fue a propósito.

—La próxima vez, prefiero estar sola, sobre todo si Pedro está cerca.

—¿Y qué pasa con él? —Leonardo no entendió la indirecta y preferí no decir que la novia de él -esa puta de mierda-, estaba coqueteando con mi novio.

—¡Nada! —Volví a enfocarme en la pantalla del ordenador—. Mira, ya empecé el proyecto del estacionamiento descubierto. Pensé en algunos árboles.

—¿No quieres hablar de lo que pasó, verdad?

—Mira, Leonardo, no me llevo bien con Helena desde la primaria, eso es mucho antes de que te pusieras de novio con ella. Francamente, con quién salgas o dejes de salir no es asunto mío.

—Solo estuve con ella la primera vez por tu culpa. Me dio mucha rabia cuando te quedaste con ese chico delante mío. Sé que lo hiciste a propósito para que yo lo viera, y eso me enfureció aún más.

Seguí mirando la pantalla del ordenador, tratando de no mirarlo, pero aún sentía el peso de su mirada sobre mí. Sabía que si me giraba, podría desenterrar cosas que prefería dejar enterradas.

—Fuiste tú quien dio por terminado lo nuestro, ¿por qué no podía hacer lo mismo y seguir con mi vida?

—Es una de las cosas de las que más me arrepiento.

No podía mirarlo, no debía, pero lo hice. Sentí cómo todo dentro de mí giraba como una rueda gigante. Lo miré a los ojos, esos ojos marrones que me miraban con la misma intensidad. La sala parecía volverse irrespirable o, al menos, el aire había desaparecido de mis pulmones. No sé cuánto tiempo estuvimos así, mirándonos, pero me pareció una eternidad. Cuando pensaba que finalmente me liberaría de esa prisión, Leonardo bajó la cabeza y pasó su mano por mi

nuca. Sentí el suelo desaparecer bajo mis pies y el peso de mi cuerpo caer sobre el suyo. No tuve tiempo de reaccionar antes de sentir su lengua dentro de mi boca.

No recordaba cómo era el sabor de los besos de Leonardo, tenía doce años cuando me besó por primera y última vez. En ese momento, ya no éramos niños, ya no éramos inexpertos, pero fui invadida por una ola de sensaciones tan intensas y conflictivas como las de aquella época. Tenía miedo, estaba aterrada, ese no era el lugar, ni el momento, ni la persona con quien debía besarme. Incluso si no tuviéramos pasado, incluso si no tuviéramos pareja: él era mi jefe y estábamos en el trabajo. Aun así, nada de eso fue suficiente para alejarme. *Yo quería...* Maldita Sabrina, mi mejor amiga tenía razón, lo deseaba muchísimo.

Leo me atrajo y me hizo sentarme sobre su regazo. Sentí cómo todo mi cuerpo ardía de deseo desde el primer momento en que lo vi. Era absurda la forma en la que reaccionaba a su presencia. *¡Carajo!* No recordaba que su boca supiera tan bien, ni que todo mi cuerpo se estremeciera así. Mis labios estaban entumecidos, pero no quería parar.

Bajó las manos hasta mi culo y lo apretó por encima del vestido formal. Lo dejé, sin pensar en apartarlo. Ya no tenía el pudor de los doce años. Para ser sincera, cuando hizo eso, me froté contra la erección que se formó en su pantalón.

La falta de aire llegó como una ráfaga de sentido común y me aparté de su regazo, tambaleándome torpemente hacia el centro de la sala. Terminé chocando de espaldas contra la mesa de dibujo y solté una maldición por lo bajo.

—¿Estás bien? —Puso la mano en mi cintura, preocupado, y lo empujé lejos.

—¡No podemos hacer esto!

—Sé que soy tu jefe, que estamos trabajando juntos en este proyecto, pero no hay ninguna regla explícita en la empresa que prohíba relaciones amorosas.

—No se trata solo de eso. Están Helena, Pedro, y un millón de cosas más...

—Cuando me dijiste que debía estar contigo y no con ella, pensé que... —Bajó la cabeza y retrocedió un paso.

—Eso fue hace casi quince años. Muchas cosas cambiaron… Muchas.

—Tu novio es guapo. Imagino que tus amigas lo adoran.

—No se trata de eso y lo sabes...

—¿Que sé qué? —insistió, obligándome a decirlo en voz alta.

—Que estás hermoso.

—¿Sí?

—Sí, lo estás. —Tragué saliva—. Pero no se trata de eso. Ya no soy esa niña influenciada por sus amigas, que se arrepintió amargamente al darse cuenta de que perdió al chico que amaba por admitirlo demasiado tarde. Las cosas podrían haber sido distintas si yo lo hubiera dicho antes, o si tú no me hubieras soltado lo de "la fila ya avanzó". Pero eso ya no importa, tomamos caminos distintos. Tú estás con Helena, yo tengo a Pedro.

—Creo que estoy con Helena solo para pasar el rato.

—Leo, no empieces, no podemos hacer esto.

Me tambaleé, dando pasos hacia atrás, hasta salir por el pasillo. Corrí como si hubiera hecho algo imperdonable y terminé en el baño. En efecto, lo había hecho. Tenía un novio que era dulce, inteligente, además de guapo, y que hacía todo por mí. No podía

dejar que un sentimiento inconcluso del pasado me llevara a cagarla más todavía, más de lo que ya lo había hecho al dejar que Leo me besara. Me detuve frente al lavamanos y me eché un poco de agua en la cara. Estaba tensa, sin aliento. No podía creer lo que acababa de pasar.

¡Mi jefe me besó! ¡Léo me besó! Ese amor de infancia que nunca se fue de mi cabeza, ni de mis sueños, revivió un montón de cosas en mi pecho que hasta ahora me había esforzado por reprimir, manteniéndolas bien enterradas.

Eché más agua helada sobre mi rostro, que todavía ardía, y respiré hondo, una y otra vez, hasta que mi corazón volvió a su ritmo normal. Levanté la cabeza y me miré en el espejo. Tenía las mejillas rojas y la frente sudada. Intenté cerrar los ojos y fingir que nada había pasado, que no había traicionado a mi novio. Pero hacerlo no me hizo sentir mejor. La culpa me rozaba el borde del desespero. No quería perder lo que tenía con Pedro por algo tan imposible y, probablemente, irreal. Léo no era para mí. *No funcionamos antes, ¿por qué funcionaría ahora?*

—¿Estás bien, Jeniffer? —Fabiana apareció en la entrada del baño—. Leo me pidió que viniera a verte. Dijo que saliste aturdida del salón.

Por la forma en que se me acercó, con esa expresión preocupada, creo que Leonardo no le contó que él era la razón de mi estado. Ese beso era prohibido de todas las maneras posibles.

—Sí. —Respiré hondo, pero mantuve la cabeza baja, mirando al suelo—. Solo me sentí un poco mareada, ya se me está pasando. Enseguida vuelvo a la sala de proyectos.

—¿No quieres que llame a emergencias o a algún médico? Dios no quiera que tengas un ataque aquí.

—No te preocupes. Estaré bien.

Lo último que necesitaba era tener un ataque de pánico por un beso. Tomé una toalla de papel, me sequé el agua y el sudor del rostro y le sonreí a Fabiana.

—Listo. No fue nada grave.

—¿Estás segura? Puedo llamar a un médico, el seguro de la empresa es excelente.

—No hace falta, estoy perfecta.

Creo que, en mi caso, ningún médico podría ayudarme. Si Leo no le contó a Fabiana lo que acababa de pasar en la sala de proyectos, no iba a ser yo quien lo hiciera.

Necesitaba trabajar, ser profesional. Ya me ocuparía de la mierda que acababa de hacer cuando terminara mi jornada. Con la espalda recta y pecho erguido, volví a la sala de proyectos, pero Leonardo ya no estaba allí.

Durante el resto del día, no lo vi en ninguna parte. No sabía si sentirme aliviada o preocupada, porque seguía teniendo muchas ganas de hacer este trabajo y la posibilidad de que me despidieran me asustaba.



Nueve

Después de que terminó mi jornada, me fui a casa. Tenía un par de mensajes sin leer de Pedro en mi celular, pero no tenía valor para responder. Me quedé mirando el aparato sobre la cama y el peso en mi corazón se hizo aún más grande cuando apareció un tercer mensaje en la pantalla.

Amor:

¿Muy ocupada, gatita? ¡No te vayas! Estoy muriendo de ganas de verte. Ni parece que pasamos todo el día juntos ayer.

Dejé caer mi cuerpo sobre el colchón al lado y puse las manos sobre mis rodillas, respirando profundamente. Sentía una culpa enorme y no sabía qué hacer.

Leo me había tomado por sorpresa, dándome el beso más apasionado en la sala donde ambos deberíamos estar trabajando. Sin embargo, no era como si no supiera que eso podría pasar en algún momento. Sabrina me había preguntado qué haría si Leonardo quisiera estar conmigo otra vez, y la respuesta, que ya brillaba en mi cara con letras de neón, se hizo aún más evidente cuando él me besó. Besarlo de vuelta fue tan fácil como respirar.

¡Mierda! ¡Qué gran mierda! No estaba en mis planes traicionar a mi novio. De hecho, siempre había sido lo único que me parecía imperdonable ante mis ojos. Estar juntos era una decisión que debíamos respetar. Sin embargo, ¿cómo se mantiene esa decisión cuando tu cuerpo se lanza desesperadamente sobre otro hombre?

Besar a Leo había sido un error gigante. Imagino que hasta él se dio cuenta, porque no lo vi el resto del día. Fue difícil no pensar en la tensión que quedaría entre nosotros dos después de lo que había pasado. Ya era complicado trabajar con él antes, no quería ni imaginar cómo sería después del beso.

Necesitaba desahogarme, y ni me di cuenta cuando ya había marcado el número de Sabrina.

—Creo que voy a dejar la empresa y dejar de lado el proyecto del centro comercial —dije, sin darle oportunidad de saludar.

—¿Cómo que lo vas a dejar, amiga? ¿No era el proyecto de tu vida? ¿Por qué estás pensando en abandonar?

—Trabajar con Leo no va a funcionar.

—¿Están peleando? ¿Él es un jefe insoportable o está usando lo que pasó contra ti?

—¡Peor!

—¿Él está intentando minimizar lo que haces a propósito? Eso es horrible. Si fuera tú, lo denunciaría con su jefe.

—No tiene nada que ver con eso, Sabrina.

—¿Entonces qué pasa? —Resopló, molesta del otro lado de la línea.

—Leo me besó.

—¡Ah, eso solo era cuestión de tiempo! —Rió como si le hubiera contado el chiste más gracioso del mundo.

—No me estás ayudando, ¿sabías?

—¿Qué quieres que te diga? "¡Amiga, no puedo creer que lo hayas hecho!" Perdóname, pero era obvio.

—Él está con Helena y yo con Pedro.

—Como si te importara Helena.

—Ella no me importa, pero Pedro sí. Lo quiero mucho y mi vida iba bien hasta que Leonardo apareció en ella. Parece que vino solo para desordenarlo todo.

—¿Y lo odias por estar cerca de ti?

—Sí.

—Voy a fingir que te creo.

—Yo amo a Pedro, Sabrina. Lo sabes bien.

—¿Lo amas de verdad? Yo no pondría la mano en el fuego por eso. Ustedes dos parecen una buena pareja, pero siempre me parecieron un poco apagados.

—¡Ah, gracias! —dije, apretando los dientes.

No me gustó lo que Sabrina dijo, no sé si quería escuchar la verdad en ese momento.

—No sé qué hacer.

—Sí sabes.

Me mordí el labio inferior y me contuve para no mandarla al diablo, especialmente estando tan molesta, porque tenía razón. En el fondo, tal vez sabía bien lo que debía hacer, más de lo que estaba dispuesta a admitir.

—Jeny, me voy al cine. Hablamos después, ¿ok?

—Está bien. Hablamos...

Sabrina colgó el teléfono y me dieron ganas de lanzarlo por la ventana.

Por un momento, traté de convencerme de que los recuerdos en mi cabeza eran solo fruto de uno de esos sueños recurrentes que tuve con Leonardo a lo largo de estos últimos años. No había pasado, no había traicionado a mi novio con mi primer amor de infancia, al que nunca logré superar.

El intento de convencerme de esa mentira no duró mucho. Pronto tuve que enfrentar la verdad. Leo me había besado y yo lo besé de vuelta. Quise su boca en la mía, el calor de su cuerpo contra el mío, y si un mínimo de moral no hubiera gritado como loca en mi mente, imagino que no habría parado... Pensar en nosotros acostados sobre la mesa de trabajo no ayudaba en nada.

Mi celular sonó y, al ver que era Pedro, mi corazón se apretó aún más. Como no estaba respondiendo sus mensajes, tenía que contestar. Pero estaba aterrada de empezar a llorar o hacer algo aún peor al escuchar su voz.

Respiré profundo. Aún no sabía qué hacer. Necesitaba un poco más de tiempo para pensar. Tenía que actuar con normalidad, antes de encontrar la mejor forma de contarle o no contarle lo que había pasado, porque no había forma en que Pedro no se sintiera herido por mí.

—¡Hola!

—Amor, ¿qué pasó que no contestaste mis mensajes y demoraste una vida en atender mi llamada?

—Estaba bañándome —mentí, porque en realidad ya había pasado más de una hora de cuando me di una ducha.

—¿Llegaste tarde del trabajo?

—Sí. —De esa forma, me estaba enredando sin darme cuenta.

—¿Pasa algo?

—¿Por qué debería pasar algo?

¿Será que Pedro lo había adivinado? Esperaba que no.

—Estás respondiendo con monosílabos. Solo haces eso cuando estás distraída o molesta.

—Es algo que pasó en el trabajo.

—¿Quieres hablar de eso?

—Ahora no.

—Sabes que puedes desahogarte conmigo, amor.

—Lo sé. Gracias, amor.

—Estrenaron una película de acción. ¿Quieres ir a verla conmigo mañana?

—¿Vas a ver la película?

—¡Claro! Sabes que ni siquiera pestañeo en las películas de acción.

—Entonces no quiero.

—¿Por qué? —Su voz tomó un tono preocupado.

—Cuando ni pestañeas, ni siquiera estamos en plan de pareja.

—Listilla. —Rió—. Sabes que mi invitación al motel siempre está abierta. Solo tienes que decirme que quieres ir. ¿Qué tal ahora?

—¿Ahora? —Sentí un escalofrío recorrer todo mi cuerpo acompañado de una sensación incómoda.

—¡Sí, ahora! Puedo pasar a recogerte si quieres.

Recordé lo que había pasado en la sala de proyectos y sentí un nudo del tamaño de una pelota de baloncesto formarse en mi garganta. No podía salir con Pedro, tan tranquila, después de lo que había ocurrido entre Leo y yo. Pedro no merecía eso.

—No, no puedo salir hoy.

—¿Y mañana?

—¿Mañana?

—Sí, mi amor, mañana. Cena y después motel. O puedo pensar en algo más romántico si no quieres solo sexo.

—Pedro, yo...

—¿Qué pasa, mi amor?

—Tenemos que hablar. —Finalmente dejé salir todo lo que me estaba asfixiando.

—Podemos hacerlo durante la cena, ¿qué opinas?

—Está bien. —Todavía sentía un sabor amargo en la boca, una mezcla de culpa y arrepentimiento.

—Te paso a buscar a la hora de siempre.

—Podría ser.

—Sea lo que sea que haya pasado en la empresa, lo vas a superar. Siempre fuiste excelente trabajando bajo presión, aunque a veces te desbordes.

—No sé si esta vez lo voy a lograr.

—Estoy seguro de que sí. Gatita, voy a colgar. No te escucho bien, el maldito vecino tiene el volumen al máximo. ¡La puta madre! Es lunes por la noche, ¿no se da cuenta? Te quiero, amor.

Pedro colgó antes de que pudiera decir algo, y me quedé mirando el celular en mi mano. Me sentí más tonta que nunca por haber hablado con él. Mirando la pantalla, los mensajes que aún no había leído, me sentí la peor novia del mundo. Pedro no merecía lo que había hecho. ¿Qué clase de novia soy, incapaz de resistirme al primer imbécil que intentaba besarme?

Está bien que no era un tipo cualquiera al que nunca había visto antes. La tensión entre Leo y yo era inmensa desde el primer momento en que nos reencontramos. Él fue el primer hombre del que realmente me enamoré y, lamentablemente, no salió de mi cabeza, aunque hayan pasado casi quince años sin verlo. Aún así, eso no justifica la traición que cometí.

¡Maldita sea! ¿Qué iba a hacer ahora? Si le contaba a Pedro, probablemente nunca más me miraría, y con justa razón. Sin embargo, no podía quedarme callada. Sería imposible confiar en mí misma después de eso.

No era posible que Leo hubiera reaparecido solo para desordenar mi vida y hacer un caos con todo lo que había conseguido. Si ese proyecto no fuera tan importante para mí, ya habría escrito mi carta de renuncia.



Diez

Llegué al trabajo tensa, ansiosa y con un montón de sentimientos pesando en mi pecho. No sabía cómo iba a reaccionar cuando estuviera frente a Leonardo. En realidad, nunca había sido buena en mantener el control frente a él. Lo que era muy extraño, porque ningún otro hombre provocaba en mí ese tipo de reacción.

Entré en la sala de proyectos y estaba vacía. Dejé mi bolso sobre un banquito y fui a abrir las ventanas. Sentía un calor terrible que me hacía sudar, pero no sabía si la culpa era solo del tiempo, que parecía nublado.

Volví al ordenador e intenté concentrarme lo más que pude, para no pensar en nada que no fuera ese centro comercial. Leo era

parte de mi pasado y tenía que quedarse allí, aunque a veces se comportara como un fantasma, apareciendo para atormentarme en algún momento.

Metí la mano en mi bolso, saqué mi celular y los auriculares. Accedí a mi lista de reproducción y elegí *Zombie*, de *Bad Wolves*, que empezó a sonar a todo volumen. No pude escuchar nada más que la voz del vocalista, los acordes de guitarra y los golpes rítmicos de la batería. Me sumergí en la música, logré espantar de mi mente los pensamientos que tanto me perturbaban. Solo quería trabajar, y lo conseguí, al menos por unos cuantos minutos.

Estaba tan ajena a todo que la mano que tocó mi hombro me hizo saltar de la silla y disparó mi corazón. Me quité los auriculares por reflejo y me giré. Fui tonta al pensar que, después del susto, mis latidos se calmarían, porque tan pronto como mis ojos encontraron a Leonardo parado a menos de un metro de mí, mi corazón comenzó a correr como si estuviera en una maratón. Me desconecté tanto del mundo que ni siquiera oí la puerta abrirse ni su entrada.

—¿Quieres un poco de agua?

Hice un gesto con la cabeza, negando.

—No era mi intención asustarte.

—Parece que solo me das sustos desde que nos reencontramos.

—Creo que no es así.

—Yo ya estoy segura de eso.

—Temía que no vinieras. —Su voz era baja, tranquila, pero podía percibir un atisbo de preocupación en ella.

—Faltar al trabajo no es algo que suela hacer.

—Después de lo de ayer, pensé que...

—Mira, olvidemos lo que haya pasado ayer. Tenemos trabajo que hacer. —Tragué saliva, tratando de deshacerme de ese sabor amargo en mi boca.

—Terminé con Helena ayer.

Caí sentada en la silla, que se movió con mi peso, deteniéndose solo cuando chocó contra la pared. *¡Maldita silla con ruedas!*

—¿Por qué lo hiciste? —Intenté no parecer afectada, pero mi breve caída ya me había delatado.

—Me pediste que estuviera contigo y no con ella. Eso es lo que estoy haciendo.

—Como ya te dije, eso pasó hace mucho tiempo. Los tres somos personas diferentes ahora, muchas cosas han sucedido, hemos cambiado bastante. Puede que Helena siga siendo la misma serpiente que parecía querer todo lo que yo tenía, especialmente a mis chicos, pero eso no viene al caso en este momento.

—Para mí, sigues igual. Tienes la misma sonrisa hermosa, con los mismos dientes pequeños. Te pones nerviosa cada vez que te miro. Incluso la mancha junto al ojo sigue en el mismo lugar. Solo hemos envejecido, si te fijas bien, te darás cuenta de que poco ha cambiado. ¿Te arrepientes aquel día de haberme dicho que yo te gustaba?

—Sí, me arrepiento. —Lo miré con determinación.

—¿Por qué? —Se encogió de hombros, sorprendido por mi respuesta, pero yo no me eché atrás, estaba diciendo la verdad.

—Creo que todos los días me arrepiento de haberlo confesado. Tú no me elegiste como creíste que lo harías. Para mi sorpresa, preferiste echarme en cara que te despreciaba. Si lo que querías era hacerme sentir como una mierda, lo lograste, porque no podía dejar de pensar en ti diciendo que la fila ya había avanzado sin lágrimas.

No me elegiste y el tiempo pasó. Ahora las cosas sí son diferentes y la situación es otra. Yo tengo a Pedro.

—Es fácil, termina con él.

Quise darle un golpe a Leonardo, de una forma que se arrepintiera de lo que acababa de decir, pero no tenía fuerzas para hacerlo.

—¿Crees que te prefiero a ti?

—Creo que sí.

¡Maldito engreído! Apreté los dientes.

—¿No crees que estás siendo demasiado arrogante al afirmar eso?

—Tú no miras a ese tipo como me miras a mí.

Comencé a reír, casi convulsionándome.

—No puedes decir eso, solo lo has visto una vez.

—Lo sé por la forma en que me besaste ayer. Me deseas, Jeniffer, tanto como yo te deseo a ti.

—Si crees que voy a dejar a Pedro para quedarme contigo, estás muy equivocado.

—Tal vez sea solo cuestión de tiempo.

—¡Cállate! —Respiré hondo, soltando el aire por la boca. No quería, ni podía, perder el control allí.

Oímos un golpecito en la puerta y pensé que era la señal que necesitaba para que Leonardo dejara ese tema de una vez por todas. *¡Ya basta! Los dos éramos parte del pasado, ¿por qué era tan difícil hacer que él y mi corazón lo entendieran?*

—¡Adelante! —le dije a quien estuviera al otro lado de la puerta, sin esperar que Leonardo diera la orden.

—¡Hola! —Una mujer que ya había visto algunas veces, porque era secretaria de Álvaro, pero cuyo nombre no conocía, abrió la puerta y nos miró a los dos—. ¿Pueden venir conmigo? Álvaro y Roberto los están llamando. Quieren hablar sobre el proyecto. Parece que encontraron algunas restricciones.

—Ya vamos —respondió Leonardo, aún mirándome, como si estuviéramos solos.

—Gracias, señor. —Cerró la puerta y desapareció.

—Exporta el archivo del proyecto y guárdalo en un pen drive, para que podamos llevárselo.

—¡Está bien! —Acerqué la silla al ordenador.

—Jeniffer, nuestra conversación no terminó.

Hice como si no hubiera escuchado su última frase y me concentré en mi trabajo. Era lo único que sabía hacer y donde tenía el control de la situación, incluso cuando todo parecía ser demasiado caótico.

El resto de la jornada la pasamos en una reunión con los dueños de la empresa. Me gustaba mucho la presencia de Roberto, porque, con él allí, la conversación nunca tomaba otro rumbo y no terminaba en una situación incómoda.

Leo no tuvo tiempo de retomar ese tema conmigo y esperé que, por fin, lo dejara atrás de una vez por todas.



Once

Tendría que enfrentar a Pedro, ya no podía seguir evitando lo inevitable. Necesitaba decirle la verdad sobre lo que había pasado, y lo que aún estaba pasando, y enfrentar las consecuencias. Sentía el corazón apretado, odiaba pensar en la posibilidad de perder a mi novio. Nos llevábamos tan bien, él me hacía feliz y yo lo amaba… *¿Lo amaba?* Odié aún más a Leonardo por hacerme dudar de los sentimientos que tenía por Pedro.

Sin duda, el peor de todos mis fantasmas había salido de la tumba para convertirse en mi jefe, y no sabía si huir de él o abrazarlo.

Escuché el timbre sonar y antes de que mi hermana viniera a decirme que mi novio había llegado, agarré mi bolso y fui a recibirlo a la puerta. Sonreí de forma extraña al verlo parado junto al coche, con un par de jeans y la camiseta polo negra que le había regalado el Día de San Valentín.

Estaba tan angustiada que me costaba respirar.

—¡Hola, amor! —Se acercó y me dio un beso.

El beso de Pedro nunca había sido tan insípido, y sabía que la culpa era completamente mía.

—Hoy, una chica trajo un gatito negro a la clínica para vacunarse, te enamorarías si lo vieras. —Por la forma relajada en que sacó el tema, supuse que no había notado lo tensa que estaba.

—Me encantaría tener uno, lástima que mi papá no me deja.

—Cuando vivamos solo los dos, vas a tenerlo. —Sonrió al subirse al coche.

Definitivamente no era el mejor día para que Pedro hablara conmigo de esa forma. Lo que sea que estuviera presionando mi pecho, se intensificó y pensé que podría aplastarme. Con el estómago revuelto, lo que me dejaba algo mareada, me senté en el asiento del copiloto y me puse el cinturón.

—Espero que te guste el restaurante al que te voy a llevar. Es de esos en los que hay que hacer reserva con más de un mes de anticipación, pero uno de los dueños es tutor de uno de los perritos de la clínica, y consiguió una mesa para nosotros esta noche.

Debería estar emocionada, Pedro hablándome del gatito que podría tener cuando viviéramos solos en nuestra casa, y de una cena romántica. Sin embargo, no podía, entre más tierno era, más culpable me sentía. Necesitaba contarle todo pronto y librarme de toda esa angustia.

Frente al restaurante, Pedro tomó mi mano y me dio un beso en el dorso de una manera muy dulce, antes de jalarme hacia adentro. Era como si cada gesto que él hacía reforzara cuánto había metido la pata.

Se presentó en la recepción y una mujer nos condujo hasta la mesa reservada en una esquina apartada, en un ángulo en el que podíamos ver a todos, pero pocas personas nos veían. Me senté frente a él y dejé mi bolso en una silla vacía al lado.

—Sé que no te importan mucho estas cosas caras, que cambiarías cualquier restaurante de lujo por Netflix y un pote de helado, pero pensé que era importante traerte aquí.

—Gracias, Pedro, el lugar es hermoso. —Miré sus ojos azules, siempre tan amables, y pude sonreír.

—Jenny, sabes que te amo. —Giró la cabeza y lo vi meterse la mano en el bolsillo, buscando algo.

No, Pedro, ¡ahora no!

—Vinicius va a volver a São Paulo y va a dejar mi departamento. Sabes que el lugar es amplio y lo termino de pagar el mes que viene. Hay un gatito que Marcela recogió de la calle y voy a castrarlo mañana. Creo que podría venir a vivir con nosotros.

Mis ojos se llenaron de lágrimas. No pude evitar que resbalaran por mi rostro, recorriendo mi cara hasta caer sobre el mantel blanco de la mesa.

—Jeny, mi amor. —Abrió una caja negra con dos anillos y mordí la lengua para no gritar—. ¿Te casarías conmigo?

—Yo-yo-yo… necesito decirte algo.

Pedro se echó hacia atrás en su silla y abrió los ojos como nunca antes.

—¿No quieres casarte conmigo? —Vi cómo sus ojos azules se humedecían.

—No puedo aceptar antes de decirte lo que pasó.

—¿Qué puede ser tan importante como para que dudes en aceptar mi propuesta de matrimonio?

—Besé a Leo. En realidad, él me besó. Nos besamos, no importa quién empezó. —Casi me ahogué con las palabras que salieron atropelladas, pero sabía que si no lo decía, nunca lo haría y la furia que Pedro parecía sentir en ese momento solo crecería.

—¿Por qué lo besaste? —Apretó los dientes y puso las manos sobre los anillos, cerrando la caja con un golpe seco.

—Él fue más que un compañero de la escuela.

—Ok, tuvieron algo. Me di cuenta cuando esa mujer se sentó con nosotros. La forma en que te miraba a ti y a ese tipo me dio a entender que tenía celos, pero fui un idiota al pensar que no era una amenaza.

—Él es solo el primer hombre del que me enamoré. Se acabó, ya pasó…

—Si realmente se hubiera acabado, no lo habrías besado. —Pedro tenía razón y eso fue como una puñalada en el pecho. El dolor era insoportable. Me sentí aún más horrible.

—Eso no volverá a pasar.

—¿Sigues sintiendo algo por él, Jeniffer?

—¡No! —grité demasiado rápido. Sabía que ese grito no lo convenció—. No sé…

No sabía, o no quería saber, tratando de evitar que esos sentimientos, tan perdidos en lo más profundo de mi corazón,

salieran a la luz y arruinaran mi relación.

—Creo que me adelanté al pedirte matrimonio. —Guardó los anillos de nuevo en su bolsillo—. Creo que necesitamos tiempo.

—¿Me estás dejando? —Dejé caer todas las lágrimas que había estado luchando por retener.

—Te amo, Jeniffer, pero no te quiero a medias. Si tengo que preocuparme de que puedas tirarte encima de otro hombre en la primera oportunidad, prefiero dejarte ir.

—Pedro...

—Búscame de nuevo cuando yo sea tu certeza. —Se levantó de la mesa y me dejó allí, sola, mirando al vacío.

El resultado fue aún peor de lo que imaginaba. Perdí un prometido en lugar de un novio. Todo lo que había planeado y soñado en los últimos años se me escapaba entre los dedos.



Jeny:

Pedro terminó conmigo.

Sabrina:

¿Por qué?

Jeny:

Me pidió matrimonio y le conté sobre el beso con Leo.

Ella no respondió al mensaje, me llamó directamente.

—Qué buen momento para contarle a Pedro que besaste a otro, ¿eh? ¡Pobrecito!

Respiré hondo y subí los pies, poniéndolos sobre la cabecera de la cama. Aún estaba vestida tal como me preparé para salir con Pedro, no tuve ganas ni de cambiarme. Solo dejé mis zapatos en un rincón y me tumbé en la cama.

—¿Qué querías que hiciera? ¿Que no le contara y dejara que lo descubriera después?

—Un beso es solo un beso, Jeny. Ni siquiera fuiste tú quien empezó. No es como si se hubieran acostado o algo así.

—Pero…

—El problema no es solo el beso, ¿verdad?

—No. Es el hecho de que todavía siento algo por Leonardo.

—Entonces, Pedro solo se corrió del camino para que te quedaras con el tipo con el que querías estar desde la escuela. Ahora solo falta deshacerte de la víbora.

—Leo me dijo hoy que terminó con ella.

—¡Ves! ¿No es perfecto?

—No...

—¡Vamos, Jeniffer! ¿Cuál es el problema? —Pensé que, si estuviera cerca de mí, me habría tirado el celular en la cabeza.

—Siento que quedarme con Leo es un error. Todo iba tan bien... Pedro me pidió matrimonio, Sabrina. ¿Y si pierdo al hombre adecuado por un tipo con el que ya no funcionó antes?

—No sabes si habría funcionado o no. Tú y Leonardo nunca fueron novios de verdad. Bueno, te voy a decir la frase que todos

dicen, creo que tiene sentido ahora: sigue a tu corazón.

—¿Y si me arrepiento después?

—Entonces paciencia, amiga. ¡Paciencia! Creo que deberías intentarlo con Leonardo, porque si estuvieras segura de que querías a Pedro, estarías hablando por teléfono con él y no conmigo.

—Puedo perder a Pedro para siempre.

—También puedes pasar la vida en un matrimonio con alguien de quien no estás segura. Creo que fue en una película que vi con Flavia donde escuché a alguien decir: "dos veces es coincidencia, tres es destino". Ustedes se conocieron, estuvieron juntos, nos cambiamos de escuela y un año después la escuela antigua cierra y él llega a la misma clase que nosotros, aunque haya dos grupos de noveno; y ahora es tu jefe.

—¡No sé!

—¡Ay, por favor! ¡Vuelve con Pedro entonces! No sigas en este mar de indecisiones o vas a perder a los dos.

—¡Está bien! Voy a pensarlo.

—¡Hazlo! Yo voy a dormir porque mañana tengo que abrir la tienda temprano. ¡Buenas noches, amiga!

—Buenas noches, Sabrina.



Doce

No dormí bien, pasé toda la noche dando vueltas de un lado a otro. Tenía la cabeza llena, mi mente hervía, pero lo que más me sorprendió fue no haber llorado. Excepto durante la cena, cuando Pedro estaba frente a mí, no derramé ni una lágrima más. La verdad es que tenía más miedo de terminar mal con Leonardo que de perder a Pedro, y eso me sorprendió.

Se suponía que debía amarlo, ¿no? Al menos eso era lo que le decía en los últimos meses, y era lo que creía, hasta que Leonardo apareció en mi vida para complicarlo todo de esa manera.

Parece que el destino tiene la extraña costumbre de juntarnos, resonó la voz de Leonardo en mi mente, recordándome la frase que

dijo la primera vez que nos encontramos en la sala de reuniones de la empresa. Yo no creía en esas cosas del destino. Que las personas estuvieran destinadas a estar juntas era una tontería, pero, al mismo tiempo, era como si Leonardo realmente me persiguiera. No podía explicar cómo, después de tanto tiempo, seguía soñando con el rostro que tenía cuando era adolescente, como si lo hubiera visto el día anterior.

Ese miércoles fui a trabajar ansiosa y confusa. No sabía qué hacer ni cómo reaccionar cuando me encontrara con Leonardo. Gran parte de mí quería lanzarme a sus brazos, descubrir cómo era el sabor y el calor de su cuerpo, experimentar sensaciones que aún no habíamos vivido, pero otra parte estaba aterrada con la posibilidad de terminar con el corazón roto. Sin embargo, él no apareció, pasé todo el día trabajando sola. A Fabiana se le acabó escapando, cuando fuimos a almorzar juntas, que Leo se había encontrado con el maestro de obras y otras personas que estarían involucradas en la ejecución del proyecto, todos bajo su supervisión. Estas reuniones deberían haber durado toda la semana, porque no apareció hasta el jueves, y sabía que tendría que presentar mi proyecto sola a Álvaro. Era mejor no dar la impresión de que estábamos pasando por un problema.

—El proyecto está quedando perfecto, Jeniffer. ¡Creo que vas por buen camino! Eres realmente muy talentosa.

—¡Gracias! —Sonreí, feliz por el cumplido de Álvaro.

—¡Mira la hora que es! —Notó en la pantalla del ordenador—. Mejor que te vayas, no quiero retenerte después del horario laboral, especialmente un viernes por la noche.

Sacó el pen drive y me lo entregó.

—¿Podrías entregarle estos archivos a Leonardo? Quiero que los vea antes de la reunión que tendremos con Roberto el lunes.

—Ah, ¿Leonardo vino? —Traté de ocultar mi sorpresa y hacer que mi comentario sonara lo más casual posible.

—Sí, ¿no lo viste? Estuvo aquí por la tarde.

—No. No pasó por la sala de proyectos.

—Estaba ocupado, pero sé que hace ejercicio en uno de los pisos de este edificio, creo que en el quinto. Siempre va allí después del trabajo. Si pudieras entregarle estos archivos, te lo agradecería mucho. Yo no puedo ir ahora, tengo muchas cosas que hacer.

Miré alternativamente el pen drive en mis manos y a Álvaro. No podía decirle que no sin una buena explicación. No me parecía conveniente confesar que la relación entre Leonardo y yo no estaba en su mejor momento.

—Por supuesto. —Le regalé mi mejor sonrisa forzada.

—¡Gracias, Jeniffer! Que tengas un buen fin de semana.

—Igualmente.

Salí de la oficina de Álvaro con el corazón latiendo fuerte con cada paso. Desde el martes no veía a Leonardo, y después de mi breve conversación con Álvaro, quedaba claro que él me estaba evitando. Ir hasta allí, tener que mirarlo, podría hacer que la tensión entre nosotros fuera aún más palpable.

Pensé que podía hacer eso rápido. No necesitaba decir nada más que Álvaro me había pedido entregárselo.

Tomé mi bolso de la sala de proyectos y fui al ascensor. Como muchos edificios comerciales, este albergaba varias empresas con miles de empleados, así que era de esperar que tuviera una sala de gimnasio a la que la gente iba después del trabajo. Sedentaria como era, no me reconocía en ese tipo de ambiente, pero Leonardo siempre había sido más aficionado a las actividades físicas.

Sentí mis piernas temblar cuando apreté el botón del quinto piso. Tuve que recordarme a mí misma que ponerme nerviosa o entrar en pánico solo empeoraría las cosas. Ajusté la correa del bolso mientras me miraba en el espejo y me dirigí hacia el gimnasio.

Como no había nadie en la pequeña recepción, entré. Vi a varias personas en las caminadoras alineadas una junto a la otra, pero Leonardo no estaba allí. Me di cuenta de que, mientras más avanzaba, más gente comenzaba a mirarme. Supuse que mi atuendo formal no era adecuado para el lugar, pero no me importaba, solo necesitaba encontrar a Leo y marcharme. No debía ser tan difícil.

Continué caminando como si no hubiera ninguna restricción para que una extraña estuviera allí, hasta que un hombre vestido con una camiseta con el logo del gimnasio se acercó.

—¿Puedo ayudarte con algo?

—Estoy buscando a Leonardo, el de Multimarkets.

—Sí, está allí. —Señaló y seguí su gesto con la mirada hasta encontrar a Leonardo sentado en una máquina, concentrado en mover dos barras horizontalmente hacia su pecho. A un lado de la máquina, veía las pesas subiendo y bajando con sus movimientos, abriendo y cerrando los brazos.

Desde que comenzamos a trabajar juntos, solo lo había visto con ropa formal, casi siempre con los brazos cubiertos. Ahora, llevaba una camiseta sin mangas que dejaba ver sus hombros. Esos, al igual que sus brazos, estaban completamente tonificados, marcando los músculos. Leonardo estaba empapado en sudor y las gotas resbalaban por su cuerpo, empapando la camiseta, que estaba pegada a su pecho igualmente musculoso. Debo admitir que la vista me dejó un poco mareada. Él continuaba respirando profundamente, concentrado, mientras sus músculos se movían con cada repetición.

—¡Leo! —Llamó el entrenador personal, y me di cuenta de que lo estaba mirando como una tonta.

Leonardo levantó la cabeza y me miró. Nos quedamos mirando por lo que pareció una eternidad, hasta que se levantó, se secó el sudor de la cara con una toalla y se acercó.

—Jeniffer, ¿qué haces aquí?

—Vine a traer los archivos más recientes del proyecto. Álvaro me lo pidió. —Le extendí el pen drive—. Me dijo que te encontraría aquí.

—Ah, gracias. —Pareció decepcionado, pero supuse que era solo una impresión mía.

—De nada.

—¿Todo bien?

¿Quitando la tensión entre nosotros dos, que me estás evitando, y el hecho de que mi novio me haya dejado por tu culpa?

—¿Por qué no habría de estarlo?

—Me alegro. Que tengas un buen fin de semana.

—Igualmente.

Me di la vuelta y salí del gimnasio, sintiendo que había perdido la oportunidad de decirle algo, pero, lamentablemente, eso sucedía con frecuencia cuando se trataba de Leonardo.



—¿No tienes hambre, hija? —Me preguntó mi mamá mientras empujaba el puré de patatas de un lado a otro en el plato.

—No mucho.

—Voy a ir a São Paulo de vacaciones, pregunta a Pedro si quiere venir con nosotros. —Mi papá se detuvo al lado de la mesa.

—No va a ir.

—¿Tiene algún compromiso?

—No. Es solo que ya no estamos saliendo.

—¿Cómo que no? —Patrícia, que estaba sentada al otro lado de la mesa, abrió los ojos como platos. No fue la única con cara de sorpresa—. ¡Ustedes estaban tan bien!

—Terminamos el martes.

—Vaya, parecía que estaban tan felices juntos. —Patrícia se quedó pensando, y como la conocía bien, sabía que no me dejaría en paz hasta saber qué había pasado, pero decidí evitar hablar de mi dilema amoroso con mis padres.

—Necesitaba espacio.

—Qué pena —dijo mi mamá—. Él era un buen chico.

—Sigue siéndolo. —Sonreí, o intenté hacerlo.

—Espero que se reconcilien.

—Veremos… —murmuré, sin querer que el tema continuara. Ya sabía que iba a ser horrible que todos los familiares que me cruzara me preguntaran por Pedro. No quería que sus preguntas me hicieran sentir más culpable.

El miedo de haber cometido el error más grande de mi vida seguía acosándome. Era como si, cerca de Leo, siempre tomara las decisiones equivocadas.

Después de la cena, me fui a mi cuarto. Sin novio y con mi mejor amiga en un asado en la casa de su novia, podía dedicar mi noche de viernes a mi interminable pila de libros sin leer. Parecía que cada vez que sacaba uno, aparecían diez más, multiplicándose como canas, pero no sin antes sacar algo de mi cuenta bancaria. Era compradora compulsiva, y todo lo que podía pensar era que Kalina había lanzado un libro nuevo y que necesitaba comprarlo.

Me metí en la historia hasta perderme en una escena de acción, olvidando mi propio dilema, ya que el pájaro que tenía en mis manos también voló. Sin embargo, mi paz no duró mucho, porque mi celular comenzó a vibrar frenéticamente. Pensé que podría ser Pedro queriendo hablar conmigo, ya que no habíamos conversado desde la ruptura. Sentí algo de ansiedad por unos segundos, hasta darme cuenta de que no era él.

Helena:

¿Qué le dijiste a Leo?

Jeny:

???

Helena:

Estoy segura de que él terminó conmigo por tu culpa. Cuando finalmente estábamos felices, apareciste para arruinarlo todo.

Jeny:

¿De qué estás hablando? ¿Cómo conseguiste mi número?

Helena:

Le pedí a una amiga que se lo pidiera a Sabrina. Ustedes siguen siendo uña y carne, ¿no? Parece que las serpientes se unen hasta el final.

Jeny:

No sé si soy yo la serpiente aquí.

Helena:

Estoy segura de que Leo terminó conmigo por tu culpa. Es un idiota. Te sigue como un perrito, solo para que lo eches de nuevo. Parece que no aprende.

Jeny:

¡Mira! No sabes lo que estás diciendo. Pregúntale a Leonardo por qué, y no me vengas a molestar. La relación entre ustedes no es asunto mío.

Helena:

¡Ah, pero lo es!

El tiempo podría haber pasado, pero algunas cosas simplemente no cambiaban. Mi rabia inexplicable hacia Helena era una de ellas. A veces, parecía que hacía todo lo posible por alimentar ese sentimiento en mí, incluso después de que crecimos, no me dejaba en paz.

Puse el móvil en modo avión e intenté concentrarme en la lectura. Más me valía, si no acabaría llamando a Pedro llorando para pedirle que volviera conmigo. Se me daba fatal lidiar con el rechazo y no quería oírlo decir que no.



Trece

Sin un novio para salir conmigo, batí mi récord de lectura ese fin de semana. Toda cosa mala tiene su lado positivo, al fin y al cabo. Con cinco libros menos en mi pila, me sentía hasta más ligera. Esa sensación desapareció en cuanto entré a la empresa por la mañana. Una de dos: o Leonardo pasaría la semana evitando verme otra vez o tendría que trabajar al lado mío. Tendría que lidiar con ambas opciones de la mejor manera posible.

Me preparé un té de manzanilla antes de entrar a la sala de proyectos y tomé un par de sorbos, para manejar mejor la ansiedad durante el día. Tan pronto como abrí la puerta, vi a Leonardo inclinado sobre los archivos de mi proyecto, con calculadora y

cuentas. Estaba concentrado, pero se giró hacia mí cuando entré en la sala.

—Buenos días —dijo, su tono de voz era más frío de lo que esperaba.

—¡Buenos días! —Dejé la taza de té sobre la mesa y fui a encender el ordenador—. ¿Cómo estuvo la reunión?

—Aún no ha sucedido. —Hizo una pausa, pero mantuvo los ojos en mí—. Tienes razón, necesitamos enfocarnos en el trabajo y eso es lo que vamos a hacer. Mi actitud la semana pasada fue infantil e imperdonable. Ya no somos adolescentes y vamos a actuar como adultos.

—Tienes razón.

Las palabras "estoy soltera" se quedaron atoradas en mi garganta, porque simplemente no pude pronunciarlas. Nunca podía decir nada y me moría con esas sensaciones agonizando dentro de mí.

—Hoy empezaré con la parte interna —comenté.

—Perfecto. Hice algunos cálculos y necesito que hagas unos ajustes estructurales, pero nada muy grande.

—Está bien. Si me los puedes pasar, trato de hacerlos antes de su reunión.

—Los tengo anotados aquí. —Me entregó una hoja de papel.

—Gracias.

—Después del almuerzo, tengo que revisar algunos currículums que Fabiana separó para mí. Si necesitas algo, me encuentras en mi oficina, al final del pasillo a la izquierda.

¿Era ahí donde se había escondido de mí durante la semana pasada? Probablemente.

—¡Genial! Si necesito algo, iré allí.

—Que tengas buen trabajo —dijo, levantándose y saliendo de la sala, dejándome sola.

Ese día trabajé normalmente, como en otras empresas donde había estado, y mi jefe ni siquiera apareció en la sala de proyectos. Leonardo se tomó en serio lo de ser profesional y solo se acercaba a mí para hablar de trabajo.

A medida que la semana avanzaba y el proyecto seguía adelante, cada vez me sentía más atragantada con lo que quería decirle, pero no decía nada. Terminé sola, sin Pedro y sin valor para decirle a Leo que lo quería. En el fondo, la sombra de lo que él me había dicho cuando le pedí que se quedara conmigo aún flotaba sobre mí. *¿Y si todo volvía a pasar de la misma manera?*



Me quedé hasta tarde cerrando algunos detalles que consideraba importantes, y principalmente porque el trabajo, sumado a la música, me ayudaba a olvidar cosas que seguían atormentando mi mente.

Cerré la sala de proyectos y me dirigí al ascensor. Tenía que recoger mi coche en el estacionamiento para irme. Al menos a esa hora, no encontraría tráfico hasta llegar a casa. El ascensor bajaba y, para mi sorpresa, se detuvo en el quinto piso. Deseé que fuera cualquier otra persona, pero Leonardo tenía razón, el destino se empeñaba en juntarnos.

—¿Aún en la empresa? —Dio un paso dentro y fue imposible no mirar su cuerpo expuesto por la camiseta fina y los shorts.

—Perdí la noción del tiempo pensando en dónde estarían las ventanas.

—Ten cuidado de no quedarte hasta demasiado tarde. Podrías terminar atrapada.

—¿Atrapada? —Levanté una ceja.

—Cuando era becario, me quedé hasta tarde y, cuando salí de la sala, sonó la alarma. Ese ruido es insoportable y solo paró cuando volví a entrar en la sala. Llamé a Felipe, que ocupaba el puesto que yo tengo ahora, y descubrí que todos se habían ido y me dejaron encerrado en la empresa. No tenía llave, ni la contraseña de la alarma.

—¿Y qué hiciste? —pregunté, sorprendida.

—Esperé a que Felipe viniera a liberarme, pero demoró un par de horas, porque hubo un gran accidente en la carretera de circunvalación ese día, y repercutió por toda la ciudad.

—¡Qué mal!

—Me puse a jugar con el celular.

—Entonces el tiempo pasó rápido.

—Lo suficiente.

—¿No deberíamos haber llegado al estacionamiento ya? —Miré el panel del ascensor, que parecía apagado, y presioné el botón del estacionamiento nuevamente.

—¿Será que el ascensor se detuvo? —Leonardo puso su mano sobre la mía y la apretó con más fuerza.

No me di cuenta de que el ascensor estaba parado mientras hablábamos.

—¿Qué pasó? ¿Será que se fue la luz?

—Si se hubiera ido, estaríamos a oscuras. —Apuntó hacia la lámpara sobre nuestras cabezas.

—Entonces, ¿qué crees que pasó?

—Sé lo mismo que tú.

Estuve presionando el botón unas diez veces, pero no pasó nada. El ascensor siguió detenido.

—No entres en pánico —dijo, sujetando mi hombro mientras sus ojos marrones me atrapaban.

—Estamos en una caja de metal parada a no sé cuántos metros del suelo, pero está bien, intentaré no entrar en pánico.

—No hace falta ser sarcástica, pero entrar en pánico no nos ayudará a salir de aquí.

—Normalmente no entro en pánico tan fácil. —Saqué mi celular de la bolsa.

—¿Vas a jugar? —Se rió.

—No, voy a llamar a la empresa de mantenimiento del ascensor. —Apunté hacia un papel pegado en una esquina.

—¡Buena idea!

Marqué el número, pero la llamada no entró.

—Mi celular no tiene señal, ¿y el tuyo?

Leonardo sacó el suyo del bolsillo y marcó. Tras una breve espera, habló con alguien del otro lado de la línea y explicó nuestra

situación.

—Bien, vamos a esperar —dijo, colgó y devolvió el teléfono a su bolsillo—. Dijeron que en media hora enviarán a alguien a sacarnos de aquí.

—¡¿Media hora?! ¿Vamos a tener que esperar todo ese tiempo?

—¿Tienes una idea mejor?

Negué con la cabeza.

—Entonces es la solución que tenemos. —Cruzó los brazos.

—Entonces sí jugaré. —Busqué algo en mi teléfono, pero no vi nada interesante excepto una aplicación de lectura. No sabía qué libros había descargado, pero debía haber algo interesante.

—Si quieres avisar a alguien... —Me pasó su celular—. A tus padres, a tu novio, a alguien que se pueda preocupar.

Miré el dispositivo. *¿Sabía Leonardo que había terminado con Pedro y estaba haciendo eso para probarme?* Era poco probable. No tendría cómo saberlo. Yo no actualizaba mis redes sociales desde hace una década.

—Toma, agárralo —insistió, extendiendo el teléfono.

—Si llamo a mis padres y les digo que estoy atrapada en un ascensor, se van a preocupar demasiado. Es mejor que crean que me quedé atrapada en el tráfico.

—¿Ni siquiera a tu novio?

Cebo o no, sería difícil encontrar otra oportunidad como esa para contarle a Leo que estaba soltera.

—Ya no tengo novio.

La expresión de sorpresa en su rostro me pareció bastante genuina como para creer que no tenía idea.

—¿Qué pasó? ¿Por qué ya no están juntos?

—Me pidió matrimonio.

—¿Y tú lo rechazaste? —Sonrió de una manera que me molestó, y supe que Leonardo no ocultaba lo feliz que estaba por mi ruptura.

—Le dije que nos habíamos besado, retiró la propuesta y terminó conmigo.

—¿Solo por eso? —Bufó—. ¡Qué idiota!

—No fue solo por eso. —Me apoyé en la pared de metal del ascensor. Estaba fría, pero no calmó el calor extraño que me perturbaba.

—Entonces, ¿por qué? —Se acercó a mí, poniendo una mano a cada lado de mi rostro, y no pude respirar.

—Pedro me preguntó si todavía sentía algo por ti y no supe qué responder.

—¿No supiste o no quisiste?

—Tengo miedo.

¿Por qué no podía mantener la mirada en ningún otro lugar que no fuera dentro de sus ojos?

—¿Miedo de qué? —Acercó su cabeza a la mía y deslizó sus labios sobre los míos.

Sin poder reaccionar, un escalofrío me recorrió.

—¿Miedo de qué, Jeniffer?

—De que todo salga mal, como antes.

—Para que las cosas funcionen o no, primero tienen que suceder. —Apretó mi cuerpo contra la pared con el peso del suyo.

Dejé que mi bolso se deslizara por mi brazo y cayera al suelo antes de rodear su cuello con mis brazos. Él deslizó las manos por la lateral de mi cuerpo, tocando mis curvas hasta apretar mi culo bajo la falda del vestido. Temblé, intensificando el agarre de mis brazos. Levanté la cabeza involuntariamente, buscando sus labios. Estaba deseosa de su sabor. Su lengua rozó mis labios y encontró la mía. A diferencia de nuestros besos de adolescentes, no hice ninguna objeción a sus manos sobre mi culo; era un placer tenerlas ahí, apretándome, tocándome sin ningún pudor. Quería que me tocara por completo, explorando con sus manos cada parte de mí.

Leonardo apretó su cuerpo contra el mío y pude sentir su erección rozando mi vulva. La zona vibró más que nunca. Tuve ganas de frotar una pierna contra la otra. Terminé frotándome contra él, sintiendo cómo la pulsación aumentaba aún más. Leo me deseaba tanto como yo a él. Ya no éramos adolescentes y nuestros cuerpos ya sabían que existían formas mejores de sentir al otro, y ansiaban eso.

Mi boca estaba seca y su saliva no era suficiente para calmar mi sed, pero seguía besándolo, intentando conseguirlo. Gemí contra sus labios al sentir sus manos subir por dentro de mi falda y tocar mi culo directamente. Me estaba volviendo loca hasta el punto de no preocuparme por las cámaras dentro del elevador.

Mi corazón latía a mil por hora, mis piernas temblaban, y mis labios estaban dormidos, pero no quería que parara. No recordaba un beso tan intenso como ese.

El elevador comenzó a moverse y lo empujé hacia atrás, como si hubiera recibido una descarga eléctrica.

—¡Basta!

—¿Hice algo mal? —Me miró confundido.

—Nos van a ver. —Me arreglé la falda y recogí mi bolso del suelo, como si nada hubiera pasado.

Él negó con la cabeza, pero sonrió.

El elevador se detuvo en el primer piso y, cuando las puertas se abrieron, vi a dos hombres con uniforme de la empresa encargada del elevador.

—¿Están bien? —preguntó uno de ellos.

Asentí, demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos.

—Creo que ahora voy a bajar por las escaleras. Gracias por venir.

—De nada.

Pasé junto a ellos y me dirigí hacia la puerta de emergencias. No creo haber sido muy amable con los hombres que me sacaron de esa caja de metal, pero estaba tan aturdida por lo que había pasado con Leo dentro del elevador que prácticamente huí, como un criminal saliendo de la escena del crimen. *¡Y qué crimen!*

Bajé las escaleras, pero antes de llegar a mi coche, una mano firme sujetó mi muñeca y me obligó a mirar hacia atrás. Leonardo me observaba con los ojos entrecerrados y una mirada de depredador.

—¿Crees que te voy a dejar escapar así, tan fácil?

—¿Qué quieres de mí?

—¡Te quiero toda! —Me jaló hasta que mi cuerpo chocó contra su pecho—. Ven a mi coche conmigo.

—Leo... —Respiré con dificultad, apenas pudiendo pronunciar su nombre—. No podemos... no debemos tener sexo en el estacionamiento de la empresa.

—Ya casi son las nueve de la noche, no hay nadie en el edificio, ni una cámara cerca de mi espacio de estacionamiento.

—Leonardo, yo...

—He esperado mucho tiempo para tenerte. Di que sí, déjame metértela.

La respuesta debería ser no. Era una locura total tener sexo con Leonardo ahí. Si alguien de la empresa se enteraba, podría ser muy malo para los dos. Sin embargo, en su mirada no veía miedo, solo un deseo profundo e irrefrenable. Aunque fue uno de los primeros chicos con los que me involucré, además de algunas manos atrevidas, nunca estuvimos tan cerca de tener sexo como en ese momento, y realmente quería conocer el sabor de su cuerpo.

Leonardo no esperó mi respuesta, simplemente me rodeó la cintura y me arrastró hacia un espacio detrás de una columna, a unos metros de donde estábamos. Desbloqueó el coche, pero no me dio tiempo de entrar y empujó mi cuerpo contra el duro y frío lateral. Me estremecí por completo, aunque imagino que no fue por el contacto con el coche, sino por su cuerpo presionándome, y su boca bajando hacia mi cuello. Cerré los ojos y traté de pensar que era solo uno de esos sueños que había tenido con él en los últimos años, uno muy perverso. Sin embargo, al sentir sus dientes rozando mi cuello, como si fueran los colmillos afilados de un vampiro, y sus manos cálidas y pesadas subiendo por mi muslo, me di cuenta de que eso era demasiado real para ser solo un sueño.

Cualquier pensamiento racional que aún existiera en mí se desvaneció con el ardor de su boca y la presión de sus labios. Agarré el cuello de su camisa y recorrí con los dedos los músculos de sus brazos. Sin duda, él no estaba tan fuerte a los trece años. Era

imposible no notar lo bien que había crecido. Si ya me sentía atraída por él cuando mis amigas se burlaban de mí, una vez que nos hicimos mayores, fue imposible resistirse.

—Vamos al coche. —Necesité mucho autocontrol para decirlo.

Él jugaba con mi ropa interior con las yemas de los dedos, y no pasaría mucho tiempo antes de que la quitara. Era mejor no hacerlo ahí, contra el coche, donde cualquier persona distraída podría vernos. Leonardo asintió y apartó las manos solo para abrir la puerta trasera del coche. Me senté en el asiento frente a él y arrastré mi cuerpo con las manos hasta que mi espalda quedó contra la otra puerta. Leonardo se lanzó hacia mí y me sujetó de la nuca, llevando mi boca de vuelta a la suya. Había tanta hambre en su beso que creí que podía devorarme. Lamiendo y mordiendo mis labios, los dejó doloridos, pero no quería que parara.

Agarré su cintura, subí su camisa sudada y la lancé al asiento del copiloto. Pude sentir los músculos de su pecho moverse con su respiración acelerada, y eso aumentó aún más mi excitación. Lo deseaba con todas mis fuerzas.

Leonardo subió mi falda hasta la cintura, y tiró de mi tanga, deslizándola por mis piernas hasta los tobillos. Me quité los zapatos, dejándolos caer al suelo del coche, y Leo se deshizo por completo de mi ropa interior. Su lengua bajó por mi mentón, recorriendo mi cuello hasta mi escote. Abrió los botones de mi camisa y mordió la parte superior de mis tetas. Me estremecí por completo.

Me quité la camiseta, dándole espacio a Leonardo para que retirara mi sostén. Estaba desnuda en el asiento trasero de su coche, en el estacionamiento de la empresa en la que trabajábamos, y no podía pensar en nada más que en el deseo que me consumía.

Leonardo apretó mi cuerpo contra el suyo, rodeándome y presionando hasta que mordió una de mis tetas. Gemí, golpeando mi cabeza contra la ventana, retorciéndome por completo.

Lo tiré de los hombros y su boca volvió a la mía, cruzando mis piernas alrededor de su cintura como una súplica silenciosa. *Vamos, Leo, ¡te deseo!*

Él apartó las manos para abrir la cremallera de su pantalón. Mi deseo de tenerlo dentro de mí creció aún más. Pero puse la mano en su pecho, en un lapsus de juicio.

—¿Tienes condón?

—Sí. —Se estiró y sacó algo de la guantera del coche.

Tomé el paquete de sus manos y lo abrí con los dientes. Agarré el condón y lo deslicé por toda su verga. Leo apartó mis manos y me sujetó de la cintura. Estaba oscuro, no podía ver bien su rostro, ni su expresión cuando me penetró.

Suspiré, al sentirme finalmente llena. Pronto ese alivio se transformó en placer. Mi corazón latía al ritmo de las embestidas de Leo. Abracé sus hombros, aumentando la fricción entre nuestros cuerpos. El calor aumentó, y me di cuenta de que estaba sudando.

Leo deslizó la boca hacia mi oído y me estremecí de gusto.

—¿Soy lo suficientemente bueno para ti ahora? —susurró al oído mientras su cuerpo se chocaba contra el mío con embestidas firmes y rítmicas.

—Sí... —Apenas podía hablar. Estaba embriagada por la niebla de placer en la que me sumergió. Pasaría un tiempo antes de que entendiera el verdadero significado de sus palabras.

Enterré los dedos en su cabello mientras deslizaba mis talones por sus pantorrillas. Su boca, aún en mi oído, provocaba un cortocircuito en todo mi cuerpo. Había imaginado que tener sexo con él sería increíble, pero estaba superando todas mis expectativas.

Volvió a besarme, y mis gemidos contra sus labios se hicieron aún más intensos. Era mejor que Leo tuviera razón y no hubiera nadie más en el edificio, porque si no, descubrirían lo que estábamos haciendo.

Sentí cómo sus músculos se tensaban, y Leo dejó de moverse un poco. Por la presión dentro de mí, supe que estaba alcanzando el clímax, pero en cuanto recuperó el aliento, Leo volvió a moverse y metió una mano entre nosotros, buscando mi clítoris. En cuanto comenzó a estimularme, mordí sus labios para no hacer ruido. Cada parte de mí vibraba de placer. No pasó mucho tiempo antes de que también llegara al clímax, y él contuvo mis gemidos con sus labios. Nunca había tenido sexo en un lugar tan arriesgado, pero estaba en las nubes.

—Eres tan deliciosa como imaginé que serías. —Me lamió la oreja y me estremecí.

—Sé que no debimos haberlo hecho aquí, pero estuvo increíble. Mucho mejor que nuestro primer beso. —Traté de reír, pero seguía sin aliento, completamente agotada, estirada en el asiento trasero de su coche, sin mover un solo músculo, aunque estaba desnuda.

—¿Te arrepientes? —Apoyó su frente contra la mía y sostuvo la parte lateral de mi rostro con la mano.

—Ni un poco.

—Dile a tus padres que vas a dormir en casa de Sabrina y ven conmigo a mi casa.

—¿Aún quieres más?

—Sí. —Frotó sus labios contra los míos—. Te quiero toda la noche.

—Hoy no. —Lo empujé por el pecho, sacándolo de encima mío —. No puedo hacer esto toda la noche si no quiero llegar agotada al

trabajo mañana. Además, no traje nada para pasar la noche fuera de casa.

—¿Quieres decir que otro día vendrás? —Adoptó un tono juguetón y me di cuenta de que se animó con la posibilidad.

—Otro día, tal vez. —Agarré mi sostén, que estaba sobre la alfombra del coche—. Pásame mi tanga, por favor.

—Aquí está. Creo que está mojada.

Qué gracioso.

—¡Claro que está mojada! —Le quité de las manos y me retorcí en el asiento para ponerme la ropa antes de salir del coche—. Nos vemos mañana, Leo. —Abrí la puerta más cercana y salí afuera.

Me agarró de la muñeca y me acercó la cara, dándome un beso antes de soltarme.

—¡Hasta mañana, Jeny!



Catorce

Llegué a casa jadeando, con el corazón desbocado y las piernas temblando. Apenas sabía cómo había logrado mantener la atención suficiente para conducir hasta allí. Tiré mi bolso sobre el sofá y me coloqué las manos en la cintura mientras respiraba profundamente.

—¿Todo bien, Jeniffer? —Patrícia encendió la luz del salón y me observó.

—¡Todo bien! —Moví la cabeza tantas veces que me quedé algo mareada.

—¿Qué pasó? —Mi hermana cruzó los brazos y comenzó a reír. No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que algo había

sucedido.

—¿Vamos a mi cuarto?

—¡Vamos!

Me siguió escaleras arriba y me tiré en la cama en cuanto llegamos. Me cubrí la cara con las manos y seguí respirando hondo.

—Parece que hiciste una de las tuyas, y creo que ya no estás en edad para eso. —Rió.

Yo era la hermana mayor, tenía casi una década más que ella, pero me sentí como una adolescente, mientras mi hermana se retorcía de risa por mi estado. Hice un resumen rápido de mi historia con Leonardo antes de contarle lo que había pasado, desde el ascensor hasta el polvo en el coche.

—Ah, ahora entiendo por qué tú y Pedro terminaron. Él estaba loco por ti y lo mandaste al carajo.

—¡Ey! No fue así. Fue él quien terminó conmigo.

—¿De verdad? —Levantó una ceja, sorprendida.

—Sí, después de pedirme matrimonio y de contarle que había besado a Leonardo.

—Ay, ay, Jeny, eres increíble. —Siguió riendo—. ¿Entonces dejaste a Pedro por ese tipo?

—No lo sé. Solo tuvimos sexo.

—¿Solo? Nunca fuiste de esas que se acuestan con tipos al azar. Está claro que lo quieres.

—Lo quiero, pero la situación aún es algo rara. No hemos hablado de eso.

—Entonces necesitan hablar, ¿no? Aunque creo que el club de fans que Pedro tiene en nuestra familia se va a decepcionar un poco, pero eso no es asunto de ellos.

—Voy a darme una ducha. —Me levanté para ir al baño.

—La necesitas.

Le saqué la lengua y las dos nos echamos a reír.



Sabrina:

Creo que hasta te demoraste.

Jeny:

No soy tan lanzada. ¡Y demonios, en el estacionamiento del edificio!

Sabrina:

Amiga, ya te acostaste con Pedro en medio de la calle. El estacionamiento es casi privado.

Jeny:

¡Pero la calle estaba vacía! :P

Sabrina:

¡Ajá! Seguro había un montón de gente en el estacionamiento. Hasta se habrán detenido a grabar.

Jeny:

No tiene gracia. ¬¬

Sabrina:

La próxima vez, vayan a un lugar con cama.

Le respondí a mi mejor amiga con un *emoji* y dejé el celular cargando sobre mi escritorio.

Volví a la cama y tomé el libro que estaba leyendo. La adrenalina de lo que había vivido con Leonardo empezó a disminuir y pude concentrarme un poco en las páginas. En ese momento, lo que habíamos vivido me pareció una fantasía loca, fruto de los deseos más insanos de mi cabeza, y estuve un rato perdida entre el sueño y la realidad. Luego me di cuenta de que ni siquiera estaba prestando atención a la historia, porque ni sabía en qué momento la protagonista había salido de la casa de la abuela y llegado a la ciudad grande. Me perdí el momento del viaje y tuve que retroceder algunas páginas. Al final dejé el libro a un lado y fui a escuchar música. Era imposible evitar que él viniera a mi mente. Estaba deseando verlo de nuevo y, al mismo tiempo, con algo de miedo, porque no sabía cómo quedarían las cosas entre nosotros después de ese día.



Quince

No sé en qué momento me quedé dormida, pero desperté con el despertador sonando. Mi celular vibraba sobre la alfombra, en el suelo. Tenía uno de los auriculares puestos y el otro tocando mi espalda. Me levanté de la cama y me estiré.

Hice todo lo posible para convencerme de que lo que había pasado entre Leonardo y yo había sido solo un sueño, y eso calmó mi ansiedad por verlo de nuevo. Necesitaba concentrarme en el trabajo y estar lista para presentar los avances del proyecto a Álvaro esa tarde.

Bajé, me hice una higiene personal y me puse un vestido formal. Era verano y el calor en Belo Horizonte era insoportable. Me

imaginaba a los empleados de la empresa que tenían que ir vestidos con traje. Por suerte, todo el piso tenía aire acondicionado, incluso la sala donde trabajaba.

—Ni te vi llegar ayer, hija. ¿Pasó algo en el trabajo? —preguntó mi papá cuando entré a la cocina. Estaba haciendo café y el aroma se esparcía por todo el primer piso de la casa.

—Estuve concentrada en el proyecto. No quería irme antes de terminar algo.

—No te puedes obsesionar tanto, hija.

—Estoy bien, papá. —Le di un beso en la mejilla y pasé a su lado para tomar un vaso que estaba sobre el fregadero. Pensé que era mejor no contarle que me había quedado atrapada en el ascensor; él habría armado un escándalo por algo que ya había pasado y no podíamos cambiar nada.

Me preparé la leche con chocolate y comí un trozo de pan.

—Ah, tu mamá quiere que mires un ordenador nuevo. Parece que el suyo ya está dando problemas, no sé bien, porque casi ni lo uso.

—Lo haré cuando regrese. ¡Que tengas un buen día, papá!

—Igualmente, hija.

Tomé mi bolso, que estaba sobre la mesa en la sala, y fui hacia mi coche estacionado en la cochera. Estaba realmente muy caluroso. Aún no eran ni las ocho de la mañana y el sol brillaba sobre la carrocería plateada como si fuera un foco. Cerré la puerta y prendí el aire acondicionado. Por un milagro, el tráfico en la carretera de circunvalación estaba tranquilo y llegué rápidamente a la empresa.

—¡Buenos días, Jeniffer! —saludó la mujer de recepción, cuyo nombre nunca recordaba.

—¡Buenos días! —Sonreí de vuelta.

Pensé unas tres veces antes de entrar al ascensor nuevamente, pero en cuanto recordé que tendría que subir siete pisos por las escaleras, entré con la esperanza de que no se detuviera otra vez. No es que se hubiera detenido de manera tan terrible, considerando lo que terminó pasando. Sacudí la cabeza, no podía pasar el día entero pensando en sexo.

Llegué temprano, pocas personas habían llegado, imaginé que, por el silencio proveniente de la oficina de Álvaro, él tampoco estaba en la empresa aún. Calenté agua para mi té y llené mi botella en la cocina del piso antes de ir a mi oficina. Prendí el ordenador y guardé mi celular en el bolso antes de encender el aire acondicionado.

Estaba de pie, mirando la enorme ventana de vidrio que ocupaba casi toda la pared, perdida en mis pensamientos, y no escuché ningún ruido. Me llevé un gran susto, saltando hacia arriba, cuando apareció una mano firme tocándome el culo, deslizándose por el contorno hasta apretar mi nalga.

—Tranquila, soy yo. —Leonardo besó mi cuello.

—¿Por qué me estás tocando el culo?

—Porque es difícil resistirme.

—Si alguien nos ve… —Me dio la vuelta y silenció mi boca con sus labios. No pude decir ni una palabra más cuando su lengua entró en mi boca y se encontró con la mía.

Leonardo me agarró por la cintura y me acercó a su pecho. Respondí al beso, moviendo mi lengua a lo largo de la suya y rodeando su cuello con mis brazos. Tuve que empujarlo para alejarme de él y volver a la realidad.

—¿Te has vuelto loco? —Me aparté y apreté los dientes.

—Me moría por besarte.

—¿Has perdido completamente la cabeza? Imagina el alboroto que podría causar si alguien viniera aquí y nos viera así.

—¿Cuántas veces alguien, aparte de ti y de mí, ha entrado a esta oficina sin golpear antes?

—Nadie. —Me encogí de hombros al tener que darle la razón.

—Además, aún faltan cinco minutos para las nueve de la mañana. Nuestro turno aún no ha comenzado.

—¡Estás loco!

—Soy el jefe.

—¿Vas a usar tu autoridad conmigo?

—No lo necesito. —Sonrió de manera pícara antes de poner su mano nuevamente en mi culo y apretarlo con fuerza.

—¡En horario de trabajo, no!

—Está bien. Tienes razón. —Apartó las manos de mí—. ¿Aceptarías mi invitación para pasar la noche conmigo hoy?

—¿Solos en tu apartamento?

—¿No es perfecto? —Pasó la lengua por sus labios, humedeciéndolos.

—Puede ser una buena idea —dije con sarcasmo.

—¿Puede? —Frunció el ceño, dejando ver las arrugas que las expresiones causaban en su frente.

—Sé que si acepto la invitación a la cueva del lobo terminaré siendo devorada.

Se rió de mi metáfora.

—Como si fuera tan horrible tener sexo conmigo.

—Solo tuve una experiencia. Todavía es difícil de decir. —Pasé la punta de mis dedos por la línea cuadrada de su barbilla, sintiendo los vellos de su barba, que ya comenzaban a crecer.

—Es otro motivo para que aceptes mi invitación.

—Está bien, creo que puedo ir. —Miré la hora en el ordenador de reojo, faltaba un minuto para las nueve. Tiré de Leonardo hacia mí y le di un rápido beso en los labios antes de alejarme—. Ahora, enfoquémonos en el trabajo.

—¿Quién te ha ascendido y yo no me enteré?

—Es difícil concentrarme cuando mi jefe es mi mayor distracción. Concéntrate, por favor. —Me esquivé de él y me senté en la silla frente al ordenador.

—Voy a mi oficina, necesito leer algunos currículums y hacer unas llamadas. Si me necesitas, puedes ir allá. —Me guiñó un ojo—. Nos vemos más tarde, para la reunión con Álvaro y Roberto.



Almorcé en el restaurante en el piso bajo del edificio acompañada de Fabiana, quien pasó por mi oficina para invitarme. Me serví en el buffet del autoservicio y me senté frente a ella, lo más cerca posible de un ascensor instalado en la pared. Pedí un jugo de naranja al camarero y noté que Fabiana me estaba mirando fijamente.

—¿Qué pasa? —Me arriesgué a preguntar.

—Me enteré de que tú y Leonardo quedaron atrapados en el ascensor ayer, ¿es cierto?

Tragué saliva, imaginando los peores resultados posibles de esa conversación. Mi pesimismo siempre me hacía sufrir de antemano en varias situaciones.

—Sí. —Empujé un pedazo de palmito en mi plato—. El ascensor se detuvo cuando me estaba yendo, de casualidad, Leonardo estaba saliendo del gimnasio.

—¡Vaya, qué horror! Me pongo desesperada solo de pensarlo. Soy un poco claustrofóbica, ¿sabías? Menos mal que no me pasó a mí. Me habría puesto en pánico, ya es difícil subirse al ascensor, y ahora voy a estar pensando que puede detenerse.

—La asistencia técnica llegó bastante rápido. —Me metí un trozo de brócoli en la boca.

—Menos mal, pero aún así, cualquier segundo atrapada habría sido un sufrimiento. Qué bueno que Leonardo estaba contigo. Imagínate si hubieras estado sola.

—¡Sí! Menos mal. —Traté de evitar que mis mejillas se pusieran rojas, pero cuando comenzaron a arder, supe que había sido inútil.

—Es muy guapo, ¿verdad?

—Si tú lo dices. —Me concentré en masticar un trozo de carne.

—¿No estás de acuerdo? —Enarcó una ceja.

—No sé. —Me encogí de hombros—. Nunca lo vi con esos ojos.

—¡Ah, claro! Se conocen desde la escuela.

—¿Cómo sabes? —No pude ocultar mi expresión de sorpresa.

—Ah, Álvaro me lo dijo.

Y yo pensando que solo las mujeres eran chismosas. Terminé dándome cuenta de que era solo cuestión de tiempo antes de que todos en la empresa se enteraran de mi relación con Leo.

—Parece que ustedes fueron novios, ¿no?

—No fuimos novios. Éramos adolescentes y salimos un par de veces, pero después de ese tiempo, nunca más lo vi hasta que empezó a trabajar aquí. El mundo es más pequeño de lo que imaginamos. —Sonreí forzadamente, intentando darle un tono relajado a la conversación.

—Entonces ahora entiendo por qué terminó con la novia.

—¿Terminó? —Tomé un sorbo de jugo de naranja. No soy buena para fingir desinformación, pero pareció lo suficientemente convincente para que ella lo creyera.

—¡Sí! Lo vi en Facebook, pero no le pregunté. No quería parecer entrometida.

—Puede ser por muchas razones. A veces las personas no funcionan. —Continué mi almuerzo sin mostrar el menor interés en la conversación, aunque en el fondo sabía que yo era la razón de la ruptura entre Leonardo y Helena.

—La forma en que te mira...

—¿Qué pasa con eso?

—¡Dios, Jeniffer! Pensé que eras un poco más observadora.

—He estado muy concentrada en el proyecto. Ni me di cuenta de eso.

—Y ustedes estando solos en el elevado... ¿No pasó nada?

—¿Esto es un almuerzo o un interrogatorio? —Traté de esquivar la pregunta sin tener que mentir. Creo que los besos que ocurrieron

no podrían considerarse nada.

—Ah, perdón. Solo tenía curiosidad.

—¿Hay alguna regla en Recursos Humanos en contra de que los empleados se vinculen amorosamente?

—No... Entonces, ¿quiere decir que está pasando algo...?

—No quiere decir nada, Fabiana. —No dejé que terminara la frase.

—Qué pena. Leo es un amor.

—Terminemos de almorzar. —Señalé mi plato.

—Sí. —Sonrió de manera forzada al darse cuenta de que no iba a sacar ninguna información de mí. Si no era su intención hacerme caer en la trampa con la invitación al almuerzo, tal vez debería haber sido un poco más discreta.



Regresé a la empresa y pasé por la sala de proyectos para recoger mis archivos antes de ir a la oficina de Álvaro. Leonardo me estaba esperando en la puerta y me sonrió de manera incómoda al verme pasar. Si se prolongarían esos intercambios de miradas y sonrisitas, Fabiana no necesitaría una confesión mía para saber que algo pasaba entre él y yo.

—Buenas tardes, Álvaro. —Entré en la sala sin dirigirme a Leonardo y le entregué el pen drive al dueño de la empresa—. Buenas tardes, Roberto.

—Buenas tardes, Jeniffer —respondieron al unísono.

—Ya avancé bastante con el proyecto y la parte externa está casi lista. —Saqué una silla y me senté frente a ellos.

Leonardo vino y se sentó a mi lado. Por más que su cercanía hiciera que mi cuerpo se estremeciera, hice lo posible por mantener el profesionalismo y no dejar que los otros hombres en la sala notaran la tensión sexual entre nosotros dos.

—Qué horrible que se hayan quedado atrapados en el elevador ayer. —Álvaro pasó las manos por su cabello canoso—. Menos mal que no pasó nada.

No podía decir que no había pasado nada, pero Leo y yo estábamos bien.

—Todo salió bien. —Crucé los brazos, apoyando las manos en mis rodillas.

—Me imagino el miedo que debiste haber sentido.

—Yo la cuidé. —Leonardo puso la mano sobre mi hombro de manera protectora. No estaba de acuerdo con eso de "cuidarme", pero no podía decirle a Álvaro o Roberto el porqué, así que solo mantuve la sonrisa. Ni siquiera quise pensar en lo que podría pasar si alguien revisara las cámaras internas del elevador para ver qué había pasado mientras estábamos atrapados.

—¡Qué bien! —comentó Roberto.

—¿Ahora podemos ver el progreso del proyecto? —Intenté desviar la atención de todos de nuevo hacia el verdadero motivo por el que estábamos allí.

Me preocupaba que las cámaras o el propio Leonardo terminaran delatando a los dueños de la empresa sobre lo que sucedió, algo bastante inapropiado, mientras otras personas se estarían volviendo locas por ello.

Álvaro abrió mi archivo y seguimos hablando sobre el centro comercial durante toda la tarde. Afortunadamente, el tema del elevador se fue apagando y no salimos del tema profesional.



—Nos vemos allá abajo —susurró Leonardo, cuando salimos de la oficina de Álvaro.

Ni siquiera tuve tiempo de gruñirle o decirle que no debía decir ese tipo de cosas, porque Leonardo pasó a mi lado y se dirigió por el pasillo hacia su oficina. Me quedé allí parada unos minutos, hasta darme cuenta de que eso solo haría más evidente nuestra relación. Aunque no tuviera una amiga presionándome sobre su apariencia o diciendo que no deberíamos estar juntos, era como si nos estuviéramos escondiendo más que en la época de la escuela, cuando siempre acabábamos con público, amigos de él o Sabrina.

Fui a la sala de proyectos, recogí mis cosas y bajé a la cochera. Opté por bajar por las escaleras, ya que prefería no correr el riesgo de quedarme atrapada otra vez. También sería más discreto encontrarme con él abajo.

Mis manos sudaban y mi corazón latía acelerado. No era virgen desde hace años, pero sentía como si fuera mi primera vez. La ansiedad y la inseguridad nunca habían estado tan a flor de piel.

Tan pronto como salí por la puerta de emergencias, Leonardo me rodeó por la cintura y me arrastró detrás de un coche desconocido. No teníamos trece años, pero estábamos actuando como si los tuviéramos.

—¿Dónde se fue tu juicio? —Le di unos golpecitos en el pecho, intentando apartarlo de mí.

—No me acuerdo de dónde lo dejé y no tengo ganas de buscarlo. —Su boca se acercó a mi cuello y cerré los ojos por el escalofrío. Cualquier buena intención de alejarlo desapareció con el fuego que su contacto provocaba en mí. Pocas veces había experimentado tanto deseo. Mi atracción por él no cabía dentro de mí, era como si hubiera estado dormida pero creciendo durante los últimos años.

—¡Aquí no! —Logré esquivarlo antes de que me besara la boca —. Vamos a tu casa y ahí puedes hacer lo que quieras conmigo.

—¿Lo que quiera? —Me miró traviesamente, lo que me hizo pensar que me arrepentiría de haber dicho eso.

—Vamos, ¿o esperas que cambie de opinión?

—De ninguna manera. —Me tiró del brazo—. Ven conmigo a mi coche.

—¡No! Iré en el mío y te sigo. No puedo dejar el coche aquí y tener que venir a buscarlo después.

Torció los labios, pero solo asintió. Sabía que no tenía sentido traerme a la empresa a altas horas de la noche solo para buscar mi coche.



Dieciséis

Estacioné en la calle justo frente al edificio, en el lugar que Leonardo me había indicado. Me esperó a que apagara el coche para que entrara al suyo y pasáramos por el portón de la cochera. Su lugar no quedaba muy lejos de la entrada del edificio. Lo seguí en silencio hasta que ingresó la clave para abrir la puerta y entramos al primer piso.

—¿Cuál es tu departamento? —Miré hacia él cuando paramos frente al ascensor.

—El 503. ¿Prefieres subir por las escaleras?

—¡No! —Se rió al notar mi expresión.

—Eres graciosa, Jeniffer. —Pasó su mano por mi rostro y metió un mechón de mi cabello detrás de mi oreja.

—No me vas a decir que tú subes por las escaleras...

—A veces. Principalmente cuando termino mi rutina en el gimnasio, que hago de lunes a viernes.

—Hoy abandonaste el gimnasio. —Entré al ascensor y él me siguió.

—Existen otras formas de ejercitarse además de levantar pesas. —Me guiñó un ojo, y me dio un escalofrío, quedándome sin saber qué decir.

El ascensor se detuvo en su piso, y Leonardo abrió la puerta, arrastrándome hacia dentro. Me detuve casi encima del sofá, y escuché cómo pasaba la llave en la cerradura, dejándonos encerrados allí.

—¿Vives aquí solo? —Miré a mi alrededor, observando la sala.

Era pequeña en comparación con la enorme casa que mis padres habían construido, pero bastante grande para una persona viviendo sola. Había un sofá cama, que se veía muy cómodo, pegado a la pared, y en el otro extremo un mueble con una televisión, un videojuego, una radio y un centenar de juegos apilados. Tenía una estantería, pero solo reconocí libros técnicos de ingeniería y computación. Vi un poco de polvo en los muebles, pero, en general, estaba bastante organizado y limpio.

—¿Quieres algo? —Fue a la cocina y abrió la nevera. A través de la media pared que dividía los dos espacios, todavía podía verlo.

—Acepto un vaso con agua.

—¿Bebes cerveza, vino, vodka?

—Considerando que tengo que manejar para regresar a casa, mejor no tomar nada alcohólico.

—O puedes quedarte a pasar la noche conmigo... —Me entregó el vaso.

—Tendré que explicarle a mis padres por qué me quedé afuera.

—Ah, todavía vives con ellos... —Frunció los labios—. Eres lista, sé que se te ocurrirá una excusa, o puedes decir la verdad. Ya tenemos casi treinta años.

—Mis padres son algo conservadores. Creo que, en algunos momentos, aún piensan que soy virgen.

—Cada quien cree lo que quiere. —Se rió a carcajadas.

Terminé de tomar el agua y le devolví el vaso. Leonardo lo dejó junto al fregadero y sacó su celular del bolsillo.

—¿Prefieres pizza o comida japonesa? Voy a pedir nuestra cena. Tendremos tiempo de ducharnos antes de que llegue.

—Me encanta la comida japonesa.

—Perfecto. —Mordió sus labios, concentrado en la pantalla mientras hacía el pedido. Me quedé observando—. ¡Listo! —Dejó el celular en el mostrador de la cocina y caminó hacia mí hasta presionarme contra la pared del pasillo.

Solté mi bolso, y Leo lo agarró antes de que cayera al suelo y lo puso sobre la mesa. Regresó a mi lado y, antes de que pudiera agradecerle, apretó mi cintura con una mano, mientras con la otra sostenía mi nuca y sus labios sellaron los míos.

Entrelacé mis dedos en su cabello castaño y suave, tirando de él mientras correspondía al beso, que cada vez se volvía más intenso. Leonardo me presionó contra la pared y, en lugar de empujarlo lejos,

lo acerqué más a mí. Más cerca de lo que estábamos, solo era posible con él penetrándome. Su boca bajó hacia mi cuello, permitiéndome respirar. Sentía sus labios, su lengua y sus dientes pegándose a mi piel, y no me importaba si dejaban marcas. Cuando él me tenía de esa manera, no quería preocuparme por nada.

Leonardo subió las manos por los lados de mi cuerpo y abrió el cierre de mi vestido, pero antes de que pudiera quitarme la prenda, puse mis manos sobre su pecho firme.

—¿Y la cena?

—Tenemos una hora y veinte minutos hasta que la traigan. No te preocupes, me pongo un short y bajo a recogerla.

Asentí, desabrochando los botones de su camisa, uno por uno, mientras volvía a besarlo. Leonardo me tomó por la cintura y empezó a empujarme hacia el baño, que imaginé que era la última puerta del pasillo. Escuché el ruido de Leo abriéndola y solo dejamos de besarnos cuando mis espaldas chocaron con el lavabo de granito frío. Me sostuvo por la cintura y me sentó sobre él. Abrí las piernas y las rodeé con su cintura. Lo acerqué a mi cuerpo, y el bulto de su pantalón frotó contra mí. Sentía el cierre de su pantalón rozando mi piel, pero lo ignoré porque mi cuerpo estaba embriagado por la sensación del contacto. Sentir que él estaba rígido, excitado y listo para mí, solo aumentaba mi necesidad.

Leonardo me tomó por el cabello desde la nuca y lo tiró de golpe, mi cabeza solo se detuvo cuando tocó el espejo. Dejé escapar un gemido de sorpresa, y él sonrió, manteniendo mi cabeza firme antes de morder mi cuello. No esperaba que actuara de una manera tan salvaje, pero era innegable lo mucho que mi cuerpo lo disfrutaba. Cada célula de mí pulsaba por más, y mi excitación aumentaba. Bañada en lujuria, iba hacia él como los insectos hacia la luz.

Leonardo soltó mi cabeza y terminé de quitarle la camisa, arrojándola al suelo del baño. Lo besé de un hombro al otro, probando su piel salada. Frente a ese precipicio, no tenía miedo de saltar y perderme en él. Volvimos a besarnos, mordiendo y lamiendo los labios del otro. Sentía mis dientes hundiéndose en la piel sensible de sus labios, pero Leonardo no mostró ningún tipo de protesta.

Vi el brillo en su mirada cuando me sacó de encima del lavabo, y volví a tocar el suelo. Me dio la vuelta y me tumbó hacia adelante, apoyando las manos en el lavabo. Leonardo me dio una palmada firme en el culo, dejándomelo expuesto. Gemí por el ardor, pero era un dolor placentero.

—Vuelve a pegarme —pedí, demasiado avergonzada para mirarlo a los ojos, pero lo suficientemente dispuesta para elevar mi culo, esperando por el golpe.

Leonardo cumplió mi petición, golpeándome con ambas manos mientras apretaba mis nalgas. Me moví contra sus manos, disfrutando del ardor en la zona que él sujetaba. Leo apartó mi cabello y mordió mi cuello, mi corazón aceleró aún más. Su toque era como veneno que recorría mi cuerpo cada vez más rápido, y cuando me di cuenta, ya no quería estar en ningún otro lugar que no fuera en sus manos. Mi fascinación por él, que había comenzado en la preadolescencia, había alcanzado su punto máximo.

Tiró de mi vestido, deslizándolo por mis hombros, besando la piel que se iba exponiendo. Me descomponía en sensaciones con su toque, solo para recomponerme con el contacto de sus labios. No es que el sexo con Pedro fuera malo, al contrario, pero con Leo era como cumplir todo lo que había idealizado. La compulsión desenfrenada anulaba cualquier atisbo de claridad. Quería acostarme con Leonardo hasta perder la fuerza para mantenerme de pie.

Mi vestido terminó en el suelo y quedé paralizada por la humedad, ahora caliente, ahora fría, de su lengua descendiendo por mi espalda, mientras sus manos desabrochaban mi sujetador hasta

la base de mi columna. El asombro solo se interrumpió por la respiración agitada que dominaba mi pecho. Cerré los ojos, queriendo aprovechar al máximo cada instante de lo que me dominaba en ese momento. Aferrándome a cada gota de ese placer adictivo.

Solo en tanga, me dio la vuelta y contempló mis tetas expuestas; mis pezones erectos eran la punta del iceberg de mi cuerpo excitado. Me detuve frente a él y le bajé la cremallera de los pantalones, teniendo que empujar un poco porque estaban atascados. Con los ojos fijos en los suyos y una sonrisa pícara en los labios, le bajé los pantalones. Leonardo se deshizo de sus zapatos y calcetines, tirándolos en un rincón detrás de la puerta del baño. Tiré mis zapatos junto a los suyos y me acerqué de nuevo a él.

Fue mi momento de empujarlo contra la pared, apretando mis pechos contra el suyo. Era varios centímetros más alto que yo, pero en ese momento no me pareció un problema. Nuestro deseo encontró fácilmente la manera de encajar. Mientras nos besábamos con todo el fervor que nos gobernaba, Leonardo empezó a bajarme la tanguita y pronto estuvimos los dos completamente desnudos.

Leonardo abrió la ducha y me empujó dentro. Sin apartar el peso de su mirada de mí, abrió el grifo y el agua tibia empezó a caer sobre nosotros. Las gotas se deslizaron por mis cabellos y alrededor de mi cuerpo, hasta gotear en la punta de mis pezones. Léo se detuvo frente a mí y me chupó uno de los pechos, agarrándome las muñecas y sujetándolas contra la pared. Con sus manos sujetando las mías, estaba a su merced y no me importaba lo más mínimo. La avidez con que sus labios presionaban mis pezones, chupándolos, mordisqueándolos ligeramente, me quitaba la capacidad de respirar, provocándome en cambio un profundo éxtasis.

Todavía mojado por el agua, se arrodilló frente a mí y puso la cabeza entre mis piernas. La expectación por lo que pudiera hacer fue sustituida por la urgencia y tiré de él para acercar su cabeza a mi vulva, que palpitaba ansiosa por su contacto. Leonardo me tocó el

clítoris con la punta de la lengua y yo tiré de su pelo con más fuerza, mientras me temblaban las piernas. Me agarró el culo, clavándome los dedos en las nalgas, y yo me revolví en su boca, rogándole que siguiera lamiéndome. Leonardo apretó aún más su cara contra mi entrepierna, empujando dentro de mí. Abrí las piernas todo lo que pude, dándole todo el acceso que necesitaba. Parecía lo más sensato en aquel momento, estaba totalmente abrumada por aquella voluptuosidad. Me mordía los labios, gemía y jadeaba, mi corazón se detenía cada vez que él retiraba la lengua y solo volvía a latir cuando Léo volvía a tocarme. Estaba a punto de llegar al orgasmo cuando Leonardo se levantó y se apartó de mí. Lo miré como una niña enfurruñada y él se rió, burlándose de mí.

Salió de la ducha y agarró un preservativo del armario del baño. Lo vi deslizar la funda de plástico por toda la longitud de su verga mientras me miraba fijamente. Esa mirada me dijo que su siguiente paso era estar dentro de mí

Alargó la mano para tocarme la cintura y volvió a cerrar la brecha que había aparecido entre nosotros. Con el agua empapándonos, mi piel resbalaba fácilmente en contacto con la suya. Me giré de espaldas, agarrándome a la pared con las manos, lo que facilitó salvar la diferencia de altura. Leonardo me sujetó la cintura con ambas manos y dobló las rodillas. En un movimiento rápido, se hundió en mí y me estremecí. Mi cuerpo reconocía el suyo como si lleváramos años haciéndolo, pero las sensaciones eran tan intensas como la última vez.

Leonardo empezó a moverse, sus muslos chocaban con mi culo y provocaban chasquidos, intensificados por el agua. Estas sensaciones me engulleron, me llevaron al borde de un acantilado con los ojos cerrados y las manos atadas. Completamente a su merced, no quería que se detuviera. La intimidad que había surgido entre los dos era otra cosa que no desapareció con los años, porque no sentía vergüenza ni inseguridad bajo el peso de sus manos.

Tiró de mi cuerpo contra el suyo cada vez más fuerte, cada vez más rápido, hundiéndose en mí con toda la presión y agilidad que nuestra disposición y anatomía permitían. Bajó una de sus manos de mi cintura y encontró mi clítoris, hinchado y sensible entre mis piernas. Comenzó a estimularlo con la misma fuerza con la que me penetraba. Eché la cabeza sobre su hombro, apretando mi pelo mojado contra su pecho, y Leo me besó, intercalando el movimiento de nuestras lenguas con nuestros gemidos.

Dejé que el orgasmo me invadiera por completo, tuve que echar mi peso encima de él para no desplomarme en el suelo. En medio del huracán que me sacudía, Leonardo continuó moviéndose, introduciendo su verga más profundamente en mí. El roce de su piel contra la mía me calentaba aún más y, mientras él se movía, yo saboreaba las sensaciones de placer.

Me tiró de espaldas contra la pared y volvió a ponerme ambas manos en la cintura. Sin contenerse, en una búsqueda desenfrenada de su propio placer, se movió a un ritmo desenfrenado, penetrándome con embestidas rítmicas y cada vez más frenéticas, hasta que se detuvo por completo y sentí cómo se derramaba dentro del preservativo.

Permaneció inmóvil, con la frente apoyada en medio de mi espalda, hasta que recuperó el aliento. Cuando por fin me soltó, me di la vuelta y lo agarré por los hombros, dándome cuenta de que había perdido el equilibrio.

—Ha sido genial.

—Eres genial. —Me besó.

Después de todo lo que hemos hecho, no debería haber sido esa frase la que me avergonzara, pero lo hizo.

Esperamos un rato hasta que recuperamos el control de nuestros propios cuerpos para terminar la ducha. Leonardo cerró la

llave de la ducha y me entregó una toalla limpia, que agarró del armario, antes de que sonara el interfono.

—Debe ser nuestra cena. Iré a buscarla, puedes ponerte una de mis camisas.

Asentí con la cabeza y vi cómo se secaba rápidamente y salía del baño, dirigiéndose al armario del dormitorio y tomando unos pantalones cortos para salir. En cuanto oí abrirse y cerrarse la puerta del salón, me sequé y salí del baño. Sabía que yendo a su casa acabaríamos teniendo sexo y me había traído una muda de ropa limpia en el bolso, pero fui a su armario y lo abrí, buscando una camisa que ponerme. Nunca lo entendí muy bien, pero sabía del fetiche que tenían los hombres por vernos vestidas con su ropa. Imaginé que, por lo que había dicho Leonardo, él también era de ese tipo.

Elegí una camisa de manga larga y me la doblé por encima de las muñecas. La abotoné hasta la mitad, dejando un generoso escote. Imaginé que Leo disfrutaría al verme vestida así.

Salí de la habitación justo cuando él regresaba, con una bolsa de papel y dos latas de Coca-Cola en la mano. Abrió mucho los ojos marrones al verme y se me quedó mirando largo rato, hasta que por fin consiguió abrir la boca.

—¡Vaya! Me saltaré la cena y te comeré otra vez.

—Qué gracioso. —Me reí—. Tengo hambre. —Le quité la bolsa de papel de las manos y me acerqué a la mesa del comedor.

Empujé una laptop y varios cables hacia un rincón y abrí la bolsa, colocando el envase de plástico y los palillos sobre la mesa. Leonardo me pasó una de las latas y abrió la otra. Le quité la tapa al sushi y enganché uno de ellos con los palillos, antes de acomodarme en una de las sillas. Leonardo se sentó a mi lado y atrajo mis piernas hacia su regazo.

Tomó uno de los trozos y me lo metió en la boca. Sonreí sorprendida por el acto y me arrimé a él, disimuladamente.

—Me acostumbraré a esto.

—Tengo toda la intención de mimarte.

—¿Así que piensas seguir con esto? —Me señalé a mí misma, que solo llevaba su camisa y estaba completamente desnuda por debajo.

—Absolutamente. Antes no éramos novios, pero ahora...

—¿Me estás pidiendo que me ponga de novia contigo?

—No quiero ocultar al personal de la empresa ni a nadie que estamos juntos. A menos que no quieras y sigas pensando que no soy lo bastante bueno para ti, y que no tengas el valor de presentarme como tu novio...

—¡Cállate! —Lo tiré del cuello y silencié sus labios con los míos. Era un error que había cometido en el pasado y que no necesitaba que me lo recordaran.

Dejé de besarlo y volví a comer, realmente tenía hambre. No recordaba la última vez que me había alimentado y el sexo en el baño acabó por agotarme.

—No sé si la gente va a ver con buenos ojos nuestra relación, ya que eres mi jefe. —Tomé un trago de mi Coca-Cola.

—Ahí vas con tus problemas. No hay ninguna regla en la empresa contra relaciones amorosas entre empleados. Además, Álvaro ya me ha preguntado varias veces si estoy acostándome contigo.

—¿Preguntó? —Abrí los ojos y cubrí mi boca, completamente avergonzada.

—Creo que sintió nuestra química. Nunca estuvo tranquilo cuando le respondí que no. Creo que, para él, solo será la confirmación de lo obvio. Mientras no interfiera en el proyecto, no verán problemas con nuestra relación.

—Si mantienes las manos lejos de mi culo, probablemente no causaremos problemas.

—Eso no te lo puedo prometer. —Se metió un sushi en la boca —. Es instintivo, pero sé que puedes trabajar con una o dos manos torpes mías.

—No podemos dejar que nadie lo vea.

—Me comportaré, ¡lo prometo!

—Más te vale.

—Quiero ver qué va a decir Sabrina cuando se entere de que estamos saliendo.

—Que era solo cuestión de tiempo. Lo mismo que me dijo cuando le conté que me habías besado y que tuvimos sexo en tu coche ayer. Sabrina ni siquiera te criticaba tanto, solo me dio la pésima idea de quedarme con Guillermo en esa fiesta, lo que te hizo quedarte con Helena. Las que más te criticaban eran Bruna y Cecilia, dos víboras que se quedaron contigo después de que me fui de la escuela.

—El que se fue a Sevilla perdió su silla... —Rió al recordar aquel tonto dicho.

—Basta de pensar en eso. —Me subí a su regazo, sentándome de frente, para que no pudiera mirar nada más que mis ojos—. Dejemos el pasado atrás. Quiero vivir el presente. —Le mordí la oreja y él se retorció debajo de mí.

—Sí, olvidemos el pasado. —Dejó los palillos sobre la mesa y rodeó mi cintura con los brazos.

Me di cuenta de que íbamos a volver a tener sexo cuando sentí su verga endurecerse debajo de su bermuda, pero antes de que mi boca llegara a la suya, escuché un golpeteo en la puerta.

—¿Quién será? —Me aparté de él, pero Leonardo mantuvo la mano en mi cintura.

—No importa. —Frotó sus labios entre mis tetas.

—Leo, ve a ver quién es... —Salté de su regazo cuando, quien sea que estuviera del otro lado, empezó a golpear con insistencia—. Debe ser alguien que conoces o el portero no habría dejado subir.

Se frotó las sienes y frunció los labios antes de levantarse de la silla e ir hacia la puerta. Fui al pasillo y me coloqué en un ángulo donde era un poco más difícil verme desde la puerta. No quería que me vieran con solo la camisa de Leonardo puesta. Era casi como una señal de que ambos acabábamos de tener sexo.

—¿Por qué te demoraste tanto en abrir la puerta?

Me congelé al reconocer esa voz. *¿Qué hacía ella aquí?*

—¿Helena? —Por el tono de voz de Leonardo, yo no era la única sorprendida. Era de esperarse que no la invitara a su apartamento el mismo día en que yo estaría allí. Nos costaba intercambiar más de media palabra sin pelearnos. No éramos las candidatas perfectas para un trío—. ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo. No respondes a mis llamadas ni a mis mensajes. Pensé que estarías enfermo.

—Estoy bien. Ahora, vete, por favor.

—Terminar fue un error, Leo.

—Empezar a salir fue un error, Helena. Sabes que nunca...

Ella dio un paso hacia el apartamento, empujándolo. Leonardo intentó detenerla, pero no fue lo suficientemente rápido para evitar que me viera.

—¡Lo sabía! ¡Estábamos tan bien antes de que ella apareciera! Terminaste conmigo para correr como un perrito detrás de esa zorra, que siempre te ha despreciado.

—¡Cuida cómo hablas de mí! —gruñí, fue imposible quedarme callada con ella ofendiéndome así.

Helena pasó junto a Leonardo y se detuvo frente a mí, con las manos en la cintura. Me miró de arriba a abajo y apretó los dientes al ver la camisa de él cubriendo mi cuerpo.

—¿Crees que, solo porque ella te está abriendo las piernas, las cosas van a ser diferentes? ¡Ay, eres tan idiota, Leo! Solo va a jugar contigo y luego juntará tus pedazos conmigo otra vez.

—¡Te volviste loca! —Di un paso hacia ella—. ¡Deja de decir tonterías! —Nunca busqué peleas en la época de la escuela, ni con ella, aunque muchas veces tuve ganas. Sin embargo, con ella ofendiéndome y haciendo suposiciones sobre cosas que no sabía, no podía asegurarme de lo que podía hacerle—. Nunca jugué con Leo.

—¿Ah, no? —Rió con sarcasmo—. Lo trataste como a tu perrito. Un juguete que usabas cuando tenías carencia y luego despreciabas. Tú y tu grupo de amigas solo hablaban mal de él.

—Con excepción de Sabrina, todas terminaron tragándose sus palabras. Teníamos trece años, las cosas eran diferentes, las circunstancias eran otras. Hicimos y dijimos cosas de las que nos arrepentimos, pero ahora tenemos la oportunidad de corregirlas.

—Sí, así es. —Leonardo estuvo de acuerdo en ponerse de mi lado.

—No puedo creer que vayas a correr hacia ella con el primer chasquido de dedos. ¡Eres un estúpido! —Sacudió la cabeza en señal de desaprobación, decepcionada por la actitud de Leonardo.

—Helena, basta de esto y vete. No hay nada más entre nosotros. Ni siquiera debió haber comenzado. Perdóname si te dejé pensar que podíamos funcionar.

—¿Por qué haces esto? —Tragó saliva y vi cómo se acumulaban lágrimas en sus ojos—. Estábamos tan bien antes de que ella apareciera.

—No, no estábamos bien. Nunca lo estuvimos. Estuve contigo por comodidad. Tenía a alguien con quien tener sexo y mi familia no dejaba de intentar presentarme a alguien todo el tiempo.

—¿Por qué prefieres a Jeniffer? —Me miró con furia, como si pudiera derretirme con una mirada de odio.

—Porque la amo. —La frase salió tan natural de los labios de Leonardo que nos dejó a mí y a Helena sin reacción alguna—. Siempre la amé.

Parece que no era la única que no había logrado olvidarlo después de todos estos años. Los sueños, las sensaciones que parecían estar solo dormidas... Sí, amaba a Leonardo antes y aún lo seguía amando.

—Leo, no. ¡Te necesito! —Helena intentó sostenerlo de los hombros, pero Leonardo retrocedió un paso.

—No me necesitas, Helena. No te humilles. Puedes encontrar a otro hombre.

—Nuestro hijo te va a necesitar. —Tomó su mano y la puso sobre su abdomen.

Di un paso tambaleante hacia atrás y me apoyé en la pared del pasillo. No podía ser que el tipo del que estaba enamorada hubiera embarazado a la mujer por la que sentía desprecio desde la época del colegio.

—¡No! —Leonardo retiró su mano rápidamente.

—Sí... Lo descubrí hoy y vine a contártelo a ti, y me encuentro con ella. El motivo por el que separaste nuestra familia.

¿Embarazada? Eso era lo único que me faltaba.

Metí la mano en mi bolso y salí del apartamento de Leonardo descalza y usando solo su camisa. Por suerte, estaba oscuro y nadie me prestó atención. A lo lejos, podía escuchar cómo él gritaba mi nombre, pero Helena le decía que me dejara ir.

Quizás había huido precipitadamente, pero no quería quedarme ahí, no en medio de una discusión como esa. Sin embargo, esperaba que todo fuera solo una falsa alarma o que simplemente no estuviera pasando.

Tiré mi bolso en el asiento del copiloto y manejé hacia mi casa. Al detenerme en la cochera, me cambié la ropa que traía en el bolso para no tener que explicar por qué llevaba la camisa de un tipo. No importaba cuántos años pasaran, a veces mis padres aún creían que tenía menos de diez. Fingían que no tenía vida sexual, y yo mantenía esa verdad alejada de sus ojos.

—Mandaste un mensaje diciendo que no sabías si volverías hoy. Pensé que pasarías la noche afuera —comentó mi mamá cuando pasé por ella en la sala.

Ella tenía las piernas arriba, viendo otro capítulo de la novela, y no me prestó mucha atención, al menos no al punto de notar que mis cabellos estaban mojados y que estaba descalza.

—Algo inesperado pasó y volví más temprano.

—¿Pero está todo bien?

—Sí, todo perfecto.

—Bueno, está bien.

Pasé por su lado y me fui directo a mi cuarto. Cerré la puerta queriendo estar sola. No podía creer que mi noche hubiera terminado de esa forma. Un momento antes estaba teniendo sexo con Leonardo, y él me había pedido que fuera su novia. Finalmente, parecía que íbamos a estar juntos, pero tenía que aparecer el fantasma de Helena. A veces, el universo me hacía pensar que él era el hombre para mí, haciéndome encontrarlo una y otra vez. Sin embargo, en otros momentos, me quitaba el suelo de debajo de los pies, mostrándome que él era el hombre que quería, pero que nunca tendría.

Saqué mi celular del bolso y llamé a Sabrina.

—¡Hola, amiga! ¿Estás bien?

—Lo estaba… —suspiré, mientras masajeaba mis rodillas.

—¿Por qué "estaba"?

—Fui a casa de Leo hoy, me pidió que fuera su novia y todo estaba genial, hasta que Helena apareció haciendo un gran escándalo, llamándolo idiota por estar conmigo. Como si eso no fuera suficiente, ella terminó mi velada con broche de oro diciendo que está embarazada de Leo.

—¡Puta madre! ¿Y qué dijo él?

—Se quedó con cara de sorprendido y yo me fui.

—¿No esperaste para hablar con él?

—¿Qué esperabas que dijera? Pronto va a ser papá, de un hijo de Helena, teniendo miles de personas en el mundo.

—Sabes que no tienen que estar juntos para criar un hijo, ¿verdad?

—Lo sé, pero me quedé con rabia y confundida después de que ella dijera eso. Y Leonardo no contaba con esa variable cuando me pidió que fuera su novia.

—¿Vas a entregárselo en bandeja a Helena?

—Creo que no es el mejor momento para meterme entre ellos.

—¡Ah, basta! Helena fue la que se metió entre ustedes dos, para empezar.

—Pero ella está embarazada de él. Leo va a tener que convivir con ella por el bebé.

—Si quieres estar con él, tendrás que aguantarlo. La decisión es tuya. Tienes que ver si vale la pena o si lo dejas ir de una vez y sigues con tu vida. Quizás deberías volver con Pedro.

—Lo pensaré. Gracias, te llamo después.

—De nada, amiga. Te quiero.

—Yo también te quiero, Sabrina. —Colgué la llamada y dejé el celular a un lado en la cama.

Había ido al cielo y me habían tirado al suelo en la misma noche. Después de un sexo perfecto con Leonardo, era como si todo estuviera tan bien que tenía que empeorar. Sin embargo, que Helena estuviera embarazada era el colmo. De tantas mujeres en el mundo con las que él podría haber estado, *¿tenía que ser ella?* Quería seguir con él, pero no sabía si sería capaz de soportar que él fuera padre de un hijo suyo. Pero tampoco podía imaginar la posibilidad de alejarlo del niño, el pobre bebé no tenía la culpa y seguramente necesitaría de su padre.

—¡Qué mierda! —Lancé mi almohada contra la ventana, furiosa.

Si no hubiera reencontrado a Leonardo, aún estaría con Pedro y con su prometida. Mi vida tomaría otros rumbos. Quizás podría no sentir lo que Leonardo me hacía sentir, pero estaba segura de que sería feliz.

Abrí el celular y entré a Instagram. No hablaba con Pedro desde nuestra ruptura y no sabía qué había sido de su vida. Sabía que espiar a mi ex era lo peor que podía hacer en ese momento, pero no pude evitar el impulso de entrar a su perfil. Muchas fotos con los animales de su clínica, excepto por las más recientes, que me hicieron un nudo en el pecho. Sí, todavía estaba apegada. Verlo en una fiesta rodeado de mujeres no me hizo nada feliz. *¿Yo qué quería, después de todo?* Estaba con Leonardo, habría aceptado su propuesta de ser su novia. Pedro tenía todo el derecho de seguir adelante. Era un hombre atractivo y amable, no le costaría nada encontrar a otra mujer para reemplazarme. Yo acabaría sola solo porque pensé que Leonardo podría ser mío.

Empecé a llorar, no quería, pero lloré. Me sentí una idiota al pensar que finalmente estaríamos juntos. Esto no había funcionado antes, ya tendría que haber aprendido. Estaba molesta conmigo misma por haber dejado ir a Pedro, no podía tener el descaro de ir tras él ahora que me había dado la cabeza contra la pared. Era un gran hombre, y no mi repuesto.

Dormí ahogando mi almohada en lágrimas de tristeza y rabia.



Diecisiete

Me desperté decidida a no parecer una derrotada. Hice mi higiene personal y me preparé para ir al trabajo. Esperaba encontrarme con Leonardo, pero estaba preparada para tres resultados tras ese día: en el primero y más alentador, Leo me decía que quería seguir conmigo y que íbamos a lidiar juntos con el hijo que tendría con Helena. En el segundo, él me diría que volvería con Helena y formaría una familia con ella. Aunque era la opción que más odiaba, era también la más sensata y la que Helena probablemente esperaba. Por último, él podría no aparecer y pasaría el día sin saber qué sucedió, lo que me demostraría que estaba huyendo de mí y que probablemente se quedaría con Helena. Eso era aún peor, porque me mataría de angustia.

Preparada para lo peor, tomé mis llaves y subí al coche. No quería perder frente a Helena otra vez, pero estaba lista para ello. Al menos, esa vez no sería por mi culpa, en un intento estúpido de hacerle celos.

Tuve un atasco de diez minutos de tráfico en la carretera de circunvalación y sentí algo retorciéndose dentro de mí. Estaba muy angustiada, nerviosa y ansiosa. Mis manos sudaban frío, embarrando el volante. Odiaba tener que lidiar con la expectativa, siempre pensaba en el peor resultado posible y sufría mucho con ello. Por lo general, las cosas nunca salían tan mal como me las imaginaba, pero hasta que eso se confirmaba, yo ya me habría hecho mil películas en la cabeza y habría sufrido de más.

Dejé el coche en el garaje y subí al piso de la empresa.

—¡Buenos días, Jeniffer! —me saludó Fabiana cuando nos encontramos en el ascensor.

—¡Hola, buenos días! —Sujeté la puerta para que ella entrara.

—Ojalá que no quedemos atrapadas esta vez. —Se rió.

—Creo que el ascensor espera al final del día para atrapar a la gente, así no tienen excusas para no trabajar —intenté bromear, y ella rió.

—Creo que sí.

—Álvaro está elogiando mucho tu trabajo, felicidades.

—Gracias.

—Sigue así y pronto te convertirás en la arquitecta favorita de él.

—¡Ah, eso sería perfecto!

—El que teníamos antes de ti, trabajaba aquí desde la fundación de la empresa. Era un gran amigo de Álvaro. Creo que elegí una excelente sustituta después de la jubilación de Saulo.

—Espero seguir agradándole.

—¡Así es!

La puerta del ascensor se abrió y ambas salimos. Seguí hasta la sala de proyectos. Lo bueno de la conversación relajada con Fabiana fue que pude apartar de mi cabeza, al menos por un momento, los pensamientos que me estaban volviendo loca. Sin embargo, pronto regresaron como un torbellino que me dejó atónita cuando abrí la puerta y encontré a Leonardo parado, con los brazos cruzados y los ojos fijos en mí.

—Buenos días. —Entré a la sala y dejé mi bolso en el lugar de costumbre, como si fuera un día normal, intentando ignorar mi impulso de gritar y desahogar mi descontento con esa situación.

Leo fue hasta la puerta y giró la llave, cerrándola. Me quedé sin entender. *¿Era para que no pudiera escapar de él? ¿Tenía que decirle que no tenía ninguna intención de hacerlo?*

—Ayer prácticamente te escapaste de mi casa.

—Tú y Helena tenían algo importante que resolver.

—Tenías que haberte quedado. Eres parte de esto.

—¡No, Leo! Esto no tiene nada que ver conmigo. Tú eres quien tiene un hijo con ella. No es que sea asunto mío...

Me agarró de las muñecas y rodeó mi cintura, callándome con un beso. Perdí completamente la capacidad de reaccionar. No esperaba que me abrazara y me besara en medio de esa conversación tan incómoda. Sin embargo, respondí. La magia que él

tenía sobre mí seguía siendo la misma, no importaba cuántos años hubieran pasado. Estaba completamente enamorada de ese hombre.

Lo aparté en busca de aire, pero seguí mirándolo.

—¿Qué decidieron?

—No voy a volver con ella, Jeniffer. —La firmeza de sus ojos me paralizó.

—¿Por qué no?

—Porque he engañado a todas las mujeres con las que estuve todos estos años, con mis pensamientos. No hubo un solo momento de mi vida en que no pensara en ti, aunque la posibilidad de verte otra vez fuera muy remota. Cuando entraste en aquella sala de reuniones, pensé que estaba soñando. Otro de los innumerables sueños que tuve contigo.

—Yo también soñaba contigo —confesé, con las manos en sus hombros, sorprendida, al darme cuenta de que eso no solo me ocurría a mí.

—Te amo, Jeniffer. Eso no cambia con el hecho de que Helena esté o no embarazada.

—Ella no va a tomar a bien que sigamos juntos.

—Eso no es problema mío. Ya no estamos en el siglo pasado, en el que tenía que casarme con ella solo porque está embarazada de mí. Ni siquiera sé en qué momento pasó eso, porque siempre uso condón, pero me haré responsable de las consecuencias. Lo único que necesito es que digas que no vas a rendirte con nuestra relación.

—La idea de que ella esté embarazada me molesta. —Fui sincera. Tenía una horrible tendencia a guardar los sentimientos negativos dentro de mí y eso acababa asfixiándome.

—Lo sé. —Me acarició la mejilla con el pulgar—. Pero no te rindas conmigo, no ahora.

—Entonces seguimos...

—¿De novios? ¡Sí! Nada de lo que dijimos ayer ha cambiado.

—¡Sí! —respondí monosilábica, aún necesitaba espacio para asimilar lo que estaba sucediendo, sin embargo, estaba feliz de que siguiéramos juntos. No era de la manera en que lo deseaba, pero Leo seguía siendo mío—. Ahora, tenemos que trabajar. —Me aparté de él.

—¡Sí, jefa! —balbuceó de manera juguetona—. Alguien tiene que poner orden. —Le di la espalda y encendí el ordenador—. Tienes toda la razón. —Se puso detrás de mí y apretó mi culo.

—¡Leonardo!

—Me comportaré. Lo prometo. —Se rió al salir de la sala, dejándome sola.

Negué con la cabeza e intenté concentrarme en el proyecto.



Sabrina:

¿Y amiga? ¿Qué decidieron?

Jeny:

Estamos de novios.

Sabrina:

¿Incluso con Helena embarazada de él?

Jeny:

¡Sí! ¿Ahora vas a intentar hacerme cambiar de opinión?

Sabrina:

No. Solo pensé que ibas a echarte atrás. Ser madrastra de un hijo de Helena no es el sueño de ninguna mujer.

Jeny:

Yo amo a Leo. Creo que al menos necesito intentarlo.

Sabrina:

Buena suerte.

Guardé el celular en mi bolso justo cuando escuché el sonido de la puerta al abrirse. Miré hacia atrás y vi a Leo entrar. Estaba sonriendo, y esa sonrisa terminó por contagiarme. No parecía que nuestra noche hubiera terminado de esa manera tan horrible ayer.

—¿Vamos a almorzar, arquitecta?

—Sí. —Miré el reloj del ordenador y vi que ya casi era la una, lo cual justificaba el dolor de estómago que tenía—. Ya es hora.

—He invitado a Álvaro, Roberto y Fabiana a que vengan con nosotros.

—¿Para qué? —Tomé mi bolso.

—Les voy a contar que estamos juntos.

—¿Vas a hacerlo? —Me puse pálida—. ¿Estás seguro de que es una buena idea?

—No quiero seguir ocultándoselo a la gente, como hacíamos cuando éramos adolescentes. Además, imagino que si nos ven juntos después, podría ser peor.

—Tienes razón. —Aún tenía mucho miedo de lo que Álvaro y las demás personas en la empresa pensarían sobre mi relación con el jefe. Aunque Álvaro trataba a Leo como un hijo, podría esperar algo más profesional de él. Sin embargo, ya había escondido a Leo suficiente para toda una vida.

—¿Vamos?

Tomé mi bolso y le sujeté la mano que me tendió.

Caminamos de la mano hasta el pasillo, pero antes de acercarnos a Fabiana, que estaba cerca del ascensor, solté su mano por un impulso. Leonardo no mostró ninguna reacción ante mi gesto.

—¡Me encanta esa casa de pastas, Leo! Es una excelente sugerencia para nuestro almuerzo. Sé que no es tu cumpleaños, pero, ¿hay una celebración de algo especial?

—Ya lo sabrás cuando lleguemos —dijo él, sin apartar la mirada de mí.

—Vamos a almorzar. —Álvaro y Roberto se unieron a nosotros.

Tomamos el ascensor y caminamos hasta el restaurante, que quedaba en la esquina del mismo bloque del edificio. Nunca había almorzado ahí. Era el tipo de lugar que me parecía fácil de engancharse si lo probaba, y la enorme fila para entrar me lo confirmó. Pensé que estaríamos una eternidad esperando una mesa, pero en cuanto la mujer en la recepción vio a Leonardo, nos llamó y nos dirigió a una mesa vacía, en una esquina aireada cerca de una de las ventanas. El restaurante era bastante característico, con elementos italianos. Los manteles, cortinas y servilletas eran rojos, blancos y verdes, como los colores de la bandera de Italia, las

paredes eran claras y los muebles oscuros. Colgué mi bolso en la silla y me acomodé. Leonardo se sentó a mi lado, mientras Álvaro y Roberto nos observaban.

—¿Por qué nos invitaste a este almuerzo? —Álvaro cruzó los brazos sobre la mesa y miró directamente a Leonardo, yendo de inmediato al grano.

—Solo quería comunicarles que Jeniffer y yo estamos saliendo. Claro que esto no tendrá ningún impacto en nuestro trabajo, que seguirá adelante de la misma manera, pero pensé que sería bueno contarles para evitar cualquier sorpresa.

Fabiana me miró y se tapó la boca para contener una risita. Vi en su mirada que ya sabía lo que estaba pasando.

—Era de esperarse. —Álvaro acompañó la risa de Fabiana.

—Mientras no afecten el proyecto, no tengo problemas con su relación. —Roberto mantuvo un tono serio, pero no pareció molesto, solo era el único con cara de sorpresa en la mesa.

—En la empresa, sigo siendo el jefe. —Leo me guiñó el ojo y me sentí completamente avergonzada.

—¿Entonces, vamos a almorzar? —Roberto nos recordó que aún no habíamos hecho nuestros pedidos.

Asentimos y levanté la mano para llamar a la mesera.



—Me escondiste que algo estaba pasando desde el día del elevador, diablilla —dijo Fabiana, mientras caminábamos hacia la empresa.

Leonardo, Álvaro y Roberto se quedaron más tiempo en el restaurante hablando sobre la obra que pronto comenzaría. Fabiana y yo regresamos juntas para centrarnos en nuestro trabajo.

—Solo fue un beso en el elevador. —Me encogí de hombros, intentando no darle más vueltas al tema, pero mientras más trataba de evitar sus preguntas, más interesada se ponía Fabiana.

—¿Eso es lo que voy a ver si pido las grabaciones de ese día?

—No sabía que te gustaba ser *voyeur*.

—Solo tengo curiosidad. No puedo creer que hayan tenido sexo dentro del elevador. Por eso se paró, ¿no? Estaban juntos, lo habían planeado.

—¡No inventes! Fue una coincidencia que ambos quedáramos atrapados ahí. Y además, no tuvimos sexo en el elevador. Solo nos dimos un beso, pero nada más.

—¿Segura?

—Segurísima.

—Ah, qué aburridos.

—¿Por casualidad estás casada, Fabiana? —Paré de caminar cuando llegamos a la entrada del edificio.

Ella negó con la cabeza.

—Tengo novio. ¿Para qué casarme? Si eso significaría menos sexo.

Me retorcí de risa con su comentario. Me reí tanto que casi me orino, tendría que ir al baño pronto.

—¿No debería ser al revés? Ya que, cuando te casas, supuestamente duermen juntos todas las noches.

—Mis amigas cuentan una historia diferente, pero por tu cara creo que tú y Leo sí están teniendo sexo.

—Sí, ayer tuvimos sexo. —Me encogí de hombros y entré al edificio.

—¿Aquí? ¿Sobre la mesa del proyecto? ¡Se pasan el día encerrados en esa sala! Ya sospechaba que algo pasaba.

—¡Claro que no! —Apreté los dientes y fruncí el ceño—. Fue en su apartamento, después del trabajo. No estamos teniendo sexo aquí, tranquila. —Entré al ascensor y la jalé conmigo.

—Ajá…

—Puedes revisar las cámaras si quieres.

—No hay cámaras en la sala de proyectos.

—Entonces, paciencia. —Bajamos a nuestra planta y seguí por el pasillo, de vuelta a mi oficina.

Sentí que si seguía alimentando la curiosidad de Fabiana, pronto me estaría preguntando el color de la ropa interior de Leonardo o algo aún peor.



Leonardo golpeó la ventana de mi coche y bajé el vidrio para mirarlo.

—¿Te vas sin decirme nada?

—No, vi que llegaron del restaurante y luego se metieron en la oficina de Álvaro. Pensé que estaban bastante ocupados.

—Eso no significa que no quiera un beso tuyo.

Bajé el vidrio y estiré el cuello para tocar mis labios con los suyos. Leonardo me sujetó y profundizó el beso, metiendo su lengua en mi boca. Me entregué a ese sabor por unos segundos hasta que me aparté en busca de aire.

—El viernes quiero que vengas conmigo.

—¿A dónde? —Levanté una ceja, desconfiada.

—Te voy a llevar a cenar con mis padres.

—¿Tus padres? —Tragué saliva y me quedé con la boca abierta, sorprendida.

—Sí. Quiero presentarles a mi novia.

—¿No te parece un poco pronto?

—No nos conocemos desde hace un mes, nos conocemos desde hace muchísimo... Y aceptaste mi propuesta de noviazgo, así que ¿por qué no?

—Solo me pone nerviosa. Tengo miedo de no gustarles.

—Mientras me hagas feliz, no son muy exigentes.

—Hasta donde recuerdo, eres hijo único, ¿no?

—Sí, sigo siendo hijo único.

—Los hijos únicos suelen ser mimados por los padres.

—Ahí vas otra vez con eso.

—¿Con qué?

—Poniendo obstáculos. Si no quieres…

—Voy, Leo. —Toqué su brazo, y él volvió a mirarme.

—¡Genial! —Sonrió, mostrando sus hoyuelos en las mejillas—. ¿Vamos a mi apartamento?

—No puedo estar fuera de casa todos los días, pero el viernes te prometo que dormiré contigo. Y, ¿qué te parece si almorzamos el domingo con mis padres, ya que quieres formalizar nuestra relación?

—¿Hablas en serio?

Asentí con un breve movimiento de cabeza.

—Voy a avisar a mi familia.

—¡Trato hecho! —Me dio un último beso y se apartó de mi coche, dejándome salir del estacionamiento.



—¿Novio nuevo? —Patrícia entró en mi habitación, mirando el celular justo cuando terminé de vestirme después de salir del baño.

—¿Cómo lo sabes?

—Te etiquetó en Facebook. —Me dio su celular, y vi una notificación de Leonardo, quien cambió su estado de soltero a "en una relación seria con Jeniffer", lo que probablemente notificó a todos mis contactos, incluida mi hermana.

—Sí, me lo pidió y yo acepté.

—¿Ese es el chico de la escuela? ¿El que es tu jefe y con el que te estabas viendo en el trabajo?

—¿Chico? ¿Viéndome en el trabajo? No es exactamente así…

—Pero terminaste con Pedro por él, ¿verdad?

Me mordí el labio, tensa, y asentí con la cabeza.

—Por Dios, Jeniffer. Es guapo, pero yo prefiero a Pedro. ¡Pedro era un encanto!

—Pedro ya debe estar con otra.

—¿Será así?

—Patrícia, olvídalo y deja a Pedro en paz. —Agarré mi almohada y se la lancé a mi hermana pequeña—. Preocúpate por Matheus.

—Mi novio no tiene nada que ver en esto. —Miró de reojo.

—Ni mi elección de novio.

Si la campaña a favor de Pedro ya estaba fuerte antes de saber que mi nuevo novio sería el padre del hijo de otra mujer, ni quiero imaginar después. Sabía que tendría que enfrentarme de nuevo a las personas diciéndome que no estuviera con él, pero esta vez necesitaba ser más fuerte para no dejarlo ir de nuevo.

—Él viene a almorzar aquí el domingo.

—¿Ya hablaste con nuestros padres?

—Voy a avisarles.

—Sería genial si hicieras esas tartaletas de brigadeiro[2] de postre…

—Yo aquí preocupándome por otras cosas y tú pensando en el postre.

—Pero es lo mejor. Papá mirando a tu nuevo novio con cara de culo, hasta que se acostumbre a él, eso te lo dejo a ti.

—¡Qué pesada eres!

—Sé que me amas. —Sacó la lengua antes de salir de mi habitación.



Dieciocho

Abrí mi bolso, que estaba sobre la cama de Leonardo, y saqué un pequeño neceser con maquillaje. No era el tipo de chica que se maquillaba con frecuencia. Solo usaba un lápiz labial y un lápiz de ojos, como mucho. Ni siquiera sabía ponerme esas cosas bien, pero, como íbamos a cenar con la familia de Leonardo, pensé que debía arreglarme un poco. Quería causar una buena impresión. Ya tendríamos problemas con el embarazo de Helena, tenerlos a ellos cerca podría hacer que las cosas fueran un poco más fáciles.

—¡Estás hermosa! —Me abrazó por detrás y besó mi cuello, casi borrando mi labial.

—¡Basta! —Lo aparté con una mano mientras sostenía el labial y el espejo con la otra.

—¿No te gusta que te bese así? —Hizo un puchero.

—Me gusta, pero así voy a borrar todo el labial.

—Lo voy a borrar después de todas formas.

—Pero espera a que salgamos de la casa de tus padres.

—No te aseguro que lo logre. —Subió la nariz y volvió a hacer un puchero como un niño consentido.

—Y nada de andar tocando mi culo ahí. ¿Qué van a pensar de mí?

—No van a pensar nada. —Movió la cabeza mientras reía—. No esperan que me case con una monja. Solo quieren una mujer que me guste y que me haga feliz. Dos requisitos que tú cumples muy bien. —Me robó un besito, quedándose con parte de mi labial en los labios, y yo me reí.

Tomé un pañuelo húmedo que estaba dentro de mi bolso y le limpié la boca. Leonardo hizo un puchero, burlándose de mí, y me abrazó por la cintura, tirándome contra su pecho. Suspiré, sintiendo el calor de su cuerpo. Estaba completamente dominada por ese hombre. Todavía me sorprendía cuánto me atraía, cómo me seducía y lo loca que me volvía con solo un roce de su piel. Ni con todas las palabras del mundo podría explicar la atracción insana que sentía por él.

Cuando terminé de limpiarle la boca, Leonardo me besó de nuevo, esta vez con más ansia y ferocidad. Su lengua encontró la mía, presionándola y arrastrándola. Cerré el labial y lo dejé, junto con mi pequeño espejo, sobre la cama. Crucé los brazos alrededor de su cuello y correspondí al beso, dejándome llevar por la tentación de él y por la necesidad de mantener mi boca pegada a la suya.

—¿Vamos? —Solo apartó su boca, sin soltar mi cintura. Agradecí eso, porque temí que fuera a tambalear hacia atrás por el leve mareo que me invadió.

Asentí y puse las manos en sus hombros, intentando mantener el equilibrio.

—Tu boca está llena de labial otra vez.

Leo tomó el pañuelo húmedo de mi mano y se frotó la boca. Aún quedaban restos de labial, pero los dejó pasar.

Metí todo en el bolso y decidí no volver a ponerme labial. Estaba segura de que Leonardo lo iba a borrar de nuevo en el camino hacia la casa de sus padres. Necesitaba comprar uno de esos que no se quitan ni con agua.

Bajamos a la cochera de su edificio y nos subimos a su coche negro. No es que su casa no estuviera limpia y ordenada, pero noté que había un cuidado extra con el coche. La carrocería negra siempre estaba pulida, y el interior, impecablemente limpio.

—¿Dónde viven tus padres? —Dejé mi bolso sobre la guantera para ponerme el cinturón.

—En el barrio de nuestra antigua escuela. En la misma calle por la que evitabas pasar cuando ibas a la casa de Sabrina.

—¡No evitaba la calle!

—¿Igual que no evitabas la puerta de mi aula? Siempre pasando lo más cerca de la ventana posible, para que nadie que estuviera dentro pudiera verte, solo los que estaban sentados al frente.

—¿Por eso empezaste a sentarte al frente?

—¿Al otro lado del aula, pegado a la pared? Sí. Ahí podía ver a todos los que pasaban por el pasillo, incluso a ti. Además, era la

única silla al frente en la que los profesores me dejaban sentarme, porque en el medio, con mi altura, siempre tapaba a mis compañeros. Recuerdo el día en que te caíste al suelo con las manos en la cabeza. Estaba muy preocupado, pero antes de que pudiera levantarme para ir a ayudarte, la profesora cerró la puerta.

—Tenía terribles ataques de migraña. Mejoró con los medicamentos que empecé a tomar después.

—Qué bien. —Sacó una mano del volante para acariciar mi muslo.

—¿Todavía está esa pancarta de candidato a concejal pegada en la pared de la casa de tus padres?

—¡No! ¡No! —Leonardo se retorció en el asiento de tanto reír—. Mi papá abandonó la política.

—¿Porque estaba harto de la corrupción o porque no conseguía suficientes votos para ser elegido?

—Creo que un poco de las dos. Siguió con su trabajo anterior y todos estuvimos más contentos con eso, al menos mi mamá y yo.

Leonardo condujo unos quince minutos desde el barrio donde vivía hasta el barrio de la escuela donde nos conocimos. Los padres de él vivían en la calle de arriba de la escuela. Volver allí me dio una sensación de nostalgia. No había ido a ese barrio en años, desde que mi hermana se graduó de la misma escuela que Leonardo y yo habíamos asistido. Sabrina vivía en un barrio cercano, en el mismo lugar de los tiempos de escuela, pero desde la casa de mis padres no tenía que pasar por ahí.

Quizás Leonardo tenía razón y yo evitaba pasar por la puerta de su antigua casa. Cuando salía de la escuela e iba a la casa de Sabrina, siempre optaba por bajar y pasar por la calle de abajo, para no correr el riesgo de ser vista. O simplemente para no quedarme mirando.

—Creo que vivir cerca de la escuela era malo —comentó, sacándome de mis pensamientos—. Siempre pensaba que podía dormir un poco más y terminaba llegando tarde.

—Es cierto. Casi siempre llegabas en medio de las oraciones matutinas o te perdías el himno nacional del jueves.

—Lo cual, seamos sinceros, no estaba tan mal lo que yo hacía. Creo que por eso me terminaba durmiendo. ¿Qué mejor que dormir?

Le guiñé el ojo y sonreí.

—¡Dios! Tener sexo contigo es mejor, pero en ese entonces no había probado eso. Aunque ya me había tocado alguna vez pensar en ti. En tu culo apretado en el short del uniforme, tu sujetador con puntos debajo de la camisa transparente...

—¿Ni siquiera te había besado bien y ya te estabas masturbando pensando en mí? ¡Qué descaro!

—¡Hormonas! Creo que, entre mis trece y mis dieciséis años, vi más porno que en el resto de mi vida. Dejé de verlo un poco cuando estuve jugando al fútbol en la base de la Portuguesa y las chicas saltaban el muro para vernos en el alojamiento.

—¡Pervertido! —Le di un golpe en el brazo.

—No era yo el que saltaba nada. Ellas querían estar conmigo y, ¿quién era yo para decir que no? Un adolescente ingenuo.

—Pero super dispuesto a hacer y descubrir más sobre el sexo. Entonces, ¿fue en ese alojamiento donde perdiste la virginidad?

—No. La perdí con Bianca en el vestuario de la escuela, ese mes que estuve estudiando en la misma aula que tú, antes de mudarme a São Paulo para jugar en la Portuguesa.

—¿Perdiste la virginidad con Bianca? ¡No lo puedo creer!

—¿Por qué? ¿No te gustaba?

—Vale la pena recordar que no me iba a gustar nadie que se te tirara justo delante de mis narices. No es que no me gustara, ¡la odiaba!

Leonardo se tapó la boca con la mano para disimular las risas.

—Parece que siempre terminas siendo atraído por mis Némesis. Ella era la versión de Helena en la nueva escuela. Solo que, mientras yo y Sabrina éramos las populares, el juego dio un giro: yo pasé a ser la nerd, y Sabrina, la desplazada. Bianca hacía el papel de la chica popular desagradable, como en las películas americanas. Cuando llegaste a estudiar con nosotros, era como si ella supiera lo mucho que me gustabas. Me daba rabia cada vez que se inclinaba sobre tu mesa y casi te restregaba las tetas en la cara. Apuesto a que ella sabía que me gustabas. Probablemente Camila, la hermana mayor de Sabrina, lo haya comentado con alguien de su clase.

—No sabía eso.

—¿Y te sigues riendo?

—¿Qué más quieres que haga? No puedo cambiar el pasado. Ella era bonita. Tenía un buen culo, igual que tú. Se estuvo insinuando hacia mí y me dio la oportunidad de tener sexo con ella. ¿Querías que la rechazara?

—¡Sí!

—Ah, Jeniffer, basta... Solo fue sexo.

—¡Con Bianca! —Torcí los labios—. ¿Y estuvo bueno?

—Depende de tu definición de "bueno". —Estacionó frente a la casa de sus padres y sacó la llave del contacto.

—¿A qué te refieres?

—Tomando en cuenta los nervios por ser la primera vez, el riesgo de que nos descubrieran y toda la inexperiencia, fue bueno.

—¿Tan bueno como nuestro primer beso?

—¡Nuestro primer beso fue horrible!

Me enfadé, pero tenía razón. Nuestro primer beso realmente había sido terrible. Demasiada saliva, manos torpes, movimientos descontrolados, todo regado con mucha inexperiencia y una audiencia de compañeros observando, lo que no ayudaba en nada.

—Está bien.

—¿Y con quién fue tu primera vez?

—Con un tipo que tiene el mismo nombre que el tuyo. No fue bueno. Mucho peor que nuestro primer beso, porque el dolor fue insoportable. Mejor ni hablemos de eso, no me gusta mucho recordar. No fue uno de los mejores noviazgos que tuve, era bastante abusivo. Él quería saber con quién estaba todo el día, amenazaba a los chicos que se acercaban a mí. Una vez, pensé que iba a golpear a Bernardito solo por las tonterías que el chico me decía en broma.

—Cuando estuve en São Paulo, recuerdo que Fabián comentó que estabas saliendo con un tipo raro que decía ser futbolista, pero no sabía jugar ni al ping pong.

—Sí, mentía sobre muchas cosas y nunca sabía qué era verdad y qué no. Yo solo tenía dieciséis años y él más de veinte, solo y sin ayuda. Fue difícil salir, pero lo logré.

—Ahora estoy aquí contigo y nunca te voy a hacer daño.

—Espero que no. —Lo miré seria, pero mi expresión pronto se transformó en una sonrisa.

Se inclinó sobre el asiento para acariciar mi rostro y me dio un pequeño beso cariñoso antes de alejarse de nuevo.

—¿Lista para conocer a mis padres?

—Dijiste que serían amables conmigo.

—Lo serán. —Leonardo salió del coche y rodeó el vehículo para abrirme la puerta.

Me llevó hasta la acera y observé la casa, que no estaba muy diferente a los tiempos de la escuela. El muro, que antes tenía propaganda electoral de su padre, ahora estaba pintado de verde y lleno de grafitis. El portón seguía siendo gris, bajo un pequeño techo hecho con tejas coloniales. Leonardo sacó una llave del bolsillo, abrió el portón y me indicó con la mano que diera un paso al frente.

—Las damas primero —susurró, y entré, un poco tímida.

Nunca había estado dentro de su casa en los tiempos de la escuela, ni siquiera para hacer algún trabajo. No sabía si lo que veía allí era igual o diferente a lo que recordaba de esos años. Sin embargo, sentí una cierta nostalgia en mi pecho. La Jeniffer adulta y madura estaba visitando constantemente a la adolescente en sus recuerdos. ¿Quién diría que el chico que me gustaba en la escuela terminaría siendo mi novio casi quince años después?

En cuanto entramos a la sala, con dos sofás grandes y una televisión encendida con el "Jornal Nacional", una mujer vino a recibirnos. No parecía tener una edad muy diferente a la de mis padres, unos cincuenta o sesenta años. Su cabello estaba teñido de castaño oscuro y la raíz ya empezaba a volverse blanca; sus ojos eran marrones y su forma me recordaba a los de Leonardo. Era alta, bastante alta en comparación conmigo, y mantenía una sonrisa que no me terminó de convencer.

—Hola, mamá, ella es Jeniffer, mi novia.

—¡Ah, hola! —Me extendió la mano y yo la estreché.

—Un gusto conocerla, señora.

—Llámame Marta.

—Gracias, Marta.

—¡Vengan, pasen! Le pedí a Leandro que sacara el asado del horno.

La seguí hasta un comedor, donde la mesa ya estaba puesta. Esperé a que Leonardo se sentara y me acomodé a su lado, todavía demasiado tímida para actuar por mi cuenta.

—Leo me dijo que tú también estudiabas con él en la escuela aquí cerca, cuando eran niños.

¿También? Estaba por preguntar por qué usaba esa palabra, pero me acordé de que Helena había sido la última novia de Leonardo. Probablemente se lo había comentado a sus padres.

—Sí, este mundo es pequeño.

—Siempre le digo lo mismo a mi esposo.

Un hombre entró al comedor con una bandeja de metal que parecía estar bien caliente, porque la sostenía con cuidado sobre una tabla de madera con la ayuda de un paño. Tenía una altura similar a la de Leonardo, y los contornos de su rostro me recordaban a los de su hijo. Leo era más guapo, pero supongo que la edad influía mucho. El cabello blanco desentonaba un poco con la imagen del cartel de concejal que tenía en la mente.

—Bienvenida, jovencita.

—¡Gracias!

—Tengo jugo, refresco y cerveza, ¿qué te gustaría tomar? —Marta fue a un lugar que imaginé que era la cocina.

—Jugo, por favor.

Leonardo apretó mi muslo bajo la mesa y me sonrió. Hasta ese momento, todo parecía estar yendo bien.

La mujer volvió y me entregó un vaso lleno, luego puso la jarra con lo que parecía ser limonada sobre la mesa.

—Creo que ya podemos servirnos —dijo Leandro, el padre de Leo, mientras tomaba un plato de la pila y destapaba la primera olla que contenía arroz.

Esperé a que Leonardo hiciera lo mismo antes de servirme. Por más amable que su madre pareciera ser conmigo, sentía que me observaba en cada uno de mis movimientos.

Corté un pedazo de carne y me lo llevé a la boca, masticando en silencio.

—No imaginé que Leonardo encontraría otra novia tan rápido.

—¿Por qué, mamá?

Sentí un escalofrío, presintiendo que se arrepentiría de haber hecho esa pregunta.

—Helena me llamó, ¿no pensabas contarme que voy a ser abuela?

—¿Abuela? —Leandro abrió los ojos.

Me di cuenta de que los padres de Leonardo no sabían nada sobre el embarazo de Helena, y de repente, la idea de haber ido allí me pareció horrible. Leo se puso algo pálido a mi lado y me contuve para no negar con la cabeza.

—¿Por qué Helena te llamó, mamá? —Él apretó los dientes y clavó su mirada.

—Ella era mi nuera hace unas semanas. Conversábamos, y seguimos siendo amigas. Helena me llamó esta mañana y me contó que está embarazada de ti, hijo.

Cuando Marta dijo que ella y Helena eran amigas, vi cómo se desvanecía mi oportunidad de acercarme más a la madre de Leonardo. Helena no era solo una ex tratando de volver con el tipo que me veía como la principal amenaza a eso, era una mujer que me odiaba desde la escuela, independientemente de la existencia de Leonardo.

—Tienes que hacerte cargo de ese niño, Leonardo.

—¡Lo sé, mamá! —Él puso los ojos en blanco, claramente molesto por la presión de ella—. Helena sabe bien que no voy a abandonar al niño, ya se lo dije.

—Pero Helena se siente sola. Los primeros meses de embarazo son muy difíciles.

Miré al padre de Leonardo, que seguía comiendo como si nada estuviera pasando. Traté de hacer lo mismo, pero me sentí muy incómoda con la situación. Tal vez no me había preparado para el peor desenlace posible.

—Mamá, no voy a volver con Helena. Estoy con Jeniffer ahora y la amo. En cuanto al niño, seré el padre que debo ser.

—¿La amas? ¿Cuánto llevan juntos? ¿Una semana? ¿Cómo puedes decir que la amas, hijo?

¿Será que se olvidaron de que yo estaba allí? Intenté tener paciencia y fingir que no escuchaba nada, pero simplemente no pude.

Empujé la silla hacia atrás y me levanté de la mesa. Salí en silencio por el mismo camino por el que había entrado, mientras buscaba mi celular para pedir un conductor de alguna aplicación que me llevara a casa, ya que no tenía coche.

—¡Espera! —Leonardo me agarró del brazo—. ¿Adónde vas?

—Me voy, perdón, pero...

—No tienes que disculparte. —Tomó un mechón de mi cabello y lo metió detrás de mi oreja, antes de darme un besito—. La culpa no es tuya, mi mamá dijo un montón de cosas sin pensar.

—Ella tiene razón. Vas a ser el padre del hijo de Helena. —Sentí un sabor amargo en la boca al decir esa frase. La realidad era perturbadora. Pensé que podría enfrentarme a eso sin muchos problemas, pero me di cuenta de que estaba muy equivocada. Sería difícil y me dolería mucho más de lo que quería.

—Lo voy a hacer, pero ya habíamos hablado de que eso no nos iba a separar. Yo cometí un error al estar con ella, desde que te vi con ese chico en la fiesta. Perdí la cabeza, cometí una estupidez. Cometí otra estupidez hace dos años cuando ella reapareció, queriendo volver a estar conmigo. Es una idiotez, una estupidez, pero estando cerca de ella, sentía vivas las memorias de lo que tenía contigo. Así que, si alguien tiene la culpa de algo, soy yo. Perdona, si hubiera sabido que mi madre iba a decir eso, no te habría traído aquí. Entiende una cosa, Jeniffer. Estoy tan feliz de estar contigo que no quiero escondérselo a nadie.

—Creo que con mis padres el domingo será un poco menos raro, ya que ellos no saben que vas a ser el padre de otro hijo.

—Pensaba que sería tan jodidamente feliz cuando me enterara de que iba a ser padre, pero ¡por Dios! No de esta manera.

—No va a ser fácil conciliar todo, porque Helena va a hacer todo lo posible para separarnos. Seguro que va a usar al niño para

hacerlo.

—Lo sé. —Bajó la cabeza, pero siguió acariciando mi rostro—. ¿Me prometes algo?

—¿Qué?

—Que nunca vas a irte de mi lado, no importa lo que pase. La idea de perderte de nuevo me aterra, Jeny.

Me sorprendió y me conmovió su declaración. Esa frase sonó en mis oídos como una promesa: no importaba lo que pasara, encontraríamos la manera de estar juntos. Durante nuestra adolescencia, nuestros obstáculos fuimos nosotros mismos, tal vez juntos podríamos enfrentarnos a Helena y a cualquier otro desafío.

—¡Leo! —Marta apareció en la entrada del salón y llamó nuestra atención.

—¿Qué pasa mamá? —Él la miró con cara de pocos amigos. Estaba furioso con ella. Yo, en su lugar, también estaría igual de molesta.

—Perdón, hijo. No quería haber arruinado la cena.

—Deberías haber pensado antes de decir esas cosas delante de Jeniffer.

—Lo siento. —Movió la cabeza para mirarme y esbozó una ligera sonrisa.

—Está bien. —Le devolví la sonrisa.

Soy del tipo de persona que guarda rencor, que remueve las cosas que me duelen e incomodan, pero decirle a la madre de Leo que probablemente estaría molesta durante un tiempo no sería lo ideal para mejorar la situación entre nosotras.

—Vuelvan a la mesa, por favor.

Leonardo me miró, buscando mi aprobación, y asentí. Había ido allí para cenar con sus padres y no me iba a morir por terminar de comer, ya que el momento incómodo había pasado, o al menos eso pensaba.

Terminamos la cena casi en completo silencio. Supongo que la madre de Leonardo prefirió no arriesgarse a decir algo que no debía y molestar aún más a su hijo. El ambiente fue horrible, solo habría empeorado si Helena hubiera aparecido a cenar con nosotros. Lo cual, afortunadamente, no ocurrió, porque no habría podido quedarme sentada en la mesa con cara de póker mientras ella aún estuviera allí, mirándome con desprecio, como si Leo fuera su hombre y yo estuviera en medio de ellos. Para empezar, él era mío, no tenía la culpa de la obsesión de ella por intentar robar lo que me pertenecía.

Le pedí a Leonardo que me dejara en casa después de la cena. Tras el ambiente horrible que hubo, no tenía ganas de tener sexo y preferí no dormir con él. Leonardo pareció entender y no puso objeciones. Creo que ni él estaba preparado para lo que su madre dijo. Probablemente había decidido no contarles por el momento sobre el embarazo de Helena. Pero, como siempre, ella se había interpuesto en nuestros planes.



Diecinueve

Pasé el sábado en casa, ayudando a mi mamá y a mi hermana con la limpieza, y cuando terminé, me fui a mi cuarto a acabar el libro que estaba leyendo.

—¿Jeniffer? —Mi papá tocó la puerta poco después de que me acomodara en la cama.

—¡Hola, papá!

—Tu novio viene mañana, ¿verdad?

—Sí, va a almorzar aquí.

—Voy a salir a comprar algunas cosas y estaba pensando en hacer tropeiro[3], ya que te gusta tanto.

—Tropeiro está perfecto, papá, gracias.

—¿Sabes qué tipo de cerveza toma?

—Ni sé si él toma cerveza, papá. No tienes que preocuparte por eso. Le pido que traiga, si le gusta algún tipo diferente de la que tomas.

—Pero puedo comprarla, hija.

—No te preocupes por eso. —Le sonreí, y mi papá pasó las manos por su cabello blanco, incómodo. Intentaba complacerme, pero no estaba segura de querer sentirme bien después de la catastrófica cena de la noche anterior. Leo no tenía la culpa del comportamiento de su madre y no debía castigarlo por eso, pero yo todavía estaba molesta. Se me debería pasar pronto, eso esperaba.

—Está bien, cualquier cosa me avisas.

—Gracias, papá.

Él salió por la puerta y me dejó sola.

Sabrina:

¿Y qué tal? ¿A los padres de Leo les gustaste?

Jeny:

¡Nada! ¬¬ Fue un desastre. Helena le contó a la mamá de Leonardo que está embarazada, y ya te imaginas el circo que armó la mujer.

Sabrina:

Qué mierda, amiga. ¿Y qué pasó?

Jeny:

Casi me voy, pero Leo arregló la situación.

Sabrina:

¡Vaya! Qué tenso. ¿Pero están bien?

Jeny:

Sí. Solo quedó claro que va a ser un dolor de cabeza lidiar con el hecho de que ellos van a tener un hijo juntos. No importa cuánto odie a Helena, no puedo interponerme entre Leo y ese niño.

Sabrina:

¿Te arrepientes de haber terminado con Pedro?

Jeny:

No, amo a Leonardo. Pero con Pedro las cosas eran mucho más fáciles. No tenía que preocuparme por compartirlo con nadie, su familia me adoraba, y él siempre estaba disponible para mí.

Sabrina:

Necesitas decidir qué quieres antes de que sea demasiado tarde.

Jeny:

Quiero a Leo, pero odio con todas mis fuerzas que haya embarazado a Helena. Él es el hombre que siempre quise, pero todo es demasiado bueno para ser verdad.

Sabrina:

Nada es perfecto, amiga. Cálmate. Quizás en algún momento Helena se dé cuenta de que no va a poder quitártelo de encima y se enfoque solo en el niño. Porque ya no se puede usar un hijo para retener una relación.

Jeny:

¿Tú crees?

Sabrina:

Es la esperanza. Bueno, me voy con Flavia.

Cualquier cosa me llamas. Cuídate. Te quiero.

Jeny:

Gracias, amiga. Yo también te quiero.

Estaba a punto de poner mi celular sobre la mesa cuando empezó a sonar. Me sorprendió ver que era el número de Leo. Aunque él tenía mi celular desde que empezamos a trabajar juntos, nunca me había llamado, y no esperaba que lo hiciera.

—Hola... —respondí con voz baja y llena de dudas.

—Jeny, ¿estás bien?

—Sí.

—No hablaste conmigo hoy, ni me enviaste un mensaje, me preocupé.

—Estoy bien. Estoy esperando que vengas mañana. Mi papá ya preguntó qué tipo de cerveza tomas, para comprarla en el supermercado.

—No tiene que preocuparse por eso. —Noté que su tono se relajó un poco.

—Eso fue lo que le dije.

—¿No quieres verme hoy? Puedes venir a mi apartamento y pasamos la noche viendo películas o maratoneando alguna serie.

—¿Solo ver algo?

—Juntos, en mi cama... —Su voz sonó traviesa.

—Leo...

—Déjame ir a buscarte.

—Pero nos veremos mañana.

—Eso no nos impide estar juntos hoy.

—Está bien. Voy a tomar una ducha y meter algunas cosas en el bolso.

—¡Perfecto! Te recojo en cuarenta minutos. —Cortó la llamada sin darme oportunidad de retractarme.

Me levanté de la cama, elegí una falda y una camiseta en mi ropero, y me fui al baño. Estaba caminando sobre cáscaras de huevo con Leo, pero sentía que no tenía que hacerlo. Él me amaba, siempre lo había hecho, igual que yo a él. Eso tenía que ser suficiente para enfrentar a Helena metiéndose entre nosotros.

—¿Vas a salir? —Patricia se paró frente a mí cuando salí del baño secándome el cabello con la toalla.

—Sí. Me voy a casa de Leo.

—¿Vas a dormir allá?

—Eso pretendo.

—Cuidado con no quedar embarazada también.

—¿También? —Levanté las cejas.

—Estaba usando tu laptop, dejaste el WhatsApp abierto. Vi sin querer una conversación con Sabrina. ¡Caramba! ¡Justo Helena...! —Mi hermana puso cara de asco. Sabía bien lo mucho que odiaba a esa mujer.

—¡Lo sé! Deberías respetar mi privacidad y no leer mis conversaciones —le grité.

—Ya te dije que fue sin querer.

—No comentes esto con nadie por ahora. No quiero que la primera vez de Leonardo en casa sea traumática. Lo de si él tiene o no un hijo con otra mujer no tiene que salir a la luz, ¿de acuerdo?

—Ni siquiera recuerdo de qué estábamos hablando. —Se encogió de hombros—. Eso es problema tuyo, pero creo que podría ser una mierda.

—Ya lo está siendo. —No tuve problema en confesárselo a mi hermana. A pesar de la diferencia de casi una década, siempre habíamos sido buenas amigas.

—Yo volvería con Pedro.

—¡Paty!

—Solo hice un comentario inocente. —Levantó las manos en señal de rendición—. Solo sé que él es tierno y te ama.

—Leo también me ama.

—Si tú lo dices...

—Tu sarcasmo no me ayuda en nada, ¿sabías?

—Para eso estoy. —Me mandó un beso y entró a su cuarto.

Negué con la cabeza y bajé a esperar a Leonardo en la puerta. Antes pasé por la sala, donde mis padres estaban viendo una novela, para avisarles que saldría y probablemente pasaría la noche fuera. Ellos solo fruncieron el ceño, pero no dijeron nada, solo un "buenas noches". No les gustaba que pasara la noche con un novio, sin importar quién fuera, pero dejaron de pelear cuando se dieron cuenta de que eso no influía en mis decisiones. Ya tenía casi treinta años y podía decidir por mí misma lo que quería hacer o no.

Por la cámara del interfono vi a Leonardo estacionando su coche frente a la puerta de mi casa, así que fui hasta la calle a encontrarme con él.

—¡Buenas noches, amor! —Me saludó con una sonrisa cuando abrí la puerta del copiloto.

No pude evitar sonreír. Era la primera vez, después de tantos años, que me llamaba "amor". Podría parecer tonto, pero eso me demostraba lo mucho que nuestra relación estaba avanzando.

—¡Hola! —Me incliné hacia él para darle un besito.

—Entra, porque tenemos que llegar a mi edificio antes de la pizza.

—¿Pizza? —Levanté las cejas mientras me acomodaba en el asiento y me ponía el cinturón.

—Es nuestra cena. No me arriesgaría a cocinar para ti. A veces ni yo mismo puedo comer lo que cocino. Con una pizza comprada no hay error.

—Si tú lo dices...

—¿No te gusta la pizza? —Sostuvo el volante con las dos manos y me miró sorprendido.

—Me encanta la pizza.

—Menos mal.

Encendió el coche y yo ajusté el aire acondicionado. Hacía un calor horrible esos días. Menos mal que tenía aire en su cuarto, si no, hubiera preferido tener sexo bajo la ducha otra vez.

Lo observé mientras conducía. Mi mente alternaba entre imágenes de Leonardo adolescente y del hombre de casi treinta años. Aún sentía mariposas en el estómago al pensar en los dos.

Subimos hasta su piso y, en cuanto me detuve frente a la puerta esperando que la abriera, Leonardo puso la mano en mi culo y lo apretó.

—¡Leo! La gente puede vernos.

—Ver, no creo... pero con seguridad van a escuchar esos gritos tuyos.

—Eres terrible.

—Te amo. —Abrió la puerta y me empujó hacia adentro.

Antes de que pudiera detenerme y pensar con claridad, escuché cómo giraba la llave en la cerradura y me jalaba por la cintura, hasta presionarme contra la pared de la sala.

—Moría de ganas de verte. —Me lamió la oreja y mi cuerpo entero se estremeció.

—Yo también. —Deslicé los dedos por su nuca y tiré de su cabello, acercando su boca a la mía.

El sabor de sus labios era mágico, y su olor me embriagaba. Quería más, siempre quería más de él. Me perdí por completo en el vaivén de nuestras lenguas y logré olvidarme de la existencia de Helena y de su embarazo. Leo me apretó la cintura y los muslos, y

solté un jadeo cuando mis piernas temblaron con el calor que sus caricias iban despertando en mí.

Me subió la camiseta y levanté los brazos sin apartar los ojos de los suyos, dejándolo que me la quitara y la arrojara sobre el sofá. Pasó la lengua sobre la curva de mis tetas y eché la cabeza hacia atrás, golpeándola contra la pared. Cualquier dolor que pudiera haber sentido quedó sepultado por el placer.

Leo estaba por quitarme la falda cuando el intercomunicador empezó a sonar.

—¡Mierda! —murmuró entre dientes.

—Debe ser la pizza.

—Supongo que sí. Voy abajo a buscarla. Tú, quédate bien quietita aquí. —Me dio un beso rápido antes de abrir la puerta y salir del departamento.

Todavía con las piernas flojas, me dejé caer en el sofá, sintiendo el peso del cuerpo rendido.

No pasó mucho tiempo hasta que Leonardo volvió con la pizza y una botella de refresco. La dejó sobre la mesa y se subió encima mío en el sofá, como un felino a punto de lanzarse al ataque. La forma en que siempre me miraba, como si pudiera leer mi alma, era algo que me volvía loca. Leo sujetó el brazo del sofá, tomó mis labios con los suyos y me mordió la boca, lamiéndola después, encendiendo mi cuerpo entero.

Le quité la camisa y la tiré al suelo, rascando con las uñas sus hombros hasta la línea de la cintura. Deslicé mis talones por sus pantorrillas mientras él se abría la bermuda. Podríamos ir con calma en otra ocasión. Entre mis piernas todo ardía con desesperación, la necesidad era tan intensa que sentía que iba a derretirme por dentro.

Leo me bajó la tanguita de un solo tirón, con tanta agilidad y fuerza que pensé que la iba a romper. Subió mi falda hasta enrollarla en mi cintura y me jaló por los muslos, marcando sus dedos en mi piel hasta que acomodó mis caderas en medio del sofá. Sacó un condón de su bolsillo y se lo puso en un abrir y cerrar de ojos.

Sin calma ni ternura, como si hubiera pasado una eternidad sin tener sexo conmigo, Leo sujetó mis caderas y me penetró con fuerza, con una embestida firme que me hizo retorcerme y gemir alto. Tal vez debería haberle pedido que tuviera cuidado, pero me gustó demasiado. Quería más. Se inclinó sobre mí, encajado perfectamente en mi vagina, y volvió a besarme.

Se movía con tanta presión y rapidez que su cuerpo crujía cada vez que chocaba contra el mío. Hundí las uñas en su espalda y lo apreté contra mí, disfrutando de su pecho rozando mis tetas. Leo tiró de mi cabello, lamió mis labios y volvió a meter su lengua en mi boca, silenciando parte de mis gemidos.

Pensé que iba a explotar con la intensidad salvaje de las sensaciones que me envolvían. Cuanto más me apretaba y me mordía, más quería que siguiera haciéndolo. Cada vez más rápido, cada vez más profundo. Podía sentir toda la extensión de su verga mientras salía y entraba dentro mío.

—¡Estás deliciosa! —Tiró de mi cabello para morderme el cuello.

Salió de mí de pronto y no entendí por qué.

—¡Date vuelta! —ordenó, con una voz firme y extremadamente sensual.

Obedecí sin dudar, sintiendo un escalofrío cuando mis ojos se cruzaron con los suyos. Apoyé las manos en el brazo del sofá y Leonardo alzó mis caderas, dejándome en cuatro, completamente a merced de sus deseos, y yo me moría de ganas por ellos. Me dio una nalgada fuerte que resonó, y solté un pequeño grito. Me apretó

de la cintura y volvió a metérmela. Su cuerpo se estrellaba contra mi culo con entusiasmo y desenfreno. Cuando enredó los dedos en mi cabello y tiró hacia atrás, sentí que me quedaba sin aire. Todos mis sentidos se perdieron en el éxtasis brutal del sexo.

Le entregué mi cuerpo a un Leo sin vergüenza y hambriento, que me devoraba con ganas. Y lo mejor de todo es que lo estaba disfrutando. Mis gemidos se intensificaron y, cuando me di cuenta, acabé de forma escandalosa. Solo esperaba que todos sus vecinos se hubieran ido a pasar la noche del sábado a otro lugar. Leonardo buscó su orgasmo y no tardó en acabar también.

Todavía tenía las manos en mi cintura y seguía dentro de mí cuando su celular empezó a sonar.

—¿Quién será?

—Dejémoslo sonar... —Su voz era ronca y débil. Aún se estaba recuperando.

Me dejé caer sobre el sofá y Leo se recostó encima de mí, pero el celular no dejaba de sonar. Ya debía de ser la tercera llamada.

—Debe ser importante.

—Lo importante está aquí. —Me besó el hombro.

Fuera quien fuera, seguía insistiendo, hasta que Leonardo bufó, furioso, y se apartó de mí.

—Juro que, si es una venta de servicios, mato a alguien. —Se quitó el condón y agarró el teléfono—. ¿Qué pasa, Helena? Estoy ocupado.

Me congelé al escuchar su nombre y el deseo se evaporó de golpe, como agua en sartén caliente.

—¿Qué? ¿Cómo? —Su expresión pasó de molesta a completamente preocupada, y me senté en el sofá, tensa.

—¿Qué pasa?

Leo extendió la mano para que esperara y solo escuchó lo que Helena decía del otro lado. Eso me generó una angustia y una desesperación horrible. Por su mirada, supe que nuestra noche de películas y sexo se había ido a la mierda.

—Está bien, Helena. Voy a buscarte para llevarte al hospital.

¿Hospital? Abrí los ojos como platos. *¿Qué habría hecho?*

—¿Qué pasó? —Me levanté y me planté frente a él.

—Helena tuvo un sangrado y está preocupada por el bebé.

—Ve a ver qué pasa. —Le tomé el hombro y le sonreí, haciendo uso de todo el altruismo que me quedaba. Pensar en el bebé me ayudaba a no desearle el mal a Helena.

—¿Estás segura?

—Eres el padre, Leo. Tienes que ir. Voy a pedir un coche y vuelvo a mi casa.

—Pero íbamos a pasar la noche juntos.

—Tu noche tiene otras prioridades ahora.

—Jeny, yo...

Cubrí su boca con la punta de los dedos, impidiéndole terminar de hablar. Lo que sentíamos al respecto no importaba en ese momento.

Leonardo abrió un cajón del mueble y me entregó una llave.

—Puedes quedarte en el apartamento el tiempo que necesites. Esa llave es tuya. Siéntete como en casa. —Me dio un beso corto, antes de vestirse y salir.

Me quedé parada una eternidad mirando la llave en mi mano. Ningún novio me había dado la llave de su apartamento antes. Eso me hizo sentir incómoda y confundida. Por más que nos conociéramos desde niños, llevábamos saliendo oficialmente hace poco más de una semana. No esperaba ese nivel de confianza.

Fui al baño y me di una ducha rápida antes de ponerme la ropa. Estaba nerviosa por la situación con Helena; podía ser algo grave y no quería que le pasara nada al hijo o hija de Leo, por más que odiara a la madre. Por otro lado, conocía lo suficiente a Helena como para saber que era capaz de hacer eso solo para tener a Leo cerca.

Tenía hambre, así que decidí comer un poco de la pizza antes de irme. Me senté a la mesa con un plato y cubiertos que había agarrado en la cocina y saqué el celular.

Jeny:

¿Estás ahí?

Sabrina:

Amo a Flavia, pero su familia, ¡puta madre!

Jeny:

¡¿Qué pasó?!

Sabrina:

Esas fiestas familiares horribles donde siempre hay algún imbécil que jode a las lesbianas.

¿Y tú? ¿No deberías estar teniendo sexo con Leo hasta quedar dolorida? ¿O ya te echaste para atrás y ni empezó bien la noche?

Jeny:

Estábamos teniendo sexo hasta que Helena llamó a Leo. ☹

Sabrina:

¿En serio dejó que esa perra les arruinara el polvo así? ¡Qué imbécil!

Jeny:

Llamó diciendo que estaba sangrando.

Puede ser algo grave. Le dije que fuera.

Sabrina:

Así cualquiera se la pone fácil.

Jeny:

¿Qué querías que hiciera?

No quiero que pierda al bebé por mi culpa.

Sabrina:

Para ti, no sería la peor cosa del mundo.

Jeny:

¡Qué horror, Sabrina! Ni siquiera puedo imaginar algo así.

Lo único que quiero es que Helena no joda demasiado a Leo ni a mí.

Sabrina:

Solo si pasa un milagro. Porque conociendo bien a esa tipa, te va a perseguir hasta en el infierno.

Jeny:

Gracias por recordármelo.

Sabrina:

La sinceridad es una parte fundamental de nuestra amistad.

Jeny:

Ya, voy a volver a casa y hablamos después.

Guardé el celular en cuanto terminé el pedazo de pizza. Lavé el plato y los cubiertos que había usado, los dejé en el escurridor sobre la pileta y guardé el resto de la pizza en la heladera, porque no sabía a qué hora volvería Leonardo. Cerré el apartamento y pedí un chofer por aplicación para que me llevara de regreso a casa.

Ya era tarde cuando llegué; todos dormían y ni se dieron cuenta de que había vuelto. Mejor así, porque me iban a llenar de preguntas, ya que había dicho que me quedaría a dormir fuera. Al menos esperaba que, al día siguiente, en el almuerzo familiar, todo saliera bien.



Veinte

Desperté con mi celular vibrando debajo de la almohada. Ni siquiera sabía a qué hora me había quedado dormida, pero agradecí que al menos fuera un sueño sin pesadillas. Realmente necesitaba descansar sin pensar en el drama de Helena con Leo.

—¿Hola? —Atendí sin poder abrir bien los ojos, ni siquiera sabía quién estaba del otro lado de la línea y el sueño no me dejó preocuparme por eso.

—¿Amor?

—Hola, Leo. ¿Todo bien?

—Sí. Abre el portón, estoy aquí en la entrada.

—¿Tan temprano? —Me senté en la cama mientras me rascaba los ojos, y noté que la luz del sol se colaba con fuerza por las rendijas de la ventana, buscando un hueco para inundar la habitación.

—Ya son casi las once de la mañana, Jeniffer.

—¿En serio? —Me levanté estirándome. Miré el celular y vi que tenía razón, faltaban diez minutos para las once.

Me sorprendió que mis padres no hubieran venido a despertarme a gritos diciendo que ya estaba durmiendo demasiado, pero recordé que ni siquiera sabían que estaba en casa.

—Leo, dame cinco minutos para lavarme los dientes y ponerme algo de ropa.

—¿Todavía estabas dormida? —Se rió al otro lado de la línea.

—Sí —confesé, encogiéndome, avergonzada.

—Está bien. Te espero aquí.

—Gracias, amor —dije eso por puro impulso y, segundos después de dejar que se me escapara, me di cuenta de que la palabra flotaba en el aire, resaltando para mí. Llamarlo así dejaba claro lo nuestro, pero *¿por qué seguía sintiendo tanto miedo?*

Me vestí y me arreglé tan rápido como pude. Perdí algo de tiempo alisándome el flequillo, que estaba más rebelde que nunca. Apenas bajé para abrir el portón de la calle, me sorprendió ver a Leo sentado en la sala, conversando de forma relajada con mi papá.

—Ah, ¿ya entraste? —Me rasqué la nuca, avergonzada.

—Sí, tu papá vio mi coche estacionado afuera y vino a ver qué pasaba. Le dije que te estaba esperando y me invitó a pasar.

—¿Por qué dejaste al muchacho allá afuera, hija, en vez de decirle que tocara el timbre? Ya le podrías haber abierto el portón. Ni sabía que estabas aquí, imaginé que entrarían juntos y como tú tienes llave, no me preocupé.

—No se preocupe, señor Vitor. Podía esperar a que Jeniffer bajara.

—Ah, pero no hacía falta.

—Gracias, papá.

Leonardo me extendió las manos y le di un beso corto antes de sentarme a su lado en el sofá de tres plazas.

—Leonardo me estaba contando que trabajan juntos en la empresa, pero que se conocen desde la época de la escuela. En esa escuela de monjas en la que estudiaste de niña.

—Sí, papá —respondí con una sonrisa forzada.

Había dejado a mi novio con mi papá menos de diez minutos y ya había comenzado el interrogatorio. En un rato más, mi papá ya estaría sacando todo el historial emocional y familiar de Leo. Era tan hábil para hablar que pronto Leonardo estaría soltando todo sin darse cuenta.

—Qué interesante. —Fue lo único que dijo mi papá, pero por la expresión en su rostro me di cuenta de que se preguntaba si había terminado con Pedro por causa de Leo, y por la forma en que frunció el ceño y arrugó la frente, supe que había llegado a la conclusión más lógica: sí. Sin embargo, a diferencia de la madre de Leo, mi papá sabía ser mínimamente discreto y no dejó que él notara sus suposiciones.

—Volvimos a reencontrarnos en la empresa.

—Sí, Leonardo me dijo —respondió mi papá mientras se levantaba del sofá y caminaba hacia la heladera que teníamos en la sala—. ¿Quieres una cerveza, un refresco o algún jugo? Hay uno de uva natural que a Jeniffer le encanta.

—Acepto un poco de jugo, por favor.

—¿No tomas alcohol?

—No cuando estoy manejando.

—Está bien que no bebas. La policía anda haciendo controles por todos lados. El otro día, era lunes, salía para el trabajo y me detuvieron para hacerme soplar el alcoholímetro.

Ahí estaba mi papá, sacando temas como si fueran hilos interminables.

Sonreí al ver que Leo interactuaba con él en vez de sentirse acorralado por la avalancha de preguntas y temas sin fin. Eso era bueno, siempre y cuando no se sintiera sofocado y saliera huyendo.

Mi papá le sirvió un vaso de jugo y se lo entregó mientras abría una lata de cerveza para él.

—Jeniffer es una arquitecta muy talentosa, siempre han elogiado su trabajo.

—Lo sé —Leo me guiñó un ojo y sonrió. Entendí el "buena" en su mirada y mis mejillas se sonrojaron—. En la empresa también la elogian mucho. Muy pronto podrá visitar un centro comercial entero diseñado por su hija.

—Sí, ella me lo contó —dijo mi papá con una gran sonrisa, orgulloso.

—¡Hola! —Mi hermana llegó a la sala saludando con la mano, acompañada de su novio—. Soy Patricia.

—La hermana menor de Jeniffer —Leo le extendió la mano.

—Sí.

Mi mamá llegó después de ellos, y pronto Leo estaba rodeado por toda mi familia. Pero, para mi sorpresa, él se mostró tranquilo y cómodo. Mi familia fue como siempre: habladora, entrometida y demasiado comunicativa, pero en ningún momento fueron agresivos con Leonardo, ni dijeron cosas que era mejor que no escuchara.

Después del almuerzo, Leo y yo nos sentamos en un columpio en la galería, mientras yo disfrutaba de un recipiente con brigadeiro que había sobrado del postre que preparé ese día.

—Son buena onda.

—Hablan demasiado.

—Creo que ya venía preparado para eso.

Entrecerré los ojos, mostrándole los dientes, y Leo se rió. Como solía decir una prima mía: *no era culpa mía, lo heredé*. Si yo hablaba tanto, todo el tiempo, era culpa de mi papá.

Leo abrió la boca y le metí una cucharada de brigadeiro.

—Cocinas muy bien. Qué bueno que no tendré que preocuparme por eso.

—¿Estás pensando en clases de cocina?

—Pensaba más bien en que tú cocines para mí. —Mordió su labio con picardía.

—¡Qué atrevido! —Le di un golpe en el pecho con ambas manos, haciendo que Leo se recostara hacia atrás hasta apoyar la espalda en el respaldo del columpio.

—Puedo darte un masaje como compensación después.

—¿Un masaje, eh? —Puse la mano sobre su muslo y me incliné sobre él hasta acercar mi boca a la suya.

—Sí. —Luego lamió un poco más arriba de mi mentón, probablemente quitando el chocolate que me había ensuciado—. Soy muy bueno con las manos.

—Eso lo sé. —Le mordí la oreja antes de volver a acomodarme en el asiento del columpio.

Me quedé mirándolo y, de repente, el ambiente de coqueteo que teníamos desapareció y recordé a Helena, a Leo teniendo que salir a las apuradas para ver qué pasaba con ella, lo que arruinó toda la noche que habíamos planeado para nosotros.

—¿Qué pasó con Helena y el sangrado? ¿Está bien el bebé?

—Helena y el bebé están bien. Su embarazo está recién empezando, solo tiene seis semanas. El embrión todavía se está acomodando en el útero, por eso fue ese pequeño sangrado. El médico dijo que solo debemos preocuparnos si vuelve a pasar.

—Qué bueno. —Logré sonreír. Realmente me sentí aliviada. No quería que le pasara nada al bebé y que terminaran echándome la culpa a mí.

—Olvidémonos de ella por ahora.

—Está bien. —Asentí y le di otra cucharada del brigadeiro.

—¡Qué delicioso está esto! Aunque menos que tu cuerpo...

—Leo, compórtate.

—No vamos a poder tener sexo aquí, ¿verdad?

Negué con un movimiento de cabeza.

—Qué lástima. ¿Qué te parece dormir conmigo esta noche? Podemos ir a trabajar juntos mañana.

—Todas las veces que intenté ir a dormir contigo, no salieron bien. Creo que prefiero dejarlo pasar esta vez.

—Helena no nos va a molestar otra vez.

—Yo no pondría las manos en el fuego por eso.

—Jeniffer...

—Otro día, Leo.

—Está bien. —Agarró un poco de brigadeiro con la punta del dedo y lo pasó por mi boca antes de darme un beso.



Veintiuno

Llegué a trabajar antes que la mayoría de las personas de la empresa. Solo estaban la señora de la limpieza y un hombre que, si no me fallaba la memoria, era el encargado de la infraestructura y la red de ordenadores. Me había levantado temprano y no encontré tráfico. Me pareció perfecto, porque así podría adelantar algunas cosas antes de que Leo o Álvaro llegaran.

Estaba con los auriculares puestos y tan concentrada en el ordenador que ni noté cuando Leo se acercó.

—Buenos días, amor —dijo, besando la parte superior de mi cabeza.

—Hola, amor —respondí, quitándome los auriculares para poder escucharlo bien.

—¿Dormiste bien?

—Sí, ¿y tú?

—Bien. Solo me faltaste tú en la cama para que mi noche fuera perfecta, pero te imaginé ahí.

—Qué bueno.

—¿Puedes imprimir algunas especificaciones técnicas? Quiero hacer unos cálculos sobre lo que proyectaste antes de pasarle la lista de materiales al departamento de compras. Las obras empiezan en dos semanas y todo tiene que estar listo.

—Solo dame unos minutos.

—Está bien. Llévalas a mi oficina.

—Claro.

Mandé a imprimir algunos planos y diagramas, y me tomó unos minutos tener todos los papeles en la mano. Los puse en una carpeta y me preparé para llevarla a la oficina de Leonardo. Crucé el pasillo y toqué la puerta, pero como nadie respondió, entré. Era un poco más pequeña que la sala de proyectos, pero sin la mesa de dibujo, parecía mucho más espaciosa. Había un escritorio con una laptop detrás de una placa que decía "gerente de proyectos", seguido por su nombre.

Como no sabía dónde estaba Leonardo, dejé los papeles sobre el escritorio y vi su celular, que no paraba de parpadear con una luz de notificación y de vez en cuando encendía la pantalla. Parecía que alguien le estaba mandando mensajes sin parar.

No era el tipo de novia celosa ni metida, pero sentí curiosidad. Cuanto más tardaba en aparecer, más mensajes llegaban, y más crecía mi curiosidad. Tomé el celular y vi el primero. Era de Helena, y mis ojos se pusieron en blanco con solo leer su nombre.

Helena:

Fue tan bueno haber estado juntos el sábado. Extraño tenerte tan cerca de mí. Abrazándome y diciéndome que todo va a estar bien. Podemos ser una familia para nuestro hijo, mi amor.

Había varios mensajes como ese, algunos incluso peores. No solía ser celosa, pero sentí muchos celos. Ella tenía un as bajo la manga: el hijo que estaba esperando de Leonardo. Iba a necesitar que él me amara mucho para no dejarse llevar por eso y terminar eligiéndola a ella. Odié sentir ese miedo horrible de perderlo otra vez por culpa de Helena. Esta vez, yo no había hecho nada para provocar eso.

—¿Jeniffer? —Leonardo entró a la oficina diciendo mi nombre, y casi me dio un infarto del susto.

Solté el celular sobre el escritorio y lo miré, cruzando las manos frente al cuerpo, toda avergonzada. Me había agarrado con las manos en la masa y no podía ni imaginar lo que estaría pasando por su cabeza.

—¿Estabas revisando mi celular? —preguntó, parándose a mi lado con una mirada severa.

—No-no. En realidad, lo vi parpadear tanto que lo tomé por impulso. Pero ni siquiera puedo revisar nada si no tengo la contraseña.

Leo dejó de mirarme así y tomó el celular de la mesa. Al verlo, notó la cantidad absurda de mensajes de Helena, prácticamente

rogándole que volvieran.

—No tienes que preocuparte. —Acarició mi rostro con la punta de los dedos—. Eso no va a pasar.

—¿Qué cosa? —Fingí no entender. No quería dejar tan obvio que había leído algunos de los mensajes.

—Que yo vuelva con Helena. Con o sin hijo.

—No es lo que ella piensa.

—Lo que ella piense no importa, Jeniffer. Te quiero a ti, no a ella. Me da igual lo que Helena quiera. Ese hijo lo hice y me haré responsable de él, pero eso es todo.

Me quedé en silencio, no sabía qué decir, y me sentí una idiota después de escuchar sus palabras. Pero era difícil luchar contra ese sentimiento horrible. Una angustia que me decía que podía perder a Leo por culpa de ella en cualquier momento, que cuando él viera a su hijo, todo podría cambiar.

—Te amo, Jeniffer. No lo olvides.

—Yo también te amo, Leo.

Él abrió una sonrisa enorme al escucharme por fin decirlo en voz alta.

—Eso es todo lo que importa. Ahora, vamos a concentrarnos en el proyecto porque, más que nunca, voy a necesitar el dinero.

Asentí y le entregué la carpeta con los papeles.



Veintidós

—Es un novio perfecto, ha hecho de todo para agradarme. —Abrí la nevera y saqué un yogur.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —Sabrina estaba parada en la puerta del living, con los brazos cruzados, mirándome.

—¡Helena! —Tuve ganas de lanzar ese yogur bien lejos, pero me contuve.

—¿Qué hizo esa víbora esta vez?

—¿Quieres? —Agité el yogur en dirección a Sabrina, que negó con un movimiento de cabeza—. A comienzos de la semana le mandaba mensajes a Leo a toda hora, rogándole que volvieran. Ayer

apareció a la hora del almuerzo, con cara seria, y le contó a todo el mundo que Leonardo va a ser papá. No pude mantenerme indiferente, lo intenté. Te juro que lo intenté.

—Le habría dado un puñetazo en la cara.

Me reí de la expresión furiosa de Sabrina mientras volvíamos a la sala, donde la televisión seguía encendida con cualquier película.

—Ganas no me faltaron, pero creo que eso solo empeoraría las cosas. Fabiana, la mujer que trabaja en Recursos Humanos, vino a preguntarme cómo estaba lidiando con toda esta situación.

—¿Y le dijiste que estabas bien? —Tomó el control del estante para elegir otra cosa que ver.

—Le dije que mejor, imposible. Obviamente se dio cuenta de mi nivel de sarcasmo y empezó a hacerme más preguntas. —Hundí la cucharita en el yogur y empecé a revolverlo; ya se me habían quitado por completo las ganas de tomarlo.

Sabrina se reía tanto en el otro extremo del sofá que se estaba retorciendo. Por un momento, quise agarrar un cojín y dárselo en la cabeza. Por suerte para ella, tenía el yogur en las manos.

—Sé que debería fingir que todo está bien, pero simplemente no puedo.

—¿Deberías? Ese niño no es tu problema. Yo, en tu lugar, estaría muy enfadada.

—¡No lo sé, Sabrina! Helena quedó embarazada antes de que Leonardo terminara con ella. Si quiero estar con él, ese niño y Helena van a ser parte del paquete para siempre.

—¡Carajo, amiga! Yo volvería con Pedro.

—No eres la primera persona que me dice eso, ¿sabes? —Me tomé el yogur de un trago y dejé el envase a los pies del sofá, para tirarlo después.

—¿Quién más te lo dijo? —Mi mejor amiga se echó el cabello castaño con mechas rubias hacia atrás.

—Patricia.

—Tu hermana no se equivoca. Las cosas con Pedro eran mucho más fáciles. Al menos sus hijos tenían cuatro patas y no venían con una ex desagradable que te acosa desde la secundaria.

—Pero cuando estoy con Leo...

—Sí, ya sé. Eso del amor, lo sé. No es casualidad que yo siga con Flavia, aunque su familia todavía no acepte que es lesbiana.

—¿Todavía no? Pero si ya llevan más de ocho años juntas. Según recuerdo, ella ya salía con otras chicas antes de estar contigo.

—Para que veas cómo es la gente. Pero dime una cosa, Jeny, ¿soy la única que piensa que toda esta situación es muy rara?

—¿Qué cosa?

—Eso de que Helena aparezca embarazada justo después de que tú y Leonardo empezaron a salir. Parece historia de telenovela.

—Yo también pensé que podría estar mintiendo, pero de verdad está embarazada, porque Leo ya fue dos veces con ella al médico. Está haciendo todos los controles.

—Bueno, no sería la primera vez que alguien finge algo así, pero vamos a ignorar eso y pensar en la posibilidad más lógica: ¿y si ese hijo no es de Leo?

—¿De otro tipo? —Abrí la boca, demasiado sorprendida con esa posibilidad.

—Estaba viendo su Instagram y vi que hay un tipo que le da like a todas las fotos y a cualquier cosa que publica: videos, frases graciosas, lo que sea.

—¿Y eso qué?

—Amiga, nadie le da like a todo lo que uno publica si no entra seguido al perfil. El feed de noticias borra algunas publicaciones. Y sin contar que los comentarios de ese tipo dan a entender que pasa o pasó algo entre ellos.

—¿Estás segura, Sabrina?

—Si tuviera que apostar, diría que ese hijo no es de Leo. Tú misma me dijiste que él siempre usa condón. Ese uno por ciento de posibilidad de embarazo tiene toda la pinta de ser un cuerno.

—Si es cierto...

—Te libras de ella.

—No tengo cómo probarlo para decírselo a Leo. —Me rasqué el mentón, inquieta—. A menos que la enfrente.

—¿Hablar con Helena? Suena como una buena idea.

—Ella va a jurar hasta la muerte que ese bebé es de Leo.

—Haz que meta la pata. Eres inteligente, amiga. Se te va a ocurrir algo.

¿Y si ese hijo no era de Leo? Sería demasiado bueno para ser cierto, pero confiaba en el poder de detective de mi mejor amiga. Que Helena hacía lo imposible por arruinar mi felicidad desde la secundaria no era ninguna novedad, pero mentir sobre la paternidad de su hijo... Eso ya era demasiado, incluso para alguien como ella.

—Llámala. —Sabrina me pasó el celular.

—¿Ahora?

—¡Sí! ¿O prefieres dejar que siga jugando contigo y con Leo?

Me quedé mirando el celular en mis manos y una angustia tremenda se apoderó de mi pecho. Tenía miedo de enfrentar a Helena y que ella estuviera diciendo la verdad, porque eso podría arruinar mi relación con Leonardo. Pero, por otro lado, existía la posibilidad de que me quedara para siempre a merced de su jueguito.

Respiré hondo y enfrenté mis miedos antes de marcar el número desde el cual ella me había escrito después de que Leonardo terminó con ella.

—¡Hola! —No tardó en contestar.

—Hola, ¿Helena?

—¿Jeniffer? —Noté que su tono de voz se puso tenso—. ¿Qué quieres?

—Yo sé que... —Alejé el teléfono de mi oído y puse en silencio la llamada—. ¿Cómo se llama el tipo? —le pregunté a Sabrina.

—Juliano.

—¿Tú sabes qué cosa? —Helena sonaba confundida—. ¿Esto es algún tipo de broma, Jeniffer? Estoy embarazada, no sé si Leo te lo dijo, pero no es bueno que una embarazada se asuste. Le voy a contar sobre tu inmadurez.

—Y yo le voy a contar que te estuviste acostando con Juliano. —Contuve el aire en mis pulmones, más tensa que nunca. Estaba lanzando una acusación sin pruebas. No tenía certeza de nada como para afirmar algo, pero no podía dejar que ella lo notara, o mi plan se iría al carajo. La esperanza era que, si de verdad le estaba mintiendo a Leonardo, en algún momento acabaría confesando.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¿Te volviste loca?

—Estuviste teniendo sexo con Juliano mientras todavía salías con Leo. Lo engañabas sin el menor pudor. Ese hijo que estás esperando es de Juliano, no de Leo.

—¡Jeniffer, estás loca! Estás drogada, seguro. Ese bebé es de Leo.

—Estoy segura de que no. ¡Es de Juliano! Solo dijiste que es de Leo para meterte entre nosotros. No soportas verme feliz y persigues todo lo que es mío desde que éramos niñas. Nunca soportaste que Sabrina fuera mi amiga y no tuya. Por más que quisiste ser popular, siempre te quedaste a mitad de camino.

—¡Estás mintiendo! Solo quieres que Leo abandone a su hijo, pero él es un buen hombre y no va a hacer eso, por más que tú lo fastidies.

—Sabes que, si sigues con esta mentira, la que va a salir perdiendo eres tú. Leonardo jamás te va a perdonar cuando descubra que ese bebé no es suyo. Y Juliano tampoco va a estar nada contento. ¿Eso es lo que quieres? Porque el verdadero padre de esa criatura por lo menos parece tener algo de cariño por ti.

—¿Quién te dijo semejante estupidez? ¿Juliano? ¡Ese imbécil!

—No importa quién me lo dijo.

Sabrina estaba escuchando la conversación después de haber apagado la televisión y se estaba retorciendo de la risa. No era la única que no soportaba a Helena. Por más que ella insistiera en que el bebé era de Leonardo, cuanto más hablaba, más sospechaba yo que Sabrina tenía razón: *ese hijo no era de Leo*.

—¡Dame un respiro, Jeniffer! No voy a quedarme escuchando todas estas estupideces. Ese bebé es de Leo. No ganas nada

inventando teorías idiotas. Quiero ver si él se alegra cuando se entere lo que estás diciendo de mí.

—¿Y tú crees que se va a enojar conmigo cuando pida una prueba de ADN en cuanto nazca ese bebé? Porque yo le pediré que lo haga.

—¡No voy a aceptar eso! ¿Crees que voy a permitir que le hagan una prueba tan ofensiva a mi bebé? Estás muy equivocada. Yo sé quién es el padre de mi hijo, no necesito ninguna prueba para demostrarlo.

—Pues entérate que no voy a permitir que Leonardo registre a ese niño antes de hacer una prueba que confirme o descarte su paternidad. ¿Estás segura de que estás dispuesta a llegar tan lejos? ¿A que te demanden solo para arruinar mi felicidad?

—¡Leo no te va a escuchar!

—Cuando Juliano diga que estuvo metiéndote la verga, ¿cómo crees que va a reaccionar Leo? ¡Furioso! ¿Crees que Juliano va a renunciar así de fácil al hijo que es suyo?

—¡Hijo de puta! ¡No puedo creer que le haya contado a alguien que estábamos teniendo sexo! ¡Maldito obsesionado!

¡Ah, te atrapé!

—Ves que la muy puta sí se estaba acostando con otro —susurró Sabrina bajito, para que Helena no la oyera.

—¿Crees que vale la pena mantener este circo? Leo está conmigo y va a seguir conmigo, sea o no el padre de ese bebé. Pero tú vas a estar mintiéndole a él, a esa criatura que aún no nació, y a Juliano. ¿Quién sabe? Tal vez tú y el verdadero padre de ese niño puedan arreglar las cosas. Podrías ser feliz en lugar de estar jodiendo mi felicidad.

—No quiero que seas feliz —gruñó del otro lado de la línea, y noté cómo destilaba veneno con esa frase.

—¿Nunca pensaste que, tratando de arruinar mi felicidad, solo estás perjudicando la tuya? ¿Por qué tratar de quitarme a Leo, si podrías enfocarte en tener tu propia relación, con alguien que te ame de verdad y no con alguien que se siente atrapado por obligación?

—¡Leo y yo estábamos muy bien antes de que tú aparecieras, zorra de mierda!

—Como él mismo dice, el destino siempre insiste en juntarnos. Era solo cuestión de tiempo. Tú solo perdiste el tiempo yendo tras él. Ya basta, Helena. El odio que nos tenemos desde los tiempos de la escuela tiene que terminar. Cada una debería seguir con su vida. Tú podrías ser feliz con un tipo que te quiera, si dejas de intentar arruinar la mía.

—¿Vas a contarle a Leo, verdad?

—Voy a hacerlo, pero prefiero que se lo digas tú primero.

—Está bien... —Escuché cómo suspiraba antes de colgar.

Me quedé con la boca abierta. Nunca vi tanta ventaja en que mi mejor amiga fuera tan *stalker*. Si no fuera por Sabrina, jamás habría sabido de ese tal Juliano.

—¡Wow! Lo lograste —dijo, aplaudiendo—. No pensé que iba a funcionar.

—Yo tampoco. —Me dejé caer contra el respaldo del sofá, todavía aturdida—. De verdad no tenía idea de que funcionaría. Ni de que el hijo no era de Leo.

—¡Carajo! Ella realmente te odia mucho.

—Espero que se dé cuenta de que eso solo la perjudica a ella.

Incliné el cuerpo hacia atrás, apoyando la cabeza en la pared detrás del sofá. Pensé que ya nada me podía sorprender de lo que Helena era capaz de hacer para joderme, pero ahí estaba ella, superándose. Decir que Leo era padre de un hijo que no era suyo era una locura total.

—¿Qué vas a hacer ahora, Jeniffer? ¿Contarle a Leo?

—Voy a esperar a que Helena se lo diga. Fue ella quien metió la pata mintiéndole. Creo que es ella quien debe contarle.

—¿Y si no lo hace?

—Bueno, si no lo hace, entonces lo haré yo.

—Todavía no puedo creer lo que hizo solo para vengarse de ti.

—Yo tampoco. —Me quedé mirando la televisión, sin ver nada en realidad. Todavía estaba muy sorprendida por todo lo que había pasado.



Veintitrés

La noche del sábado ya había caído hacía algunas horas cuando Leonardo apareció en la puerta de mi casa para que fuéramos juntos al cine.

—Creo que perdimos la función de las siete. —Me dio un beso corto cuando subí al coche y me acomodé en el asiento del copiloto.

—Sí, ya son las siete y media, pero podemos ir a la de las nueve. No hay problema.

—Perdón, es que Helena me llamó a su casa para hablar, dijo que era muy importante.

—¡Ah! —La emoción que había aparecido en mi rostro por verlo desapareció al instante. ¿Será que todo había sido solo una ilusión y nunca iba a poder sacar a esa mujer de mi vida?—. ¿Y qué quería?

—Hablar sobre el bebé.

—¿Pensando en el nombre? —Intenté sonar relajada, aunque por dentro estuviera hecha un manojo de nervios. No sabía si decirle o no lo que había descubierto. Tampoco tenía idea de cómo iba a reaccionar. Ser engañado nunca es algo bueno.

—No. Me dijo que el bebé no es mío.

—¿Entonces lo confesó? Pensé que no lo haría.

—¿Tú ya lo sabías? —Abrió los ojos de par en par—. ¿Cómo lo descubriste? —Me miró serio—. ¿Por qué no me dijiste nada?

—Era solo una sospecha de Sabrina. No quise decirte nada hasta estar segura. Y cuando lo estuve, decidí esperar a que ella misma te lo contara. Después de todo, la mentira vino de ella.

—Todavía no puedo creer que haya sido capaz de hacer eso. —Parecía más tenso y molesto de lo que imaginé que estaría. Íbamos a tener a Helena fuera de nuestras vidas, ¿por qué Leonardo no estaba dando saltos de alegría?

—¿Por qué no pareces feliz al saber que el hijo no es tuyo?

—La idea de ser padre me emocionó, me hice ilusiones y quería al bebé. Estoy frustrado, triste y muy enfadado con ella por haberme hecho esto.

—¿Tú querías ser papá? —Tragué saliva.

—¡Claro que sí!

—Aún puedes tener hijos, Leo.

—Sí, nosotros podemos... —Sonrió de forma forzada y me encogí en el asiento del copiloto.

¿*Nosotros*?

—¿Vamos? Si no, también vamos a perder la función de las nueve.

—¡Sí! Ponte el cinturón. —Arrancó el coche y manejó hasta el centro comercial.

Durante el camino no dijimos una sola palabra. Me quedé pensando en su expresión y en ese dejo de decepción en su voz. Cuando supe que él no era el padre del bebé de Helena, imaginé que iba a estar feliz, que iba a estallar de alegría, pero estaba decepcionado. No tenía idea de que deseara tanto ser papá. Por lo general, ese no es el mayor sueño de un hombre de su edad y con su estilo de vida. Y considerando que Leonardo siempre usaba condón, supuse que se estaba cuidando justo para evitar eso.

—No es que no me alegre saber que Helena no está embarazada de mí... —Soltó lo que llevaba dentro tan pronto bajamos al estacionamiento del centro comercial y tomó mi mano—. Me asusté mucho cuando ella dijo que estaba embarazada, tener hijos no estaba en mis planes, pero cuando me acostumbré a la idea y pasó el pánico, me sentí feliz. Hice un montón de planes, aunque ella no fuera la madre ideal para mi hijo.

—¿Madre ideal? —Levanté una ceja.

—Sí. —Me atrajo hacia él y se detuvo frente a mí, sujetándome por las muñecas—. Quiero tener hijos contigo, Jeniffer.

—¿Hijos? ¿En plural?

—¡Sí! Dos. Soy hijo único y sé cuánto se necesita un hermano. —Acarició mi rostro y yo bajé la mirada hacia sus zapatos de vestir.

Abrí la boca varias veces, pero no pude decir nada. Me sentí algo sacudida por sus palabras. Todavía llevábamos poco tiempo saliendo, cumpliríamos un mes la semana siguiente, y no imaginaba que ya estuviera haciendo planes para tener un hijo conmigo... o mejor dicho, dos. Aunque nuestra relación tuviera sus particularidades, considerando que estuvimos un año juntos en la escuela antes de que él se animara a formalizarlo.

—Podremos disfrutar primero del matrimonio, ¿no? —bromeé, siguiéndole el juego de hacer planes—. ¿Podemos esperar un poco para tener hijos?

—Sí. —Sonrió y su expresión se suavizó un poco—. No tienes que quedar embarazada hoy. Esta vez, sin sorpresas.

—Entonces, está bien. —Sonreí—. Ahora ven, o de verdad vamos a llegar tarde al cine. —Tiré de su mano y lo arrastré hacia dentro del centro comercial.



Veinticuatro

Estaba ansiosa por esa reunión. Después de meses trabajando en ese proyecto, por fin lo presentaría completo ante Álvaro, Roberto y Leonardo. Ese día no los vi por la mañana; estaban en la obra supervisando los trabajos. El centro comercial ya tenía las bases y la estructura de vigas. En unos meses más estaría completamente terminado.

—¿Lista? —Leonardo apareció en mi oficina usando un casco de seguridad. Probablemente acababa de llegar del sitio de construcción.

—Sí, jefe. —Agité el pendrive en el aire.

Me levanté de la silla y seguí a Leonardo fuera de la oficina, rumbo a la sala de reuniones, donde, además de Álvaro y Roberto, estaban el jefe de obra, los inversionistas y otras personas. Me puse algo tensa al verlos, pero la sonrisa que apareció en los labios de Leonardo me hizo sentir más tranquila. Sentí que estaba orgulloso de mí, aunque no sabía si lo decía la parte de él que era mi pareja o la que era mi jefe.

Conecté el archivo en la laptop que estaba al final de la mesa y abrí el plano en 3D del proyecto para que todos pudieran verlo bien.

—Nuestra arquitecta va a mostrarles el proyecto. Mi equipo de técnicos y otros ingenieros ya hicieron todos los cálculos y confirmaron la viabilidad de ejecutar cada punto —comenzó Leo, atrayendo la atención de todos.

Mientras él hablaba, yo iba presentando cada elemento que había desarrollado con su ayuda y el respaldo de informes y especificaciones de otros profesionales. Todos estaban muy entusiasmados por ver el resultado final del centro comercial construido, incluso yo.

—Les pareciste brillante —dijo Leo cuando salimos de la sala de reuniones.

—¡Ella es brillante! —confirmó Álvaro.

—¡Gracias!

—¿Cenamos esta noche para celebrar?

—Sí, Álvaro. —Le sonreí.

Volví a la oficina emocionada, muy feliz con el resultado. Casi ni me acordaba de que había pensado en dejarlo todo por miedo a que lo mío con Leonardo no saliera bien.

Ya casi era el final de la jornada laboral y tomé el celular por impulso para ver si había algo. Abrí los ojos sorprendida al ver llamadas perdidas de Helena y varios mensajes suyos. Ella había desaparecido desde que le confesó a Leonardo que él no era el padre del bebé que esperaba. Supuse que, después de eso, tendría la decencia de no aparecer nunca más, pero *¿qué querría ahora?*

Respiré hondo y me puse a leer los mensajes.

Helena:

Hola, Jeniffer, traté de llamarte, pero como no contestaste, imaginé que estarías ocupada. Hace algunas semanas que vengo pensando en esto. Ayer hablé con Juliano y tomé una decisión. Quiero que seas la madrina de mi Jasmine.

Sé que tuvimos nuestras diferencias, pero tenías razón: dejar de intentar arruinar tu felicidad y concentrarme en la mía me hizo bien. Juliano me ama mucho más de lo que Leonardo me habría amado jamás. Es mejor estar con un hombre que quiero y que me quiere, que con alguien a quien solo quería quitarte. Estamos comprometidos, y hace mucho que no me sentía tan bien.

Aunque a veces me cueste aceptarlo, te estoy agradecida. Gracias por abrirme los ojos sobre lo que realmente era importante para mí.

Espero que aceptes ser la madrina de mi hija, para que podamos empezar un nuevo ciclo sin resentimientos.

¡Besos!

—¿Qué pasa? —Leo se detuvo detrás de mí y comenzó a masajearme los hombros—. ¿Qué hay en el celular que te dejó así de sorprendida?

—Un mensaje de Helena.

—¿Y qué quiere? —Ahora el sorprendido fue él.

—Parece que quiere superar los problemas del pasado. Me pidió que fuera la madrina de su hija. Probablemente quiere que tú seas el padrino. Parece que ella y Juliano se van a casar.

—¡Qué bien!

A pesar de la sorpresa, me alegraba que estuviera feliz. Cuanto más feliz estuviera, menos se metería conmigo. Todavía sentía algo de rencor, pero un nuevo comienzo no vendría mal.

—¿Vas a aceptar?

—Sí. Va a ser bueno ponerle punto final de una vez por todas a nuestra rivalidad. —Solté el celular y tomé la solapa de su camisa al darme cuenta de que mi jornada ya había terminado—. Eres todo mío, ella está con Juliano, que es el padre de su hija. Solo tenemos que seguir adelante y ser felices.

—Eso está muy bien. —Me abrazó por la cintura y me atrajo hacia él—. ¿Y cuándo haremos el nuestro?

—¿El nuestro?

—Sí, nuestro bebé.

—Dijiste que íbamos a poder disfrutar del casamiento primero. Ni siquiera estamos comprometidos todavía.

—Algo que pienso arreglar pronto. —Llevó su boca a mi cuello.

No sé si lo dijo por impulso, pero solo la posibilidad hizo que mi corazón se acelerara.

—¿Vamos a tu departamento a arreglarnos antes de salir a cenar con Álvaro?

—¿A tu departamento, pillín? —Le di un golpecito en el pecho.

—No es para tener sexo, eso puedo hacerlo contigo en el coche. Solo que cada vez que salgo a cenar con Álvaro, él elige esos restaurantes sofisticados, y cuando no me arreglo antes, siempre me siento como un mendigo, sobre todo los días que visito la obra.

—No tengo ropa elegante en tu casa. Apenas tengo un par de pijamas y un cepillo de dientes como mucho.

—No necesitas usar nada... —Se pasó la lengua por los labios con aire travieso.

—¡Leo!

—Está bien, pasamos por tu casa primero.

—¡Entonces vamos ya! —Le tomé la corbata y lo arrastré fuera de la oficina.



Veinticinco

Desperté con Leo besándome el cuello, deslizándome la lengua hasta morderme la garganta. Me encogí por completo con el escalofrío y subí la manta, tapándome el rostro.

—Eso hace cosquillas.

—Eres un encanto.

—¡Tonto!

—Hermosa... —Tiró de la manta, dejándome desnuda sobre su cama—. ¡Levántate!

—¿Por qué? Hoy es domingo, quiero dormir.

—¡Anda, levántate! Quiero llevarte a la obra del centro comercial.

—¿Pero por qué hoy? Mejor hagámoslo durante la semana, sobre todo en horario laboral, que es cuando solíamos ir. Ahora eres mi novio, no mi jefe, Leo.

—¡Deja de quejarte y de dormir tanto, Jeny! Quiero llevarte hoy porque no hay nadie trabajando y no va a estar hecho un caos.

—No me molesta el caos. —Me di la vuelta y abracé una almohada.

—¡Jeniffer, levántate! —Me dio una palmada en el culo y gemí bajito, sin dejar de estar acostada. Saqué un poco la cadera para que me pegara de nuevo, fingiendo que dormía—. No vamos a tener sexo ahora. Levántate y vístete. —Me jaló de los brazos y me giró en la cama antes de hacer que me sentara.

—Eres un pésimo novio. —Hice un puchero.

—¿Porque no quiero tener sexo contigo un domingo por la mañana?

—Por no tener sexo, ni dejarme dormir. ¿Ves lo horrible que eres?

—Ay, Jeniffer... —Se levantó riendo y se quedó de pie junto al marco de la puerta.

Cuando me di cuenta de que no me iba a dejar dormir en paz, terminé saliendo de la cama. Sé que estábamos muy emocionados con el avance de la construcción del centro comercial, pero no había ninguna justificación para querer ir ahí un domingo por la mañana, con tantas cosas más interesantes que hacer en un día libre, como dormir.

Me puse ropa cómoda, ya que iba a tener que caminar por la obra, y me lavé los dientes, atándome el cabello ondulado en una coleta. Cuando llegué a la cocina, Leonardo había preparado el desayuno y me ofreció un vaso de chocolatada con un sándwich caliente. Ya se había acostumbrado tanto a mi presencia en su casa que la chocolatada ahora formaba parte de su lista de compras mensual, al igual que mi té de manzanilla con vainilla.

—Gracias, amor. —Sonreí al darle una mordida al pan y tomar un sorbo de la chocolatada—. ¿Estás seguro de que quieres ir a la obra hoy?

—Sí.

—¿Pero qué quieres hacer allá que no puedas hacer mañana, cuando vuelvas a ser ingeniero y gerente de proyectos?

—Estar a solas contigo.

—Tu cama es mucho más cómoda que un piso de concreto, ¿sabías?

—Y luego el pervertido soy yo. —Negó con la cabeza—. Vamos ya, ¡Jeniffer! Ya preguntaste demasiado.

—¡Está bien! —Terminé aceptando su capricho cuando vi que Leonardo no iba a dejarme en paz hasta que fuéramos a esa obra. No lograba entender por qué tenía tantas ganas de hacerlo hoy, si podíamos ir al día siguiente sin problema. *¿Qué era eso que quería mostrarme con tanta urgencia?* Solo faltaba que quisiera meterme la verga entre los cimientos del futuro centro comercial.

Bajamos al garaje del edificio donde vivía Leonardo y fuimos en coche hasta el terreno donde se estaba construyendo el centro comercial. Estacionó cerca de un pequeño depósito de materiales.

—Voy a buscar algo aquí en el depósito. Entra tú primero para ver cómo va quedando. —Salió del coche con una llave en la mano.

—Todavía es solo un montón de concreto, vigas y cemento. Puedo esperarte aquí. —Crucé los brazos y me apoyé en el lateral del coche.

—Ve tú primero, Jeny. Voy a tardar un poco aquí. Por favor...

Fruncí los labios y lo miré de reojo. Leonardo estaba actuando muy raro.

Está bien, si quería que yo fuera primero, iría. Cuanto más rápido hiciera lo que había venido a hacer, más rápido podríamos volver a casa. La verdad, prefería estar en su departamento sentada en el sofá con los pies en alto.

Fui caminando adelante, hasta lo que parecía ser el esqueleto de una de las entradas que yo misma había diseñado. Aún hecha solo de cemento y vigas, era difícil saber cuál sería. Seguí caminando, sintiendo cómo mi zapato golpeaba el piso de cemento compactado. Me pasé el camino pensando qué era eso que Leonardo quería ver ahí, hasta que vi lo que parecían varios carteles blancos sostenidos por caballetes. Me acerqué más y me quedé boquiabierta al notar que en el primero que miré había una foto mía a los doce años. Me impactó darme cuenta de cuánto había cambiado. No solo a Leonardo le sentaron bien los años. Había fotos que ni siquiera recordaba haberme tomado. Iban desde los doce años, cuando estuve con Leonardo por primera vez, hasta la actualidad, en una foto que nos habíamos hecho juntos en una cena con Álvaro la semana anterior.

Entre confundida, sorprendida y nostálgica, seguí caminando entre las fotos hasta que llegué a la que teníamos juntos y leí, con los ojos llenos de lágrimas, lo que decía el cartel: *hace más de quince años que estoy completamente enamorado de ti*.

Después de las fotos, había un ordenador. Uno viejo, blanco, con monitor de tubo, exactamente igual al que yo tenía a los doce años. Estaba encendido con la pantalla del mismo programa de

mensajería que usábamos para hablar cuando no tenía valor de hablarle en persona. Pero las fotos eran actuales, y el mensaje que él escribió me dejó las piernas temblando.

Leo:

¿Te quieres casar conmigo, Jeny?

Solo me di cuenta de que estaba llorando cuando las lágrimas se acumularon en mis pestañas.

—Esto era lo que necesitaba mostrarte.

Me giré hacia la voz de Leonardo y lo vi caminando hacia mí con un ramo de rosas rojas en las manos. Se detuvo frente a mí, sacó una cajita del bolsillo y la abrió, mostrando dos anillos dorados.

—¿Te quieres casar conmigo, Jeny? —repitió lo que decía en la pantalla del ordenador.

—¡Sí! —Me lancé a sus brazos, entre lágrimas, sollozos y felicidad.

Después de todos mis reencuentros con Leo, era difícil no creer en el destino.


Epílogo

Un año después...

—Todavía no puedo creer que aceptaste ser madrina de la hija de Helena. —Sabrina puso los ojos en blanco y suspiró.

—No solo acepté, sino que tú estás aquí para acompañarme. —Me reí en cuanto ella, Leonardo, Flavia y yo entramos a la iglesia donde se iba a celebrar el bautismo.

—Nuevos comienzos, sin rencor... me convenciste. —Cruzó los brazos.

—No pareces estar sin rencor.

—Perdón, amiga, pero el resentimiento no se va tan fácil.

Flavia y Leo se rieron de la mueca que hizo Sabrina.

—¡Ya llegaron! —Helena salió del altar y vino a saludarnos. Estaba con la niña en brazos, que ya tenía casi seis meses. Era redondita, con unas mejillas que siempre me daban ganas de apretar y unos ojos similares a cerezas oscuras, igualitos a los de su madre.

—¡Hola, princesa! —Extendí las manos y Jasmine se subió a mi regazo.

—Eso, ve con la madrina. Los brazos de mamá están doloridos. —Helena acomodó a su hija en mis brazos y la arrullé con todo

cuidado—. Perdón por no haber ido a su boda a principios de mes. Jasmine estuvo un poco enferma y ni siquiera pude salir de casa.

—No te preocupes. —Leonardo sacó las manos de los bolsillos —. Fue solo una ceremonia que no duró ni diez minutos en el registro civil del centro. Jeniffer no quiso ceremonia en la iglesia, para desesperación de su madre.

—No fue de mi madre, ¡fue de la tuya! —Lo miré seria al recordar el escándalo que su madre había hecho cuando se enteró de que no iba a entrar a la iglesia con su único hijo.

—Sí, mi mamá exageró un poco. Al final, nos convenció de hacer una fiesta.

—Seguro que debió haber sido increíble. —Helena acarició la cabecita de su hija, que estaba dormida en mi hombro.

—Lo fue. —Miré a Leo y suspiré. Estar casada con él, sin duda, estaba siendo la mejor etapa de mi vida, aunque él siguiera siendo mi jefe y, a veces, abusara un poco de la autoridad.

El centro comercial ya estaba listo, pero ya estaba planeando un edificio de oficinas y una pequeña galería de tiendas que se construirían en una ciudad del interior.

El sacerdote subió al altar para comenzar la misa y nos acomodamos en los bancos de adelante, junto con los demás padres y padrinos. Estuve con Jasmine en el regazo durante toda la ceremonia. Era una bebé adorable, pero estaba tan feliz de que no fuera hija de Leo. Cuando Helena la tomó de mis brazos para hacer algo que el sacerdote había pedido, me acerqué a Leonardo y apoyé mi muslo en el suyo, antes de tomar su mano entre las mías y ponerla sobre mi barriga.

—Estoy embarazada, y esta vez es definitivamente tuyo.

Leo me acercó a él y me besó, ignorando la mirada furiosa de las personas en la iglesia que no apreciaron el gesto indecoroso. No me importaba. Estaba feliz con él y con la familia que tendríamos pronto.

¡Fin!

Informazioni sull'autore

Jéssica Macedo, 29 anni, è brasiliana e fa parte della classifica Under 30 di Forbes Brasil, la classifica dei giovani più promettenti del Paese. Vive a Belo Horizonte con il marito, la figlia e tre gatti. Scrive per bambini e adulti, fantasy, avventura, romanticismo e, soprattutto, letteratura hot, un vero fenomeno editoriale tra i lettori.

È una delle autrici più vendute su Amazon in Brasile e in Europa e i suoi libri sono disponibili in sei lingue. Jessica ha iniziato a scrivere all'età di nove anni ed è diventata autrice all'età di 14 anni con l'uscita del suo primo libro, "Vale das Sombras". Con oltre 200 libri pubblicati, è scrittrice, editrice, designer e sceneggiatrice. Ha partecipato all'adattamento di uno dei suoi romanzi, "Eternamente Minha", in un lungometraggio trasmesso sulla piattaforma Cinebrac. Oggi Jéssica è il nome principale di un team di autrici, in maggioranza donne, che compongono il catalogo del Portale Editoriale Grupo, da lei fondato a partire dalle sue esperienze in altre case editrici.

Scopri gli altri libri dell'autore sui social.

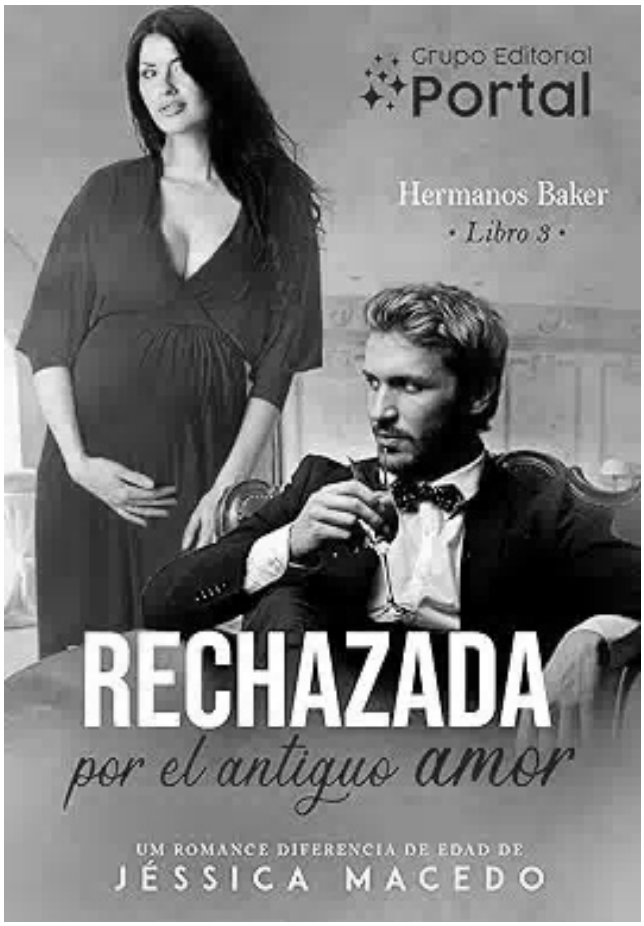
Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sito web dell'autore Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Leggi anche:



Link: https://amzn.eu/d/gUpYnSZ

Sinossi:

DIFERENCIA DE EDAD – RECHAZADA ABANDONADA – BEBÉ POR CONTRATO – SEGUNDA OPORTUNIDAD

Keyla Baker tenía un secreto que se llevaría a la tumba para proteger la felicidad de quienes más amaba. Pero una enfermedad terrible lo cambió todo y la verdad salió a la luz.

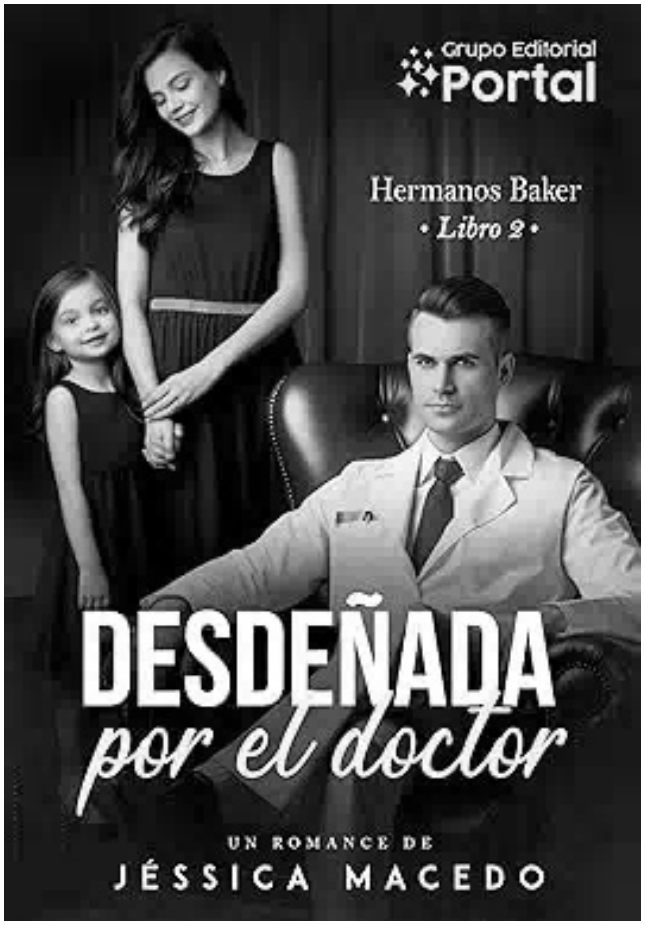
Después de un embarazo en la adolescencia y de haber sido rechazada y abandonada por el padre de su bebé, se vio obligada a ver crecer a su hija desde la distancia. Sin embargo, cuando la niña enfermó, no tuvo más opción que decir la verdad. Pero eso no fue suficiente. El dolor fue aún mayor al reencontrarse con el hombre que más la había lastimado.

Para salvar a su primera hija, necesitaba otro bebé…

Keyla estaba dispuesta a todo, incluso a volver a quedar embarazada de ese cretino egoísta que solo pensaba en sí mismo.

Jonas Bennet solo se preocupaba por su propio bienestar. Viudo y convertido en millonario, creía que el dinero era lo único que importaba y nunca se había arrepentido de haber abandonado a Keyla. A pesar de los años, no había cambiado en absoluto y solo aceptó tener otro hijo bajo un contrato que lo eximía de cualquier responsabilidad sobre el niño.

Él pensaba que no necesitaba amor, pero estaba a punto de descubrir lo vacía que era su vida sin una familia.



Link: https://amzn.eu/d/fZQNvgU

Sinossi:

DIFERENCIA DE EDAD, MÉDICO Y RESIDENTE, EMBARAZO ACCIDENTAL, BEBÉ RECHAZADO

Philip Baker es el arrogante neurocirujano más famoso de Nueva York. Para alimentar aún más su complejo de superioridad, es hermano del gobernador del estado y el médico más adulado del hospital.

Roberta López sabía que, si quería convertirse en una gran neurocirujana, debía aprender del mejor. Por eso, se convirtió en alumna de Philip. Desde que ingresó al hospital, la habían advertido que no se involucrara más de lo necesario con él, porque podría romperle el corazón como lo había hecho con muchas otras mujeres. Pero fue una ingenua.

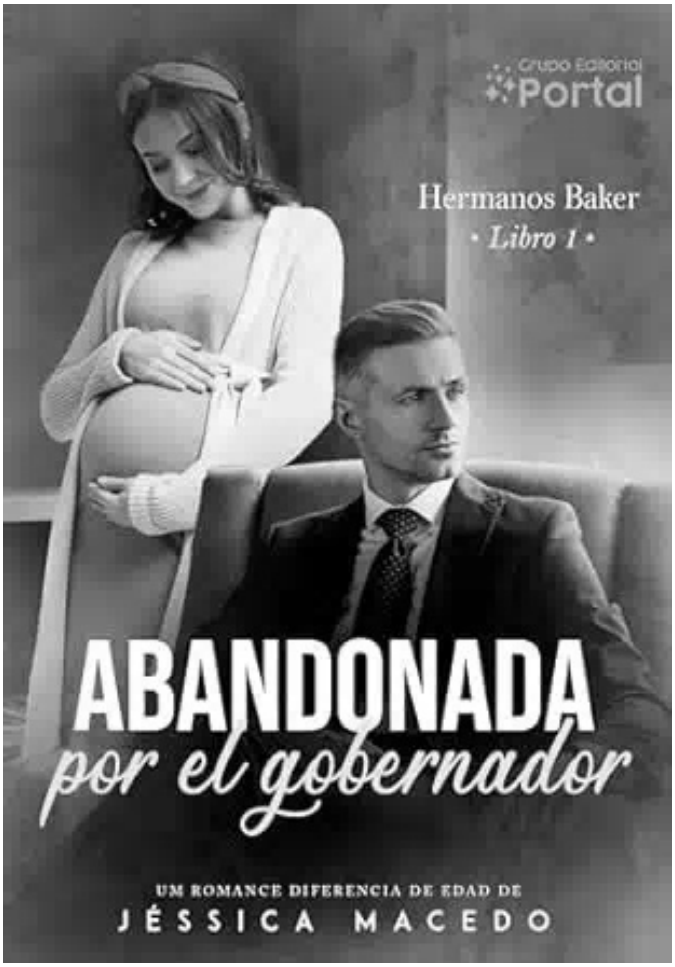
Philip Baker era demasiado increíble y seductor...

Enredarse con él parecía un cuento de hadas, hasta que quedó embarazada. Philip no quería ser padre, y Roberta tuvo que tomar la terrible decisión de abandonar el programa de residencia para criar a su hija sola.

Philip había olvidado a la residente y todo lo que pasó entre ellos, hasta que, años después, un accidente lo obligó a ser atendido por el mismo personal al que tanto menospreciaba. Entonces, escuchó a una enfermera decir que la niña tenía suerte de no haber sido criada por él.

¿Niña?

El altanero médico tenía un largo camino de redención por delante para ser digno de formar parte de la vida de su hija.



Link: https://amzn.eu/d/dXkZ5Ay

Sinossi:

Nolan Baker es el poderoso gobernador del Estado de New York. Viudo, tiene una hija adolescente y usa su poder para controlarlo todo. Arrogante y autoritario, maneja a las personas para que hagan exactamente lo que quiere.

Nilzi Langner es una joven soñadora que acaba de cumplir dieciocho años y está terminando la preparatoria. Su mayor objetivo siempre ha sido convertirse en una modelo famosa, como su tía. Lo que nunca imaginó fue que su camino se cruzaría con el hombre más poderoso del Estado.

Lo que Nolan quiere, lo consigue.

Convertirse en el objeto de deseo del gobernador pondrá de cabeza la vida de la ingenua joven. Él sería capaz de ofrecerle el mundo, pero no estaba dispuesto a reconocer la relación, porque podría convertirse en un gran escándalo.

Sin embargo, su cuento de hadas se vino abajo cuando quedó embarazada y él la abandonó.

Social network (dall'editore)

Sito web dell'editore: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal





---

[1] Programa de mensajería instantánea desarrollado por Microsoft, que fue muy popular en la década de 2000.

[2] El brigadeiro es un dulce típico de la gastronomía brasileña, creado en la década de 1940, en Río de Janeiro. Es común en todo el país y está presente en prácticamente todas las fiestas de cumpleaños, junto con el cajuzinho y el beijinho.

[3] El Feijão tropeiro es un plato típico tradicional de Minas Gerais y São Paulo (Brasil). El plato consta de frijoles con harina de mandioca (ingrediente típico y característico de la cocina brasileña).